



LA
AMENAZA
DE TIRON

CAROLINA
GATTINI

La amenaza de Tirion

Carolina Gattini

Capítulo 1.

– *¿Qué vas a hacer?*

– *Estudiar a los humanos tal y como has hecho tú hasta ahora con nuestra especie.*

No soy capaz de responder cuando los dedos de la mano que tiene libre me abren y lo único que puedo hacer es observar cómo contempla mi sexo abierto y expuesto a él. Mi respiración se hace más intensa e intento cerrar mis piernas, pero entonces decide mantenerlas ahora abiertas con su cuerpo, subiendo la enorme masa de músculos a la cama. Tras observarme mientras me mantiene inmovilizada completamente, utiliza uno de sus dedos para tocar mi clítoris, haciendo que me revuelva bajo su cuerpo y haciendo que de mi garganta emerja un gemido. Intento de nuevo cerrar las piernas, pero su fuerza me lo impide. Vuelve a deslizar un dedo ahora presionando un poco más y separándolo de mí cuando vuelvo a retorcerme bajo la yema.

– *¿Por qué me haces esto?*

Ni siquiera me mira o me responde, sólo permanece ahí abajo, colocando la yema de su pulgar sobre mi clítoris otra vez, pero ahora no la separa, sino que lo acaricia tan suavemente que empiezo a gemir sin poder controlarme mientras sigue haciendo eso.

– *Para, por favor –le ruego intentando encontrar la fuerza para hablar.*

Me despierto de una extraña pesadilla y miro a mi alrededor intentando conservar la calma. Respiro profundamente y recupero el control sobre dónde estoy. Llevo quince años sin pisar la Tierra, demasiado tiempo, y tal vez está afectando a mi cabeza, pero parecía tan real ese sueño... No me costó mucho acostumbrarme a vivir sin día y noche, tuve suerte. Ni me supuso un gran problema adaptarme a un espacio reducido del que no puedo salir. Aunque sí he salido alguna vez, sobre todo al principio, cuando hacía tareas de reconocimiento en los planetas a los que ayudamos.

Para la mayoría de la tripulación es distinto. Ellos ni siquiera han tenido que adaptarse, nacieron en el espacio y, simplemente, al llegar a la Starfirst, cambiaron de nave.

Sólo dos miembros de la tripulación nacimos en la Tierra. Dos únicamente. Sara y yo. Ambas, en el fondo, somos distintas al resto de los humanos que nos rodean. Incluso a veces decimos cosas que nadie más entiende. El carácter, nuestra forma de pensar o las decisiones que tomamos, son diferentes a las de los demás. Decisiones más..., humanas. Nuestra forma de analizar los problemas o la forma de razonar nos hacen contrarrestar el pensamiento único habitual de este lugar.

Sin embargo, aunque nosotras somos la máxima autoridad en este lugar, junto con otras dos mujeres, algunas competencias tienen que ser aprobadas por una entidad superior, un senado en el que no siempre entienden nuestro razonamiento.

Nos hemos acostumbrado a esto y otras cosas, pero hay algunas que son duras de llevar. Por ejemplo, hay una cosa que no soporto de esta nave, el odioso color blanco con el que está diseñado todo. Y lo que echo de menos de una forma, a veces dolorosa, es el color verde, el color de las hojas de los árboles, sus tonalidades distintas en otoño, más coloridas en primavera. Aquí nunca hay otoño o primavera. Echo de menos el verano e incluso el invierno, que siempre odié.

– Siempre que entro aquí me sorprende –asegura Kayla mirando todas las imágenes que invaden el pequeño espacio. Imágenes de la Tierra. Imágenes de árboles, del mar, de paisajes que no sé si volveré a ver en vivo alguna vez.

– ¿Es la hora? –pregunto sonriendo y colocando en su sitio mi uniforme ajustado a mi cuerpo y, cómo no, de color blanco, tras levantarme de la cama, en la que me había quedado dormida con él puesto.

Intento distinguir el día y la noche cambiándome de ropa, creando el ambiente como si estuviera en la Tierra, pero estamos en plena batalla y es distinto ahora. Demasiado cerca del enemigo como para seguir mis rituales que nadie más entiende.

Habitualmente no entramos en ninguna batalla, esta nave es demasiado grande para eso, sólo cuando se recrudece y tenemos que servir de apoyo es cuando intervenimos. Las cosas no están yendo demasiado bien y hemos perdido demasiadas naves. Y la Starfirst tiene un poder de ataque devastador, aunque es muy poco ágil. Sólo sirve como apoyo y para apuntar un objetivo y destruirlo por completo, así como lo que haya a su alrededor.

Salgo rápidamente haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo hacia Dana, que sale de su propio habitáculo y comienza al igual que yo, su “día”. Kayla nos sigue en dirección a la sala de control. Ella me va informando de las novedades surgidas mientras dormía. Y comprendo a medida que habla, que no hay muchas esperanzas, a no ser que...

– Hay que acabar con esto, ya –afirmo suspirando por lo que voy a hacer en cuanto tome el control de la nave.

Dana comienza a preparar la orden en su tablet y yo no tengo si quiera tiempo para sentir la orden que voy a dar.

– Requerirá toda la energía que nos queda –me informa mientras caminamos rápidamente hacia la sala de control.

Comienzo a caminar un poco más despacio calculando las probabilidades.

– No importa –resuelvo–. No necesitaremos nada más. Repostaremos tras lanzar el ataque.

– ¿Ha calculado las bajas?

– Lo he calculado todo –aseguro volviendo a caminar rápidamente–. No hay tiempo que perder.

– ¿Y la energía?

– Prefiero tener cien bajas ahora que mil dentro de tres días. Ni siquiera tendríamos energía dentro de tres días y, por si fuera poco, el enemigo continuaría prácticamente intacto, además de poder enviar más tropas, no estamos tan lejos de Tirion... No es una decisión fácil, pero tal vez llevo demasiado tiempo en esta nave –admito negando con la cabeza sin pararme a pensar en las consecuencias que tendrá esto en mi conciencia, si es que tiene alguna.

Tal vez me estoy volviendo fría, como los demás, como el resto de la tripulación. No habría tomado esta decisión tan fácilmente hace unos años o si todavía viviera en la Tierra.

El reconocimiento facial abre la puerta de la sala de control y nadie se mueve ni se gira, todos siguen en sus puestos como si nada hubiera cambiado, aunque voy a relevar a otra de las capitanas de la nave, Rina.

Le guiño un ojo y comprendo que no es habitual para ella. No lleva mucho tiempo aquí y nunca ha trabajado con alguien de la Tierra.

La orden que le he dado a Dana ya la han recibido todos, en cuanto hemos entrado a la sala se ha hecho “oficial”, enviándose desde su tablet a cada panel de cada uno de los tripulantes. Si alguien siente sorpresa o cualquier sentimiento por la dura orden que acabo de dar, ni siquiera se puede percibir en un gesto o en algún movimiento, ni lo expresarán jamás. Es más, creo que todos están más que de acuerdo. La diferencia es que nadie está acostumbrado a una orden así proveniente de mí. Ni siquiera yo, pero ya he calculado todas las opciones y no hay otra solución. Nuestras naves también han recibido la orden y están preparadas para alejarse del punto de impacto, aunque no sabemos si todas podrán hacerlo.

Sara irrumpe en la sala de control justo antes de que se cumpla la orden.

– ¿Qué estás haciendo?

– No hay alternativa, si calculas todas las variables comprenderás que es la mejor opción.

He visto cómo algunos de los tripulantes nos han mirado por un segundo. Nunca se discutiría una orden en este lugar, pero Sara lleva menos tiempo fuera de la Tierra, y allí jamás se tomaría una decisión así, al menos no se ha hecho algo así en los últimos doscientos años.

– Pero...

Mi mirada de advertencia la hace callar. Jamás se puede discutir una orden en un momento de batalla. No quisiera crear un precedente. Tampoco quiero que los demás piensen que Sara tiene una posición superior a la de cualquiera. Si cuestiona la orden, incluso debería

detenerla aunque sea también otra de las capitanas de la nave. Sin embargo mi posición en un momento así supera su poder. La orden ya está tomada y no sólo es mi turno de mando, también mi posición resuelve las disputas si no se llega a un acuerdo entre las cuatro capitanas.

– Posición alineada –dice en tono alto y claro la responsable de disparar el arma más poderosa que tiene la nave, en realidad la más poderosa de toda la flota aliada–. El enemigo está en el objetivo.

– Fuego –respondo sin apartar la vista de Sara que me mira boquiabierta.

Ambas nos giramos hacia el frente para ver el resultado.

Desde nuestra posición contemplamos en silencio cómo una enorme bola de fuego rodea todas las naves enemigas tras disparar al centro de ellas. Podría ser un espectáculo maravilloso, de no ser porque está basado en la destrucción.

– Todas las naves destruidas.

No hace falta que hagamos nada más, todo ha terminado, con un solo golpe. No quiero pensar en ello, sólo me doy la vuelta y doy las órdenes pertinentes para recuperar lo que quede del planeta sobre el que todas esas naves han caído. Sólo dedicaremos el tiempo indispensable para recuperar nuestros efectivos, si es que queda algo, para regresar a la base cuanto antes. No aguantaremos mucho sin toda la energía que hemos utilizado. No hay tiempo que perder.

– Dos naves auxiliares y ocho de reconocimiento –digo dirigiéndome a Dana, que rápidamente manda la orden desde su tablet.

Kayla, una de las mejores pilotos de reconocimiento que está esperando mis órdenes me mira y asiente.

– Kayla –digo respirando profundamente–. Ten cuidado.

– Siempre lo tengo.

Sara me mira confusa y abre la boca para decir algo, pero duda antes de hablar.

– Quiero ir también. Si queda alguien con vida quiero recuperarlo.

– Si queda algún enemigo ya sabes lo que tienes que hacer.

Sara asiente, no está en absoluto conforme con mis últimas órdenes. Yo también temo estar volviéndome fría, pero calculando los datos no había salida y ahora no puedo pensar en ello. Ni tengo tiempo de explicarle mi forma de pensar.

Han pasado dos horas desde que envié las naves de reconocimiento. Y los datos que llegan son demasiado confusos. Tal vez sea a causa de la radiación por toda la energía que hemos disparado. Dadas las circunstancias nos hemos visto obligadas a analizar lo que tenemos reunidas en la sala de dirección. Todas las capitanas salvo Sara, que no ha regresado todavía.

– No estamos en contra de la orden que has dado, hemos hecho los cálculos y no había otra opción –confirma Rina a mi derecha.

– Es un planeta deshabitado, pero hay algo o alguien que está dificultando las comunicaciones, si esto sigue así tendremos que evacuar lo que ya tenemos y regresar cuanto antes. En estas condiciones somos vulnerables –sugiere Tesa frente a mí.

Nos he puesto en una situación complicada, pero, ¿qué opciones tenía? No podíamos seguir durante días, sin provisiones, perdiendo terreno en la batalla, y energía. Había que dar todo en un solo ataque. Sin embargo, estamos en terreno desconocido y ahora el razonamiento lógico no sirve al cien por cien para resolver lo que tenemos entre manos.

– De acuerdo, ¿qué opciones tenemos?

Tengo que reconocer que estoy preocupada, no me gusta que Sara y Kayla estén fuera y puedan correr algún peligro, o lo que es peor, que todas decidan que sería mejor marcharnos y dejarlas allí. Algo que sé que en algún momento alguna de las mujeres que me rodea decidirá, si esto tarda demasiado tiempo.

He tomado una decisión dura, difícil, nadie habría dicho, antes de tomarla, que sería capaz de hacerlo. Sin embargo, incluso yo he comprendido que no podía hacer otra cosa. Lo he comprendido en cuanto Dana me ha informado de cómo había sido el último ataque enemigo. Los bárbaros, un pueblo agresivo y poco evolucionado, que comenzó a conquistar a otras civilizaciones para robarles su tecnología y seguir conquistando otros planetas, estaban matando tan fácilmente a mis tropas... Derribando nuestras naves como si no fueran armadas, como si no tuvieran escudos defensivos.

– Puede que queden algunas naves enemigas –pienso intentando ocultar mis peores miedos, ellas jamás lo entenderían.

– Enviaremos todas las naves auxiliares para limpiar la zona –propone Rina.

– No hay energía para todas, quedaríamos desprotegidos aquí –informa Tesa mirando su pantalla.

– De acuerdo, enviemos la mitad –propongo guardando mi desesperación ante la posibilidad de que Kayla y Tesa hayan tenido algún problema ahí fuera.

Todas asentimos cuando de repente una comunicación llega distorsionada.

"...Hanna, anula el reconocimiento de ADN del angar cuatro, repito..."

– No podemos hacerlo, ha traído al enemigo –calcula Tesa rápidamente.

Creo que puedo confiar en Sara, pero eso no podría utilizarlo como argumento, así que sólo me queda una baza.

– No puedo permitir que entre ADN enemigo– se niega Tesa mirándome a los ojos con una seriedad que me hace dudar.

– Podrían estar manipulándola, o amenazándola –añade Rina.

No puedo convencerlas en estas condiciones. Pero no puedo abandonarlas, y en un arrebato de algo que nadie aquí entendería, me levanto y le quito a Dana la tablet de las manos para intentar buscar otra forma de contactar con la nave de Sara.

– Han bloqueado la transmisión, hay algo que distorsiona las comunicaciones – explico al resto mientras tecleo en la pantalla de la tablet–. Puedo conseguir unos minutos hasta que vuelvan a encontrar la clave y las bloqueen, si es que se trata de eso, o que la radiación afecte al sistema, utilizaré uno alternativo –aseguro sentándome de nuevo en mi silla frente a la mesa de reuniones y hackeando el sistema después en mi pantalla.

– Puedes poner en peligro nuestro sistema haciendo eso –dice Rina negando con la cabeza, atónita por mi comportamiento.

– Si es lo que creo, valdrá la pena.

– Si te equivocas... –me advierte Tesa–. El reglamento...

Asiento con la cabeza sin levantar la vista de la tablet.

– Asumo toda la responsabilidad –sin mirar a ninguna de ellas, no tengo tiempo.

– Sara, informa rápido, puede que alguien más nos escuche –le grito rápidamente, porque no tenemos mucho tiempo antes de que interrumpan la comunicación. Aunque no sabemos si ese es el problema.

– Tengo a su jefe, malherido, en mi nave –responde Sara, que al fin podemos oír alto y claro, sin ninguna interferencia–. Solicito apertura angar cuatro, sin control de ADN.

– Solicitud aceptada. Corto comunicaciones por seguridad.

Vuelvo a borrar el código que había colado en el sistema para poder protegerlo de nuevo mientras Rina y Tesa me miran sin entender bien qué he hecho o por qué lo he hecho.

– Jamás había visto algo así –dice Rina negando con la cabeza.

– Eres joven. En la Tierra lo raro sería lo que he hecho hace dos horas –aseguro suspirando antes de salir de la sala de reuniones para dirigirme hacia el angar donde acaba de entrar Sara.

Dana me sigue en silencio, habiendo recuperado antes su tablet.

– Puede que esto traiga problemas –me alerta Dana intentando seguir mis pasos rápidos.

– Lo sé, por eso voy yo a recibirla –digo girando hacia una de las salas de armas antes de entrar en el angar.

– Nunca te había visto con un arma en la mano –reconoce cogiendo también ella un fusil de asalto.

– Porque llevas poco tiempo aquí.

– Cinco años –replica.

– ¿Tanto? –pregunto girándome hacia ella delante de la puerta del angar.

No responde con palabras, sino que asiente con la cabeza y me doy cuenta de que ya he llegado a ese punto en el que he distorsionado el tiempo. No sé por qué me da nostalgia pensar en ello, pero no es momento para divagaciones. Inspiro profundamente y entro en el angar para observar cómo Sara baja de su nave con una sonrisa.

– Podéis entrar –digo al personal que espera mi orden para comprobar la nave. Estaban esperando mis órdenes porque si realmente Sara estaba bajo la amenaza del enemigo, podía suponer un caos al entrar en la nave.

Una de las puertas laterales se abre y aparecen varios técnicos y dos sanitarios.

– ¿Dónde está? –pregunto acercándome a Sara.

– Inconsciente, en el carguero. Atado –añade.

Me adelanto a ella y me dirijo hacia la parte trasera de la nave para ver lo que ha traído. Abro el carguero y subo hasta el centro del habitáculo, donde está el cuerpo del enemigo.

– El radar había encontrado algo vivo y no sabía qué era, pero cuando he visto el uniforme he pensando que valdría la pena intentarlo. Sé que Tesa te habrá puesto problemas...

Es, sin duda, un alto cargo, por el uniforme. Lo observo lentamente, de arriba abajo, acostado en una camilla y atado a ella con el sistema de seguridad estándar. Creo que nadie podría desatarse, pero viendo el tamaño de ese ser..., estoy dudando.

– Es extraño, ¿verdad? –dice Sara acercándose a mi hombro para observar ese ejemplar.

– Nunca había visto uno tan de cerca.

Ambas permanecemos quietas, analizando lo que vemos.

– Es como un animal –digo atónita, al cabo de unos segundos.

– No sé cómo lo han hecho para dominar dos sistemas.

– Has hecho un buen trabajo –reconozco sin dejar de mirar ese cuerpo.

– Lo sé, pero no estaba segura de que pudiera volver. Sé que te la has jugado para que esté aquí.

– Me debes una.

Sara coloca su mano en mi hombro y me sonrío.

– Lo sé... Siento haber cuestionado tu orden, antes...

– No la has cuestionado, si lo hubieras hecho estarías en una celda –le recuerdo alzando una ceja a modo de advertencia–. Ni lo menciones –le ordeno, porque nadie debe escuchar algo así, jamás.

– Se está moviendo –me advierte Sara mirando con horror el enorme cuerpo de esa bestia en la camilla.

Ni siquiera le respondo, sino que cojo mi arma y le doy un golpe en la cabeza con la culata. La bestia vuelve a quedarse quieta y cuando veo la risa de Sara me encojo de hombros.

– Espero que por tenerlo cerca no nos volvamos como ellos –dice Sara riendo.

– Espero que no –respondo riendo también.

Ambas bajamos de la nave y hago la señal a los sanitarios para que cojan el cuerpo y lo trasladen a la enfermería.

– Quiero todas las pruebas en una hora.

Sin la armadura y sólo con una sábana cubriendo ese cuerpo, no parece tan peligroso. Ni tan bestia. Parece más... no sé, ¿humano? Las otras generales no se atreven a acercarse a ese cuerpo, que lo miran a mi lado desde el otro lado del cristal mientras los médicos nos informan del análisis de ese ser.

– ¿Habíais visto algo así antes?

Todos niegan sin dejar de mirarlo.

– Me recuerda a algo que vi en la Tierra –dice Sara entrecerrando los ojos.

Todas nos giramos hacia ella esperando una aclaración, pero no abre la boca.

– ¿Cuándo despertará? –pregunto a uno de los médicos.

– No conozco su organismo, es difícil de decir. Tiene algunas heridas graves, hemos hecho lo que hemos podido. Su sistema es distinto, más rápido. Creo que podría curarse antes de lo que haríamos cualquiera de nosotros.

– Ya sé a qué me recuerda –le interrumpe Sara y todos la miramos confusos–. A un hombre-lobo.

– ¿Qué es eso? –pregunta Rina mirándome.

– Es un ser mitológico, no sé de dónde proviene, pero en la Tierra se dice que con la luna llena hay hombres que se convierten en bestias –explico mientras Sara niega con la cabeza.

– Es un personaje de un libro –dice Sara–. Un libro muy antiguo.

– ¿Tú crees?

– Lo leí en algún sitio.

La bestia comienza a moverse y de pronto abre los ojos, asustándonos a todos los que estamos al otro lado del cristal.

– ¿Tiene la fuerza suficiente para poder desatarse? –pregunto al médico más cercano.

– Es vibranium, no podría romperlo ninguna criatura.

– Si consiguiéramos información, es tan valioso...

Nadie me detiene ni dice una sola palabra cuando me dirijo hacia una consola donde elijo el medicamento que necesito y a continuación aparece en la apertura del dispensador. Cojo la jeringuilla con el tranquilizante y me dispongo a entrar en la habitación donde está la bestia. Respiro profundamente antes de abrir la puerta y decido coger también un arma pensándolo mejor, observando el tamaño de ese cuerpo.

– Sara, dame tu pistola de protones –le pido extendiendo la mano sin dejar de mirar a la bestia al otro lado de la puerta de cristal.

Con el arma en la izquierda y la jeringuilla en la derecha entro en la habitación sin dejar de mirar a nuestra presa.

La bestia me mira en silencio mientras observo su cuerpo más de cerca. Intenta soltarse como ha hecho otras tantas veces antes de que yo entrara.

– ¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois?

– Acabas de sufrir un accidente en pleno vuelo, habrías muerto de no ser por los médicos de mi nave.

Él frunce el ceño mientras procesa mis palabras. Su expresión cambia de repente y parece que sonríe, aunque es difícil saberlo.

– Dice mucho de vosotros, si me tenéis tanto miedo..., superándome en número sólo una persona se atreve a entrar aquí y va armada hasta los dientes –dice de repente, con una calma que contiene la ira que veo en sus ojos.

No le respondo, no digo nada, me limito a observarlo mientras se enfada cada vez más, mientras intenta soltarse con movimientos bruscos que me cuesta ver sin reaccionar, manteniendo mi indiferencia y mi calma a pesar de lo que hace.

No estoy acostumbrada a ver algo así. En realidad es un espécimen magnífico. Su cuerpo es puro músculo, es un arma perfecta para matar. Estoy segura de que podría matarnos a todos sólo con sus manos. Son enormes.

– Nunca había visto algo así –reconozco sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Él me mira ahora sin moverse, sólo observándome igual que lo hago yo, pero confuso.

– ¿Te han hecho modificaciones genéticas? –pregunto contemplando sus brazos y su cuello y lo que puedo ver de su pecho.

– ¿Modificaciones genéticas?

– Tus músculos, el desarrollo, ese tamaño..., no es posible... –digo alargando una mano y deslizándola por su brazo, que ahora no se mueve.

– No sé que es una modificación genética.

Su respuesta me hace detener mi mano sobre su brazo.

– ¿Y cómo habéis llegado hasta aquí? Sin conocer la tecnología apenas... –me pregunto sin esperar una respuesta en realidad, negando con la cabeza mientras miro su cuerpo.

Sé que no es momento para plantear conceptos filosóficos, pero es que nunca había visto algo así. Y me pregunto cómo ha hecho un pueblo bárbaro, y sin apenas conocimientos en tecnología, para conquistar tantos territorios.

– Porque podría mataros a todos si no estuviera atado a esta cama.

Tenemos armas y las puertas lo contendrían, el sistema de defensa interno es tan bueno como el externo. No podría salir siquiera de la unidad médica, pero aún así su mirada me hace dudar. No podría matarnos a todos, pero podría causar estragos entre la tripulación hasta que

acabáramos con él.

– Tal vez, pero es algo que no podremos comprobar –le aseguro con una sonrisa.

Guardo mi arma en el cinturón de mi uniforme y levanto la sábana para mostrar sus piernas e inyectarle en el muslo el contenido de la jeringuilla. No puedo evitar apreciar la musculatura de sus muslos, es verdaderamente impresionante. Por un momento me he preguntado cómo sería el resto de ese cuerpo. Sería digno de estudiar.

– ¿Qué es eso?

– Nunca me gustó discutir, sólo quiero saber en qué planetas están vuestras bases..., y no quiero preguntarlo dos veces –añado con una sonrisa.

Él se mueve y siento que voy a tener que clavar la aguja en el primer sitio que encuentre, pero aún así deslizo mi mano por su muslo para encontrar la vena en la que clavar la aguja. Sigo pensando que podría haber sufrido alguna alteración genética aunque lo haya negado. Es un arma para matar, su cuerpo en sí es un arma. No he visto algo como esto en mi vida.

– No servirá de nada –dice totalmente calmado ahora.

No respondo, simplemente clavo la aguja en su muslo y aprieto con el pulgar para que lo llene con esa dosis que le hará hablar y calmarse aún más.

– ¿Nadie más se atrevía a entrar aquí? –pregunta mientras espero a que haga efecto la medicación.

Me limito a sonreír ante sus provocaciones mientras noto bajo la yema de mis dedos cómo se resiste a que sus células me obedezcan a pesar de su voluntad. Sin embargo, aunque noto la lucha interna, no obtengo los resultados que esperaba.

– Otra dosis –solicito mirando hacia el cristal que separa la habitación del resto de médicos.

Entra uno de los médicos y me entrega en la mano la jeringuilla que decido aplicar yo.

– Te he dicho que no servirá de nada.

Yo interrogo al médico con la mirada y él abre la boca pero no dice nada.

– ¿Es posible?

– Es un metabolismo demasiado rápido, tal vez lo procesa antes de que pueda hacerle efecto.

– Diez más.

– Podría matarlo –responde el médico boquiabierto y yo lo miro de una forma que

no admite réplicas.

– Sí, capitana Connor.

El médico desaparece de mi vista con rapidez y vuelvo de nuevo hacia el enemigo sobre la camilla.

– Así que la capitana de la primera nave de la Alianza. Es todo un honor.

– ¿Cuál es tu cargo?

– No es relevante.

– Pronto lo sabremos. Te he dicho que no me gusta preguntar dos veces.

El médico vuelve con dos jeringuillas que contienen diez veces la dosis que le he puesto. Pienso ponerla toda de una sola vez para que su cuerpo no se resista. Para que no tenga tiempo de procesarlo.

Acaricio su muslo suave y duro bajo mis dedos deslizando mi mano por él y clavo una jeringuilla, y luego la otra que sostiene a mi lado el médico.

– Puesto y posición de las bases en todos los sistemas.

Él empieza a convulsionar, incluso pone los ojos en blanco durante unos segundos.

– ¿Lo habremos matado? –pregunta el médico mirándome tras el espectáculo que da ese cuerpo.

– Puesto y posición –repito.

– General de Tirion. Base en Gali, Casian y Hamae... –dice entre convulsiones hasta que se queda dormido.

Esa dosis habría matado a una persona normal, incluso sólo la mitad lo habría hecho, y en un cuerpo herido todavía es peor. Pero no parece más que dormido. No le ha dado tiempo a decir todo lo que quería, pero lograr esa información es muy valioso, podríamos acabar esta guerra con ella. Destruirlos por completo para después atacar Tirion definitivamente.

Salgo junto al médico y compruebo que las demás han abandonado la unidad, supongo que van a intentar contactar con nuestra base para informar de lo que acabamos de descubrir. Dana es la única que me espera fuera para confirmar lo que ya sabía, que intentan ponerse en contacto con nuestra base.

– Desde aquí puede ser peligroso intentar informar, la misma señal que dificultaba nuestras comunicaciones puede interceptarlas... Envía la orden de no contactar todavía con la base, por canal interno.

Dana confirma tocando la tablet y yo miro el dispositivo de comunicación interna

que llevo adosado a mi brazo por encima del uniforme.

– ¿Qué vas a hacer con él? –pregunta Dana observando el cuerpo dormido del general enemigo.

– Creo que mantenerlo con vida. Puede servirnos aún.

– ¿Más información?

– Dudo que podamos, su cuerpo se adapta rápidamente a cualquier cosa que utilicemos contra él, no creo que eso le afecte de nuevo.

– ¿Para qué entonces?

– Para negociar con los que queden tras la batalla de hoy. Cuando sepan que su máximo general sigue vivo, puede que haya alguna posibilidad de acabar con esta locura –pienso en voz alta, soltando mis ideas a medida que aparecen en mi cabeza.

– Los aliados no lo permitirían. El senado se opondrá.

– A veces olvido que no estamos en la Tierra, tienes razón –comprendo rápidamente–. Deberíamos actuar adelantándonos al veto del senado.

Dana me mira frunciendo el ceño, no entiende nada de lo que digo. Dedico una última mirada al cuerpo del enemigo y me deleito admirando los músculos de sus piernas y sus brazos, e incluso su rostro duro y marcado por huesos anchos.

– ¿Puedo confiar en ti?

– Sabes que sí –responde Dana y yo coloco mi mano en su hombro. Por alguna razón, los que han nacido en el espacio tienen una estatura más pequeña que los humanos de la Tierra. Tal vez su cuerpo se adapta a la escasez de oxígeno o de presión, aunque las naves lo imitan bastante bien, de hecho yo no noto la diferencia. Bajo la mirada y observo cómo Dana mira hacia el hombre, o bestia, que hay al otro lado del cristal.

– ¿Alguna vez conociste un sistema donde no hubiera guerras?

Ella niega, es demasiado joven para haber visto algo así.

– Yo sí.

Capítulo 2.

Me reúno con Sara en la sauna, y aunque sé que no hay ninguna cámara ni ninguna forma de control o detección en este lugar, llevo un inhibidor de señales.

– ¿Tan grave es? –pregunta cuando ve el inhibidor adosado a mi muñeca.

Yo asiento.

– He calculado todas las opciones y en todas ellas, salvo en la que estamos haciendo ahora, no acabará la guerra. Sin embargo, en esta opción podríamos acabar nosotras en una cárcel de máxima seguridad, tras un consejo de guerra –le advierto con una sonrisa.

No puedo contarle todos los detalles de lo que he pensado hasta el momento, por su propia seguridad, pero sí una parte para que me ayude.

– Debemos ir a la base de Eriom, allí nos abasteceremos. Y negociaré una tregua a cambio de su general...

– Es territorio enemigo y un nido de contrabandistas. Jamás podremos aterrizar allí. Y ponerte en contacto con esas bestias es una locura. Además, no dejarán que nos acerquemos. Si son como ese general que he capturado..., es demasiado peligroso.

– ¿Crees que opondrán resistencia a la primera nave de la Alianza?

– Pero no tenemos energía para resistir un ataque, mucho menos para iniciarlo.

– Ellos no lo saben.

– Veo demasiados riesgos.

– Si pudiéramos acabar con la guerra, ¿no sería un riesgo que valdría la pena seguir?

– No lo sé. ¿Quién más está informado?

– Dana sabe que la negociación es una posibilidad, pero creo que puedo confiar en ella.

– Lleva poco tiempo bajo tu mando.

– Lo sé, pero es joven, no está todo perdido.

Sara duda mirando hacia el suelo, que imita la madera que jamás habrá en ningún

lugar que no sea la Tierra, y que nos recuerda lo artificial que es todo fuera de allí, lo vacío, insensible y frío que es todo.

– Sabes que puedes contar conmigo. No sé si alguien que haya nacido fuera de la Tierra pueda siquiera comprender cómo pensamos. A veces parecen robots, parece que su pensamiento analítico es lo único que tienen. Es como si tuvieran una sola forma de pensar. Nadie opina de forma diferente. Es tan extraño para mí, que echo de menos discutir –reconoce sonriendo mientras su mirada vacía parece recordar algo del pasado. Cuando las cosas no eran tan “iguales”, cuando estábamos en la Tierra.

– He tenido la oportunidad de comprobar que no siempre es así –le aseguro colocando mi mano en su antebrazo–. Algunos de ellos me han demostrado diferentes opiniones, es sólo que no tienen costumbre de expresarlas, pero hay algo más, lo sé.

Llevo demasiado tiempo aquí, y ella lo sabe. He visto de todo, gente que no podía soportar este lugar, la mayoría terrestres o que nacieron en otros planetas. Pero también algunos que nacieron en las naves en las que huyó la mayoría de la población de la Tierra. No todo es tan frío como parece, sólo es necesario tiempo y paciencia para darse cuenta de que hay matices. Sus expresiones son comedidas, controladas, pero hay algo más debajo de esa capa de indiferencia. El problema es que no estamos acostumbradas a percibirlo porque en la Tierra las reacciones son más..., vívidas.

– ¿Y qué haremos después de recargar la nave?

– En Eriom contactaré con Tirion.

Sara me mira boquiabierta.

– Es peligroso.

– Lo sé.

– E ilegal.

– Lo sé –vuelvo a afirmar.

– Podrían matarte. En ambos bandos –me advierte.

– No me importa. Llevo quince años aquí y cada día es igual al anterior. Este lugar es un infierno de color blanco. Si no es en un sistema sin guerras, prefiero no vivir en él.

Sara me mira horrorizada. Sabe que he llegado al límite, la mayoría de la gente nacida en la Tierra no ha aguantado tanto como yo, ni ha llegado a mi puesto siquiera. Este lugar es para volverse loco antes.

– Tal vez he aguantado tanto para llegar a este momento, el destino me ha puesto aquí para cumplir esta última misión –digo intentando que comprenda lo que yo comprendí hace pocas horas, cuando descubrí el rango de nuestro rehén.

– No sé qué pensar. Sabes que el destino es algo ilógico.

– Ellos no lo entenderían, pero tú sí. Sara..., tú sí.

– Estudié filosofía antes de que empezara la guerra, claro que lo entiendo, y a ti. Te entiendo mejor que nadie aquí. También entiendo que la guerra debe acabar. Es como un sueño que no me he atrevido a decir en voz alta ni siquiera ante mí.

– Por eso me gusta trabajar contigo –le sonrío–. Necesito tu visión porque a veces me vuelvo como ellos, y tú me recuerdas que no lo soy, que soy humana, que hay algo más.

– No quiero que arriesgues tu vida. Ni tu puesto.

– ¿Crees que quería ser capitana? ¿Crees que me importaba esta nave tanto como a Rina o Tesa? No, claro que no. Estoy al mando porque pasé las pruebas con mejores resultados. Pruebas que nos obligaron a hacer a todos. Yo no pedí esto, ni me gusta. ¿Crees que disfruté ayer dando la orden de destruir todas esas naves? Había aliados entre los enemigos... Sólo quiero que esto acabe de una vez.

– Me convenciste en la primera palabra, sólo quería saber que estabas convencida realmente –me asegura sonriendo y acariciando mi mano.

– Gracias.

– No me las des, espera a que te salve la vida cuando las cosas se pongan feas.

Yo asiento y la abrazo. No he visto a un solo tripulante de esta nave abrazar a nadie, es algo que no harían aquí jamás. Y a veces es necesario. Es tan necesario.

En el consejo, en el sistema de votaciones de la nave sólo es necesario dos votos si incluye el mío o tres si no lo incluye. Las cuatro miembros del consejo tenemos las mismas competencias y mientras dura el turno de cada una, tiene pleno poder sobre la nave. Sin embargo, mi peso en una votación es mayor, entre otras atribuciones que sólo yo poseo. Es un sistema que no ha fallado nunca, y normalmente se llega al consenso. Normalmente las votaciones son unánimes. Sólo algunas veces no es así. Ésta será una de esas veces.

– ¿Para qué nos has reunido? –pregunta Tesa.

– Quiero repostar en Eriom. Ahora mismo viajamos con una debilidad y una lentitud que nos pone en peligro. No podemos comunicarnos con la base ni con ningún aliado, y si nos atacaran, la principal nave de la Alianza sería destruida. Eso volvería a equilibrar las cosas después del avance que hemos conseguido tras la última victoria.

He recordado la última batalla para poner de manifiesto que puedo ser dura si quiero, que esto no es una debilidad.

Sara finge no saber nada y mira hacia el vacío, como si estuviera pensando en mis palabras. Razonando las posibilidades. Es lo que están haciendo Tesa y Rina.

– Igualmente nadie nos atacará si no saben que no tenemos energía. Lo más seguro es regresar a Lendiara.

– Si encontráramos al enemigo y pudiéramos atacarlo, acabaríamos definitivamente con ellos, ahora están como pollo sin cabeza.

Rina y Tesa me miran confusas ante la expresión.

– Tenemos a su general, tendrán que reagruparse antes de tener las órdenes y las fuerzas suficientes. Tal vez éste sea un momento irrepetible –aclara Sara como si estuviera deliberando en su cabeza sobre las posibilidades, observando con calma cómo sus dedos dan golpecitos sobre la mesa.

Rina parece dudar respecto a Tesa, que siempre ha sido más obtusa y precavida ante la idea de arriesgarnos. Es la máxima representación del pensamiento único habitual que Sara y yo analizamos entre los que han nacido en el espacio.

Podría utilizar mi rango para imponer la orden, pero si tengo tres votos no se cuestionaría, no dudaría nadie que es una decisión consensuada. No dudarían sobre mis verdaderos planes. Y necesito que sea así. Necesito que piensen que no estoy segura siquiera.

– Todavía podríamos presentar batalla si nos atacan en Eriom –susurra Rina pensativa.

– Votemos –digo antes de que se lo piense más. Además, si intento convencerlas parecerá que tengo un interés mayor del que quiero mostrar–. No impondré mi voto sobre el resto, prefiero que haya una mayoría.

Todas asienten y emiten su voto en la pantalla que hay frente a ellas al igual que hago yo.

Mientras finjo dormir, más de lo que ya lo he hecho, me dedico a hackear el sistema de nuevo para prepararlo para el momento adecuado. Aunque he previsto todas las variables, y todas ellas me llevan al mismo punto, es algo que podrían calificar como traición. Incluso yo estoy dudando de lo que acabo de empezar, porque ni siquiera puedo calcular algunos factores, variables fuera de mi control. Tampoco soy diplomática, es una misión que debería hacer otra persona, pero el problema es que no puedo confiarla a nadie, ni poner en riesgo a las pocas personas en las que confío. Seguramente Sara haría este trabajo mucho mejor que yo, pero no

podría soportar esa carga. Si fuera como el resto de la tripulación, si no tuviera sentimientos, calcularía fríamente que ella está más cualificada para este trabajo, para negociar, pero si saliera mal no podría vivir con la culpa. Es un sacrificio que prefiero hacer yo.

Mientras tecleo los códigos en la consola de mi habitáculo para acceder al software del sistema de seguridad de la nave, derivo a su vez el control hacia mi dispositivo personal adosado a mi muñeca. Ahora puedo controlar todo lo que necesito desde cualquier lugar, sin los permisos necesarios para algunas acciones demasiado temerarias y sin dejar rastro sobre el lugar desde el que opero.

Estamos cerca, pero aún quedan algunas horas para llegar. Tengo que tantear primero el terreno enemigo.

Salgo en dirección a la unidad médica, desviándome un poco, sólo quiero utilizar las vías menos transitadas. Y por último, las que no están monitorizadas. Llevo más tiempo que cualquier otro en esta nave, y eso tiene sus ventajas, conozco cada recoveco y cada vía. Aunque la nave nunca duerme, cuando no estamos en medio de una batalla se dan órdenes de descansar, y sólo se ocupa un mínimo de personal de realizar las actividades indispensables para navegar y mantener las funciones básicas.

Incluso he dado la orden de no consumir energía innecesariamente, como por ejemplo en la iluminación. También he desconectado gran parte de la seguridad con la excusa de no gastar demasiada energía, nadie se daría cuenta de que lo he hecho para poder saltarme los protocolos.

Sara no sabe todos los pormenores del plan, de hecho ahora estoy sola en esto. Sin embargo, aún no supondría un problema. Todo lo que haré hasta que llegemos a Eriom podría ser justificado.

Entro en la unidad médica y me cercioro de que no funciona ninguna cámara, comprobándolo en la pantalla del dispositivo adosado a mi antebrazo. Tampoco detecto calor, salvo el del cuerpo de esa bestia atada a una camilla. Está sedado con una cantidad de tranquilizantes que podrían matar a un oso.

– Bien, a ver si te despertamos –digo entrando al fin en la habitación donde reposa el cuerpo de ese hombre, más animal que hombre.

No sé muy bien por qué me quedo observándolo durante unos segundos. Tal vez porque siempre me impresionaría ver un cuerpo de este tamaño, por mucho que lo mirara, o porque me gusta estudiar al enemigo, entenderlo. A veces admirarlo.

En realidad, dentro de toda su brutalidad, la que aparenta, la que he visto cuando intentaba soltarse al principio, hay una belleza extraña. La belleza de la letalidad, de un cuerpo que es justo eso, letal. No puedo dejar de apreciar su perfecta anatomía, incluso quisiera ver cómo se desarrollan sus muslos por las zonas tapadas con la sábana, quisiera ver cómo es su vientre. Alargo la mano temblando por tocarlo, por descubrirlo, y las yemas de mis dedos alcanzan la sábana que lo cubre hasta el pecho. Veo su torso perfectamente cincelado, sus músculos pectorales y el vello que los recubre. Muevo ligeramente la sábana hacia abajo y me deleito observando sus

músculos abdominales. Y bajo un poco más la tela para ver algo más... Sólo es curiosidad ante un enemigo tan... letal... Y distinto.

– ¿Qué haces? –pregunta él cuando ya sostenía el borde de la sábana entre mis dedos casi hasta destaparlo por completo.

Detengo mi mano soltando la sábana de inmediato y lo miro a los ojos, que ahora miran hacia abajo, hacia lo que estaba haciendo. Frunce el ceño y vuelve a mis ojos.

– Tengo que hablar contigo.

Él parece dudar de lo que acabo de decir y, sinceramente, le comprendo.

– ¿Quieres más información?

– No exactamente. ¿Quiero otra cosa?

Él vuelve a mirarme como antes, cuando se ha despertado y ha visto que estaba bajando la sábana que lo cubría. De pronto comprendo lo que puede parecer que yo esté aquí y que no quiera “información”, sino otra cosa...

– No es eso –digo rápidamente. No es que quiera darle explicaciones, ni siquiera sé por qué estamos perdiendo el tiempo con esta conversación absurda–. No tengo tiempo que perder.

– Llevas un buen rato aquí.

– ¿Estabas despierto?

– Te dije que vuestras medicinas y química no sirve conmigo. Con ninguno de nosotros.

– Es imposible, llevas una cantidad de sedante que mataría a cualquier humano.

Él niega cerrando los ojos ante mis palabras.

– No soy humano –me recuerda.

Asiento con un gesto breve e intento recuperar el orden de las ideas que había planteado en mi cabeza. Realmente no tengo tiempo para perderlo con estupideces.

– Quiero que me pongas en contacto con Tirion –digo obviando la expresión de sorpresa y centrándome en explicarle todo lo que he ideado. Con la coletilla final, de que si no lo hace morirá. Él parece entender perfectamente mi explicación, no es tan estúpido como pensaba.

– No me queda otra opción que aceptar –reconoce y yo sonrío.

– No confío en ti, pero sí en esto –le susurro al oído antes de inyectarle en su cuello la jeringuilla que tenía en la mano.

– Te he dicho que no sirven vuestras medicinas.

– No es una medicina, es algo que te obligará a cumplir mis órdenes.

– ¿Qué me has puesto? –pregunta confuso mirándome con los ojos muy abiertos.

– Es un explosivo tan potente que te convertiría en polvo. No te preocupes, yo lo controlo, y si te portas bien puedo eliminarlo de tu cuerpo.

– No me importa morir.

– Bueno, eso dicen todos. Ahora tengo que irme, pronto llegaremos a Eriom –digo antes de darme la vuelta para dejarlo solo de nuevo.

– ¿Eriom? Espera.

Me giro y lo miro confusa. Tal vez ha sido la forma de pronunciar esas palabras.

– No es buena idea –me advierte y, por alguna razón, creo que el motivo por el que lo ha dicho puede ser importante.

– ¿Qué ocurre en Eriom?

– Nos matarán a todos.

Independientemente de las razones que tenga para no ir, anular la orden me obligaría a explicar los motivos. No hemos detectado actividad enemiga, no tengo excusa más que la que me podría dar ese hombre.

– Habla rápido, sólo quedan unas horas.

– Suéltame.

– Ni quiero, ni puedo.

– ¿Eres la capitana o no?

– Esto no es un cacicado.

Él contiene la ira que veo despuntar en sus ojos, sé que quiere salir de aquí. Debe ser difícil para ellos estar atrapados, son como animales salvajes.

– Habla de una vez, ¿qué pasa en Eriom?

– Destruirán esta nave, no es sólo un puerto de abastecimiento.

Lo miro horrorizada aunque aún tengo que pensar si sus palabras son fruto de la manipulación o está diciendo la verdad.

– Decías que no te importaba morir... –digo alzando una ceja.

Sara me escucha con la misma sensación que tenía yo cuando ese hombre me ha dicho que Eriom es una base enemiga tan poderosa.

– No tiene por qué ser verdad, pero no podemos arriesgar –comprende Sara y me veo obligada a detener la orden desde mi dispositivo.

– ¿Cuándo has hackeado el sistema? –pregunta mirando cómo controlo toda la nave desde mi antebrazo.

– Vayamos a la sala de mando, no podemos perder más tiempo. Ya daremos las explicaciones necesarias. Diré que interrogué de nuevo al general.

– Se preguntarán por qué no informaste del interrogatorio.

– Lo sé, pero no podemos seguir arriesgando.

– Hemos perdido mucha energía por desviarnos hasta Eriom –me recuerda Sara mientras caminamos hacia la sala de mando.

Las puertas se abren y los miembros de la tripulación, que normalmente permanecen en sus puestos sin inmutarse, giran sus cabezas para observarnos. Acaban de recibir la orden en sus pantallas.

– ¿Dónde vamos? –pregunta Dana que no parece entender nada de lo que estoy haciendo, mientras comprueba en su tablet que ya he dado la orden, pasando por encima de ella.

– Al sistema Varo.

– Está demasiado lejos de la civilización.

– No es peligroso y necesitamos energía. No tardaremos en llegar.

– Tesa y Rina no van a estar de acuerdo con todo esto –dice Dana comprobando que apenas lograremos llegar hasta allí–. Tendré que bajar aún más el nivel de consumo de la nave –añade comprobando los sistemas desde su tablet.

– Respecto a Tesa y a Rina, pueden quejarse cuando llegemos a la base. Ni siquiera funcionan las comunicaciones. No podríamos siquiera soportar un ataque ahora...

– ¿Crees que ha dicho la verdad? ¿Por qué ayudarnos? –me susurra Sara cuando Dana comienza a moverse por la sala de control para comprobar que todo sigue según sus planes.

– No lo sé, tal vez quiera la paz igual que yo, y si destruyen esta nave jamás podríamos acabar con esta guerra.

– No me fio de él. No tenemos pruebas, no lo conocemos –me advierte Sara con preocupación mientras usamos todos los recursos que nos quedan para desviarnos.

No puedo explicarlo con razonamientos, pero por algún motivo no dudo de sus palabras, no dudo sobre lo que me ha dicho.

– Sólo espero que no hayan detectado nuestra posición desde Eriom.

– Si pudiéramos usar la velocidad máxima... –se lamenta Sara suspirando.

Dos horas después llegamos al sistema Varo, una zona comercial y, lo más importante, neutral, llena estaciones donde no podemos confiar en nadie, pero donde al menos no nos atacarán, sólo importa que paguemos por lo que vamos a llevarnos. Un alto precio por tratarse de una nave de la Alianza. Son unos timadores, pero no nos queda otra opción.

Tras contactar con una estación que puede proveernos de todo lo que necesitamos, recargamos provisiones y energía mientras la nave sigue utilizando los recursos mínimos.

– Tengo un mal presentimiento –dice Sara bajando la voz porque estamos rodeadas de tripulación que no entendería nuestra forma de hablar y puede que lo interpretaran mal.

– Tengo que comprobar algo.

Sara me sigue, prácticamente corriendo, a través de una de las vías que llevan hasta la unidad médica. Irrumpo en la habitación donde está el cuerpo de esa bestia y me acerco hasta él, que no puede moverse, afortunadamente.

– ¿Dónde estamos? ¿Estamos en Eriom? –inquire él pero ignora sus preguntas.

– ¿Pueden localizarnos? –pregunto preocupada porque mi instinto me dice que las cosas no van bien.

Él me mira y asiente con calma.

– Por eso fallan nuestras comunicaciones... –comprendo mirándolo a los ojos–. ¿Lo sabías todo el tiempo?

– Es el procedimiento habitual.

Compruebo en mi antebrazo tecleando en la pantalla del dispositivo y calculo que apenas tenemos la energía necesaria para activar de nuevo todas las armas y escudos.

– ¿Cuándo atacarán?

– Es difícil de decir.

– Habla o morirás ahora.

– Moriré igualmente, apenas podéis defenderos ahora..., pero si quieres saberlo, no tardará. Has hecho bien en cambiar el destino de la nave.

Ignoro a la bestia y miro a Sara casi leyendo sus pensamientos. Si salimos de ésta, será un milagro.

– Deberíamos irnos.

– Prefiero quedarme y recargar toda la energía que podamos, es inútil, esperar un ataque dentro de horas o días y que nos masacren.

– Diría horas, o incluso menos –dice la voz grave de nuestro rehén.

– No confíes en su palabra –me advierte Sara–. ¿Acaso no lo ves?

Miro a un lado y otro, al hombre que sigue atado en esa camilla y a Sara que niega con la cabeza.

– No pienso moverme de aquí.

Sara sale de la habitación sin decir una palabra más.

– Has hecho bien. De todas formas creo que vamos a morir todos.

Las palabras de ese hombre me hacen volver la vista a su cuerpo. Es una máquina de matar, pero no es tan estúpido como podría parecer a simple vista. Tal vez el error fue subestimar su especie. Me acerco hasta él y deslizo mi mano por su brazo ante su atenta mirada y su silencio. Nunca había visto un cuerpo tan... ¿desarrollado?

– No vamos a morir hoy –aseguro tirando de la sábana que cubre su cuerpo y observando su cuerpo casi desnudo por unos segundos antes de decidirme a hacer lo que voy a hacer.

Su cuerpo es una obra de arte. Es difícil pensar en lo que tengo que hacer viendo lo que es y cómo es. Sabiendo que bajo la escasa tela que recubre su cuerpo, hay algo como lo que se intuye.

– ¿Qué vas a hacer? –pregunta confuso.

– Voy a seguir mis planes tal y como había ideado previamente.

Tecleo los códigos para entrar en la seguridad de la unidad médica y concretamente en esta habitación, para desatar las medidas de seguridad que contenían a la bestia.

– Dime tu nombre antes de hacer esto –le digo con mi mano en la pantalla aún, con la intención de desatarlo de la camilla.

– ¿Vas a matarme ahora?

– Tu nombre.

– Kirar.

– Kirar, no vas a morir hoy, si puedo evitarlo. Eres mi rehén y voy a negociar la paz a cambio de devolverte tal y como había planeado.

Deslizo mi mano por su pecho desnudo, que se contrae al tacto de la mía y pienso unos segundos sobre lo que estoy a punto de hacer. Podría considerarse alta traición. O podría recordarse como el inicio del fin de la guerra.

– ¿Qué vas a hacer? –dice confuso, medio desnudo sobre la camilla, atado aún.

– Si estás pensando en huir, morirás. Justo aquí se ha implantado el explosivo que te inyecté –digo acariciando el centro de su torso–. Lo controlo con ésto –despego mi mano de su cálido pecho y aparto el cabello de mi frente para mostrarle el dispositivo que tengo injertado en la sien, que sólo muestra una luz ahora por propia voluntad, una luz que se puede percibir ligeramente desde el exterior a través de mi piel.

– Estáis locos. ¿Quién te puso eso? ¿Llevas más cosas en tu cuerpo? –pregunta mirándome con el ceño fruncido.

No respondo a su pregunta, sino que bajo la mano para colocar mi dedo sobre la pantalla de mi antebrazo. Suelto una de sus manos tecleando en la pantalla del dispositivo y la tomo para llevarla junto a la otra, que ato con unas esposas.

Vuelvo a tocar la pantalla y desato todos los cierres que mantenían sus extremidades ancladas a la camilla.

– No puedo confiar en ti, pero recuerda el explosivo y cómo puedo controlarlo. Promete que no harás daño a nadie.

– No haré daño a nadie en esta nave.

Justo cuando se desatan los cierres metálicos que lo inmovilizaban, sentimos un golpe fuerte, como jamás he sentido salvo por el choque de un meteorito o por un ataque, demasiado potente como para poder efectuarlo alguien en este sistema.

Él cae al suelo, aún entumecido por estar tantas horas inmovilizado. Yo me agacho y le ayudo a levantarse.

– No tenemos mucho tiempo.

Restablezco la seguridad en toda la nave salvo en la vía que lleva hasta el angar

desde donde saldremos nosotros. Compruebo que la energía está al ochenta por ciento, suficiente como para atacar, incluso con nuestras armas más potentes. Suficiente como para crear un escudo defensivo. No entiendo por qué nos han disparado.

– Sara, ya tenemos la capacidad de defendernos. Confío en ti –son las últimas palabras que le envío a mi compañera. Y amiga.

– Hanna, no es un ataque exterior, es interno –responde ella.

No entiendo nada, y no sé cuándo la volveré a ver, ni si regresaré a esta nave, pero no tenemos tiempo que perder.

Tiro del cuerpo del general, que todavía sigue aturdido y no opone resistencia. Tenemos que llegar al angar donde he preparado una nave auxiliar y no tengo tiempo para esto, así que le ayudo a moverse apoyando su cuerpo sobre mis hombros.

– Casi no puedo caminar –le ruego cuando su cuerpo cae sobre el mío y apenas puedo sostenerme en pie.

Apoya sus manos sobre mi cuerpo, pero siento que su peso me oprime en menor medida. Creo que está recuperando la estabilidad y la fuerza. Incluso ahora que se pone de pie y estira su cuerpo, creo que podría romper las esposas si quisiera.

No podemos dar dos pasos y la nave vuelve a dar una sacudida.

– Están aquí –dice él deteniéndose.

– ¿Cómo han entrado?

– Te dije que atacarían la nave, han venido a buscarme.

No entiendo cómo lo han hecho, Sara ha dicho que es interno, nadie nos ha atacado.

– No podrán avanzar, la seguridad...

Él usa su fuerza, sus enormes músculos, ya restablecidos, para romper las esposas que le había puesto y apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Es una imagen impresionante. Ese cuerpo que parece tallado en granito emitiendo un gruñido mientras usa toda su fuerza para romper el metal.

– Recuerda que te implanté un explosivo. No quisiera tener que activarlo –le advierto.

– Quisiera acabar esta guerra tanto como tú –afirma acercándose lentamente–. Pero no puedo hacer nada... Ni tú tampoco, ya están dentro.

Miro la pantalla de mi dispositivo de control y no veo fallos en la seguridad. No entiendo dónde pueden estar. Si dejo que se lo lleven, las posibilidades de negociar la paz se esfumarán. No tendría con qué negociar.

– No podrán llegar hasta aquí.

– Nadie sabe que están en la nave. No se pueden detectar.

– ¿Cómo lo han hecho?

Él no me responde, sólo mira por encima de mi cabeza. Saco mi arma y giro sobre mí misma para ver a dos ciborgs. Disparo, pero parece que mi arma no puede hacer nada contra ellos. Y en ese momento es cuando los ciborgs levantan sus brazos, que son armas en realidad, y comprendo que voy a morir. Ni siquiera logro discernir los movimientos de Kirar cuando me coloca detrás de su cuerpo para recibir él el daño de las armas que disparan.

– No te muevas –dice adelantándose a mí y empujándome para caer tras la camilla donde estaba él antes.

Capítulo 3.

No sé qué ha pasado. Me despierto en una camilla y no recuerdo nada, pero Sara está a mi lado mirándome con expresión de alivio.

– ¿Qué...? – intento preguntar.

– Escapó hace dos días, no sabemos cómo. Nos atacaron, pero nadie entró en la nave ni salió. Ni sabemos cómo nos atacaron, no había ningún enemigo. Nadie es capaz de explicarlo..., pensábamos que tú..., que tú sabrías algo.

La miro confusa, no sé qué decir. Hemos perdido a lo único que podría acabar con esta guerra.

– No recuerdo nada, sólo unos ciborgs... –no soy capaz de seguir, porque al intentar hacer memoria comienza a dolerme la cabeza–. ¿Qué me pasa?

– Tienes una contusión muy fuerte. Llevas dos días aquí.

– ¿Dos días? ¿Dónde estamos?

– Cerca de Lendiara.

– ¿Daños en la nave?

– Nada grave –confirma con una sonrisa.

– No sirve de nada la información que conseguimos de él. Ha escapado, ahora cambiarán sus bases y las defenderán –me quejo, por no hablar de que ya no podré negociar con él como rehén, aunque eso ni lo menciono.

La única baza que teníamos, se ha esfumado. Y, por si fuera poco, no tenemos la menor idea de cómo ha sido. Me temo que todo vuelve a ser como antes. Esto no acabará nunca.

– ¿Cuánta energía tenemos?

– Noventa por ciento.

Sara debe estar pensando lo mismo que yo, no sirvió de nada correr tantos riesgos. Aunque si hubiera salido bien...

– Habrá otras oportunidades –me consuela acariciando mi hombro–. Será mejor que descanses.

– Un momento, ¿cómo se produjo la contusión? ¿Con qué me golpearon?

– No te golpearon, sólo caíste al suelo –dice antes de darse la vuelta y dejarme sola.

Sara desaparece e intento recordar, aunque para el dolor de cabeza no es la mejor opción, se gastan demasiadas neuronas intentando hacer memoria. El caso es que no puedo dejar de intentarlo. Hay algo recurrente en mi cabeza, la imagen de Kirar empujándome a su espalda para que esos ciborgs le dispararan a él. ¿Lo habré soñado? No recuerdo exactamente lo que ocurrió, pero creo que fue así.

Recuerdo su enorme cuerpo prácticamente desnudo, tan musculoso, delante de mí, apartándome... Y recuerdo su mirada al hacerlo. Y de pronto vienen a mi mente esas palabras, que no haría daño a nadie de esta nave. ¿Tiene todo esto algún sentido? No me atrevo ni a decírselo a Sara, porque es un poco raro. ¿Y si lo he soñado y todos estos pensamientos son fruto de mi contusión? ¿Nadie me golpeó? No lo entiendo, pero por más vueltas que le doy a todo, no consigo comprender cómo desapareció esa bestia.

Todas las imágenes se agolpan en mi cabeza sin ningún sentido.

¿Cómo desaparecieron? ¿Y cómo llegaron hasta aquí? Si no entró ni salió ninguna nave.

Hay alguien que podría explicar esto. Necesito investigarlo, necesito unos días libres y una nave auxiliar.

Una semana después.

No ha habido un solo ataque enemigo desde la destrucción de las tropas de Tirion en ese planeta desolado. No puedo soportar cada vez que me felicitan por mi trabajo. No fue plato de buen gusto destruir al enemigo de esa forma. También hubo bajas entre los aliados a causa de ese ataque. Pero en el senado y en la Alianza me consideran una heroína o algo así, y por más que intento obviar el tema, siempre aparece alguien para agradecerme.

No se dan cuenta de que ha sido algo horrible. Sin embargo, me ha servido para justificar poder disponer de una nave y tiempo para reorganizar mis ideas, descansando en algún paraíso “espacial”, o al menos eso es lo que he dicho.

En realidad, he subido a esa nave y me dirijo hacia el sistema Varo de nuevo. A un satélite deshabitado que no es ningún paraíso. Ni siquiera es posible la vida en ese lugar, a no ser que se disponga de la tecnología adecuada.

La persona que vive allí sabe que a nadie se le ocurriría ir a ese satélite. A no ser que alguien supiera que ella está en él.

Mi pequeña nave apenas tiene el peso suficiente para la escasa gravedad del lugar y he tenido que anclarla, para evitar sustos, lo último que quiero es quedarme aquí sin posibilidad de salir. Ya he tenido bastante con pasar más de quince años en esa nave, como para pasar otros quince en este satélite...

– Hanna... O mejor dicho, capitana Connor –me saluda cuando se abre la puerta del corredor adosado a mi nave.

– Capitana Harris –le devuelvo el saludo.

– Te esperaba mucho antes.

– ¿Cuánto tiempo ha pasado? –tengo un problema con los años, a veces creo que ha pasado uno o dos y han pasado cinco, de cualquier cosa que pase.

– Ocho años –responde con una sonrisa colocando su mano en mi hombro para que la siga–. Vamos, hace frío aquí.

– Ocho años –repito en un susurro caminando lentamente tras ella. La recordaba menos canosa, y menos arrugada, pero sus ojos sonrientes me hacen pensar que incluso ha rejuvenecido.

– ¿No te aburres aquí? –pregunto mirando por el cristal que forma el corredor hasta la construcción donde vive.

– No, no siempre estoy aquí...

– No he visto ninguna nave cuando bajaba.

Ella no me responde, sino que sigue caminando delante de mí mientras no puedo dejar de mirar a mi alrededor el paisaje tétrico, desolador, que nos rodea. Es horrible.

Gina Harris, la anterior capitana de la Starfirst desapareció cuando logró dejar el cargo. Nadie en la Alianza supo nada más de ella. Ni siquiera yo. Pero hace unos años contactó conmigo, me envió un mensaje cifrado que me costó un horror poder leer. Desde aquel momento mantuvimos cierta comunicación, aunque muy escueta y enigmática por su parte. La mayoría de los mensajes ni siquiera los entendía una vez descifrados. Parecían avisos paranoicos sobre cosas que no tenían el menor sentido.

– Me alegro de que al fin estés aquí, tenemos tantas cosas de las que hablar. A veces pensaba que no te llegaban mis mensajes –dice justo antes de abrir la puerta para entrar en su “casa” o lo que sea este lugar.

No sé cómo decirle que no entendí la mitad de esas comunicaciones.

– Me llegaron, pero o se perdió algo por el camino o llegaron mal, porque algunos no llegué a leerlos completos.

Ella se gira frunciendo el ceño, mirándome con desaprobación.

– ¡No te llegaron mal! Creía que tú los entenderías por ser de la Tierra.

– Eran demasiado... filosóficos –digo, por no decir absurdos. Incluso llegué a pensar que había perdido la cordura.

– Se los debí enviar a Sara.

– Seguro que los habría entendido, estudió filosofía...

No parece hacerle gracia nada de lo que digo y decido callar mientras la sigo hacia el interior de ese lugar. Una construcción totalmente cuadrada de piedra cortada perfectamente, y encajada al milímetro. No había visto algo tan perfecto en mi vida. No sé cómo lo habrá hecho, porque no es que se vea este tipo de piedra en ninguna parte por aquí.

Por dentro es totalmente distinto a lo que parecía, es un verdadero hogar. Incluso hay plantas. Hay una calidez especial, es como un pequeño oasis en medio de la nada.

– Es impresionante.

– Lo sé. No verás nada de color blanco.

Creo que tuvo el mismo problema que yo con el diseño de la Starfirst... Demasiados años encerradas en ese lugar.

– Antes me gustaba el blanco... –digo mirando a mi alrededor, es una maravilla–. Me recuerda a cualquier casa de la Tierra. En realidad es como estar en casa –incluso me emociono al ver el lugar decorado con un estilo muy antiguo–. Hacía tanto que no veía algo así.

– Sabes que nunca he visto la Tierra, pero en Juno todo era muy parecido a esto. Tenemos muchas cosas en común.

– Supongo que sí. No somos tan fríos...

– De eso tengo que hablar contigo. Hay mucho de lo que hablar –dice de nuevo, de una forma tan enigmática, que me tiene intrigada desde que llegué.

– Aquí estoy.

– Todo a su tiempo, has tardado en venir. Te avisé hace mucho.

– No pensé que fuera urgente. Tampoco podía salir de allí tan fácilmente. Tuve que destruir la mitad de las tropas enemigas para lograr esto.

– Lo sé, no me gustó oír eso... Debió ser muy duro tomar esa decisión.

No sé cómo consigue la información, cómo se ha enterado de la destrucción de las naves, pero supongo que me lo explicará cuando se decida a hablar.

– No tanto, tal vez me estoy volviendo como el resto de la tripulación.

Ella se da la vuelta y me mira boquiabierta.

– Ahora estás aquí, y eso cambia las cosas –dice sentándose frente a una enorme mesa de piedra.

– Hay algo que no entiendo. ¿Dónde está la cantera de la que has sacado este material? –pregunto sentándome junto a ella.

– ¿Quieres tomar algo? –pregunta confundiéndome. ¿Acaso no va a decirme todo lo que tiene que decir?

– No estaría mal –respondo sin saber qué otra cosa hacer que seguir su juego, porque ha decidido marcar el tiempo en el que me explicará todo.

Un ciborg aparece de la nada y saco mi arma rápidamente para dispararle, pero no le hace nada. Miro a Gina y no comprendo qué significa todo esto.

– No le dispares, traía la bebida –dice entre risas.

– Pero... –el corazón palpita desbocado en mi pecho ante la amenaza. Esos seres son el terrero para cualquier humano.

Ella suspira y me dedica una mirada tierna.

– No son enemigos. Son como tú y como yo.

– No me gusta que esté aquí. No sé qué modificaciones le habrás hecho, pero no me fio de... eso.

– Todo lo que has aprendido en los últimos quince años –dice con una tranquilidad que no comparto–, no sirve para nada... Todo lo que has hecho durante los últimos quince años tampoco ha servido para nada.

Escuchar que he pasado en esa nave quince años y no han servido de nada, es bastante traumático. Puede que estar en este satélite, aislada con ese ciborg le haya hecho perder la cabeza.

– Sólo he venido para entender cómo desapareció mi rehén.

Ella me escucha atentamente mientras le explico que capturamos un general enemigo y desapareció. Nadie vio nada, nadie se explica cómo y yo no recuerdo más que algún retazo de lo que pasó.

– Nada más y nada menos que el general de Tirion...

– Exacto, y desapareció.

– No desapareció, fue teletransportado.

Debe ser una tecnología nueva que han incautado a algún planeta más desarrollado que ellos, como hacen siempre. Pero la explicación hace que todo cobre sentido. Si fue teletransportado, explicaría que no hubiera ningún registro en los sistemas.

– Alguien atacó la nave, no hubo grandes daños, pero...

– Explosivos, internos, para que la tripulación, los efectivos, se desplazaran hacia los puntos de ataque.

– Pero si pueden desplazarse tan rápidamente, ¿por qué no ir directamente hasta su objetivo y llevárselo.

– Teletransportarse no implica ser adivino. No sabrían dónde estaba, antes tenían que encontrarlo. Debieron entrar en el sistema a través de algún punto de la nave.

– Claro, ellos estaban dentro desde que capturamos a su general. Por eso desde que Sara encontró su cuerpo no funcionaban las comunicaciones... Ella los trajo sin saberlo. Ya estaban en la nave, esperando, en algún lugar –calculo rápidamente–. Esperando el momento en que bajé la seguridad para poder hacer su trabajo sin que pudiéramos detenerlos. Justo cuando lo desaté...

– En realidad no has perdido el tiempo estos quince años. ¿Por qué mantuviste con vida al general cuando tuviste la información sobre las bases enemigas?

– Quería negociar la paz a cambio de devolverle.

– Sabes que el senado no lo habría permitido.

– Por eso fui a por él y pretendía llevármelo de la Starfirst justo antes de que vinieran esos ciborgs.

– Bien hecho. Aunque no habría servido de nada, pero la intención es lo que cuenta –dice dándome una palmada en el hombro.

Creo que Gina ha perdido la cabeza. A veces da información muy útil, como la explicación de cómo se llevaron al general, y otras dice cosas como esto, sin ningún sentido.

– Bueno, querían recuperarle, de hecho lo hicieron, no entiendo qué fallo tenía mi plan. ¿Por qué no habrían negociado?

– Puede que hubieran negociado, no lo niego. Pero recuerda mis palabras, no todo es lo que parece... Todo lo que aprendiste durante los últimos quince años no sirve para nada. ¿Cuándo volverás a la base?

- Tengo una semana.
- Debes ir a Eriom antes y ponerte en contacto con una persona...
- Es una base enemiga –la interrumpo.
- No tan enemiga.

¿No tan enemiga? No entiendo a esta mujer, creo que realmente ha perdido la cabeza. Demasiado solitaria en este lugar. Demasiado tiempo lejos de la civilización. Además, tener a ese ciborg de camarero me resulta como poco muy extraño. Por no decir que una locura, podría matarla en cualquier momento.

- ¿Para qué quiero arriesgarme yendo a Eriom?
- ¿Quieres conseguir la paz?
- Pero has dicho que era una estupidez, además de que ya no tengo bajo mi poder a su general.
- No he dicho que fuera una estupidez, aunque sigue siéndolo, pero no es así como conseguiremos acabar con la guerra. Debes ir a Eriom y contactar con un hombre llamado Kinan Thiron.

Dos días después.

Intento pasar desapercibida entre la gente como si fuera otra contrabandista más. El blanco uniforme reposa en mi nave mientras camino entre los angares como si supiera hacia dónde voy. Sin embargo, la dirección que me ha dado Gina no aparece en ningún mapa. Claro que, un lugar así, un puerto de contrabandistas, que por si fuera poco ya dominan esos bárbaros, no tiene ningún orden.

Salgo hacia la zona de ocio, una zona decadente con demasiadas luces y todo tipo de seres. Incluso hay ciborgs, que se mueven entre otros de esos pseudohumanos y bárbaros, y que me hacen estar en alerta. A duras penas mantengo la calma en este lugar. Si los ciborgs supieran que soy humana, me destrozarían. Son máquinas de matar humanos, por así decirlo.

- ¿Buscas diversión? –me pregunta un ciborg y mi mano va directamente al arma que llevo en la cintura, es por instinto, pero entonces observo el nombre del antro del que ha salido y me relajo.

Asiento con la cabeza y me dirijo hacia el interior siguiendo a esa abominación. Ahora mismo llevo tantas armas y tantos mecanismos de defensa que no creo que puedan ni siquiera tocarme sin sufrir algún daño. Digamos que he “cogido prestado” algunos prototipos de la Alianza, basados en la última tecnología, para poder moverme por estos lugares donde la seguridad es nula.

– Tenemos para todos los gustos... –asegura cuando llegamos a un pasillo oscuro y mugriento que hace dudar bastante sobre la higiene y la “satisfacción” de los clientes.

Yo me limito a asentir mientras le sigo hasta una sala interior donde especímenes muy distintos parecen estar esperando que algún cliente los seleccione.

– Estoy buscando a un pseudohumano.

El ciborg me mira de arriba abajo y me hace una señal con la mano.

– Por supuesto, sígame.

Lo hago, le sigo hasta una habitación donde únicamente hay una cama, donde todo parece más mugriento aún, las paredes se caen a pedazos y el aspecto oscuro y tétrico me hace echar de menos, en cierto modo, el color blanco impoluto de la Starfirst.

– ¿Dónde está?

– Parece muy ansiosa.

– Lo estoy.

El ciborg me mira y asiente justo cuando una puerta se abre y aparece un joven que no es a quien estoy buscando. Miro a uno y otro y niego. Saco mi arma y apunto al ciborg ante la mirada de sorpresa del chico. No “satisfecha” con lo que estoy haciendo atrapo al ciborg entre mis brazos y le apunto con la pistola que tengo en mis manos directamente a su sien.

– Estoy buscando a Kinan Thiron. Os mataré a todos –añado para motivarles y que lo traigan rápido.

– ¿Kinan? –pregunta el ciborg.

– No hay nadie aquí con ese nombre –añade el joven mirándome asustado.

– Esto es la “Ostra dorada...”

– ¿Quién te dijo que podías encontrarle aquí? –pregunta el ciborg sin inmutarse, como si no tuviera un arma apuntando directamente a su cabeza.

– Eso a ti no te importa.

Disparo mi arma, pero no para matarlo, sino que utilizo la función paralizadora para poder atrapar al joven y que hable, aunque a este último no hace falta que lo paralice, porque

ya lo está sin mi intervención.

Cuando he llegado hasta él siento una mano en mi hombro y me giro asustada y disparando de nuevo. Es ese maldito ciborg al que no le ha hecho efecto mi arma.

– No puedes hacerme daño con tus armas. ¿Quién te ha enviado?

Vuelvo a situar al joven pseudohumano apuntando con mi arma a su cabeza mientras lo uso de escudo colocándolo delante de mí.

– La próxima vez que dispare no será el paralizador –le advierto.

El ciborg, frío y sin apenas ninguna expresión en su rostro me mira con lo que me ha parecido, tal vez, miedo. Jamás he visto el miedo o cualquier sentimiento en ellos, ni siquiera estoy segura de si lo he visto en realidad.

– ¿Dónde está?

– ¿Qué quieres de él? Kinan no supone un problema para nadie, hace diez años que desapareció. Nadie sabe nada de él desde entonces.

– Sólo quiero hablar, soy la capitana Connor, pero no estoy cumpliendo ninguna misión, no correrá ningún peligro.

El ciborg da un paso atrás y coloca su mano izquierda sobre la mitad metálica de su rostro para desencajar las piezas.

Creía que habría un agujero ahí, pero no, es un humano, como yo y como el joven al que apunto con mi arma.

– Habla.

– ¿Cómo dices?

– Querías hablar con Kinan, ya puedes hacerlo.

Kinan, ese joven, llamado Dean, y yo hemos salido de aquel antro para salir de la urbe y adentrarnos en los confines del planeta.

Nadie en su sano juicio habría aceptado acompañarles, pero hay algo en ellos que me hace pensar que no voy a correr peligro, de hecho, voy armada hasta tales niveles que el peligro lo corremos todos si todas las armas se pusieran en funcionamiento. Estoy pensando, incluso, en deshacerme del desintegrador de materia, por si en algún movimiento brusco le doy con mi culo y hay una desgracia.

– ¿Queda mucho?

Kinan me mira frunciendo el ceño y niega mientras la pequeña nave se desliza a ras de suelo, llevándonos automáticamente a las coordenadas que ha marcado.

– Nunca me gustó el sistema automático –digo harta de la velocidad que mantiene el vehículo. Si condujera alguien seguramente iría más rápido.

– ¿Naciste en la Tierra?

Asiento con la cabeza y sonrío. A nadie de la Tierra le gusta el sistema automático. Cualquiera humano prefiere conducir una nave ágil y rápida como esta a quedarse en el habitáculo interior sentados alrededor de una mesa mirándonos las caras aburridos.

– ¿De dónde sois vosotros?

– Él es de Juno, y yo nací en el espacio –responde Kinan.

Por eso tiene esa cara seria, pienso sin decir una palabra al respecto.

– ¿Qué pasó hace diez años? ¿Por qué has dicho que ya no representas un problema?

– Descubrí algo que no querían que supiera nadie más. No todo es lo que parece.

Son las mismas palabras que me dijo Gina. Ella sabía algo más y no quiso decírmelo. No entiendo por qué me envió hasta este planeta para que ese hombre simplemente me diga lo mismo que ella ya sabe.

– ¿Qué descubriste?

– La Alianza está extrayendo todo el vibranium del sistema A-18.

– Eso no es ningún secreto, y es necesario para defendernos –añado mirando a ambos—. He participado en la defensa de los refinadores.

– Sólo pudo enviarte Gina Harris, pero me parece que se equivocó al hacerlo.

– Estamos en guerra, mientras sigan atacándonos necesitamos el vibranium.

– La guerra la empezaron los drinianos, no los que vosotros llamáis “bárbaros”. Arrasaban planetas enteros para conseguir su preciado metal, hasta que toparon con ellos, con los Tirions. No tuvieron más opciones que defenderse.

– Bueno, pero podrían haber cedido el vibranium con algún acuerdo comercial, podrían haberse beneficiados todos. Los tirions son unos bárbaros, negociar con ellos es imposible.

– No hubo negociación, ni se intentó. Quisieron arrasar su planeta como habían hecho antes con muchos otros. Como por ejemplo con la estación de Vinian.

– En Vinian no había nada, no hacemos daño a nadie extrayendo de allí...

– Era un planeta muy parecido a la Tierra, no era un desierto como lo es ahora –me interrumpe exaltado y mirándome con fuego en los ojos.

– ¿Has visto a esos bárbaros? –digo mirándolo confusa.

– No puedes juzgarlos por su aspecto. ¿Crees que son estúpidos? Si lo fueran no habrían recuperado media galaxia.

– ¿Recuperado? Más bien conquistado...

– Vuelve a tu nave, y sigue defendiendo las bases de la Alianza... –dice mirando hacia un lado, hacia el cristal que nos separa del, ahora desértico, paisaje.

– La verdad es que el general de Tirion no parecía tan tonto como pensaba, de hecho escapó. Claro que, con una tecnología que le cedieron esos ciborg.

– ¿El general de Tirion? ¿Lo capturaste?

– Exacto.

– ¿Qué pretendías hacer con él?

– Quería acabar con la guerra de una maldita vez. Por eso he venido hasta aquí, pero creo que es inútil.

– Es inútil, si sigues pensando que los tirions son las bestias que creéis. Que os han dicho.

– He visto cómo dejan los cuerpos de nuestros aliados. Arrancan sus cabezas como si fueran muñecos. No ha tenido que venir nadie a decirme cómo son.

– Yo también fui capitán de la Starfirst, antes de que llegaraís tú y la nueva generación. Sé lo que vi y sé lo que han hecho en la Alianza. En Vinian hicieron cosas horribles. Yo participé en la construcción de ese lugar hace quince años, y cuando acabamos y supe para qué lo habíamos creado no pude soportarlo, no pude soportar lo que vi allí.

– He estado en Vinian, no es así, allí sólo hay extractores. No hay nada más –digo sin entender nada, pero me parece que se equivocan todos. No tiene sentido, yo he visto cómo nos han atacado sin tregua esos bárbaros, y esos ciborgs.

Capítulo 4.

Una semana después.

Tras regresar a la base comprobé en el sistema la veracidad de las palabras de Kinan, y no hay ningún registro sobre él. Sin embargo, no conforme con lo que hay en el sistema, he intentado encontrar a alguien en la nave que estuviera antes que Gina, pero acabo de descubrir que nadie lleva más tiempo sirviendo aquí que yo. Así que no hay nadie que pueda responder a mis preguntas. Sólo la anterior capitana, Gina Harris. De todas formas creo que confirmaría sus palabras, ya que ella me envió allí. Lo que no entiendo es por qué ella no me contó lo que el anterior capitán había descubierto, si es que tiene algo de sentido. Yo he visto cómo quedaban los cuerpos de nuestros aliados. La masacre y el caos que dejan por donde pasan esos bárbaros.

No es posible razonar con ellos.

Tal vez ese general al que conocí tuviera algo más de cerebro, al fin y al cabo es su máxima autoridad en esta guerra, es decir, es el más inteligente de esos bárbaros. Pero he visto sus tropas, cómo se mueven, cómo avanzan. Y sus naves, destruyendo en su avance. Y cómo han robado toda la tecnología de los planetas que han conquistado, arrasado.

Llevo una semana dándole vueltas a todo. Aunque tuvieran algún tipo de justificación... No, no puede tenerla, nada de lo que han hecho. Son unas bestias, y tenía razón Gina, no podría haber negociado ninguna paz a cambio de ese hombre. No se puede negociar la paz con unos bárbaros.

Todo lo que he descubierto durante las últimas dos semanas, en realidad no tiene sentido. Es decir, si tienen la tecnología para teletransportarse, ¿por qué no la han usado para matarnos a todos? Me hace pensar que no pueden usarla en todos los casos que quisieran. Debe haber alguna razón. Tal vez no sea tan efectiva o conlleve algunos problemas que aún no han podido solucionar, tal vez la tecnología no está totalmente desarrollada y sólo la usan para casos de extrema necesidad.

Son demasiadas preguntas, demasiadas dudas. Y sólo puedo confiar en una persona para poner en orden todos estos pensamientos, Sara. Por eso la he llamado, por eso intento explicarle lo que he descubierto, o creo haber descubierto. Ni siquiera estoy segura de que todo esto tenga alguna lógica. Gina no parece estar muy bien de la cabeza, tal vez lleva demasiado tiempo sola.

– Ni siquiera sé por dónde empezar –intento aclararme, porque realmente no sé cómo plantearlo–. He descubierto algunas cosas. Esos bárbaros están usando una tecnología muy superior a la que conocemos –digo observando la reacción de Sara, que no parece entender nada,

y no me extraña, porque yo tampoco—. Los ciborgs que se llevaron al general usaron el teletransporte, por eso no salió ninguna nave aquel día. Ni hubo ningún registro de su presencia.

– ¿Cómo lo has descubierto? –antes de que me de tiempo a contestar a su pregunta ella misma se responde—. Es lo que has estado haciendo durante la última semana.

Asiento con la cabeza.

– Sí, también me dijeron que esos bárbaros no son lo que creemos, el problema es que no puedo creerlo, porque los he visto, sabemos cómo se comportan con nuestros aliados.

Sara está a punto de decir algo pero de pronto en mi pantalla aparece una alerta. El enemigo está a una distancia peligrosa. Dana entra en mi habitáculo y me informa rápidamente, han llegado al planeta A-17. Sara y yo nos miramos, aún veo la confusión en sus ojos por la información que acabo de darle.

– Están saqueando un planeta aliado, no podemos obviarlo –dice Sara y yo asiento.

– No deberían estar aquí, están demasiado lejos de sus bases –informa Dana, aunque es algo que ya sabemos.

– Sara, ocúpate tú de la defensa –le pido mientras Dana me observa salir a toda prisa sin dar ninguna explicación.

– ¿Qué vas a hacer? Es tu turno...

Tengo que comprobarlo por mí misma. Todo lo que veo últimamente es a través de pantallas, hologramas y datos. Ni siquiera sé los años que llevo viendo las cosas de esta forma.

– Voy a pilotar un caza.

– ¡¿Cómo?! –preguntan las dos a la vez, pero no me detengo a explicarles las razones por las que voy a participar activamente en la defensa de ese planeta en lugar de quedarme en la sala de control dirigiéndola.

Lo que se suponía que sería una simple escaramuza, se ha convertido en una guerra de trincheras. Las bajas se están multiplicando entre nuestras tropas y ya he visto caer dos cazas, los que llevaba a cada lado. Hacía demasiado tiempo que no pilotaba con este nivel de tensión y creo que mis reflejos no son lo que eran. No sé si ahora no pasaría los exámenes... Aunque supongo que la experiencia es un grado.

Un caza enemigo me sigue a una distancia peligrosa desde hace demasiado tiempo. Cada vez mi vuelo es más irregular. Me mantengo a ras de suelo intentando que su nave, más grande, choque con alguna roca. En mi pantalla veo un obstáculo y es la única oportunidad que voy a tener para acabar con él en este planeta desértico.

Ya puedo ver con mis propios ojos la montaña cortada en dos y el hueco por el que

tengo intención de pasar para que el que me persigue se estrelle. Aumento la velocidad de forma temeraria y me adentro en el angosto pasadizo rocoso. A mi espalda observo en mi pantalla cómo el enemigo efectivamente se ha estrellado. No me da tiempo a reducir la velocidad a tiempo cuando de pronto el pasillo se estrecha incluso para mi caza, más pequeño que el del enemigo.

Las luces y sombras a mi alrededor no me dejan ver nada. No sé dónde estoy, ni siquiera sé si he muerto, aunque el dolor de cabeza y del resto del cuerpo me hace pensar que no.

Miro a derecha e izquierda y no puedo ver nada, ahora sólo oscuridad. Intento hablar pero no me sale la voz. No me preocupa demasiado ese problema, en realidad lo que me preocupa es que no sé dónde estoy, quién me ha traído hasta aquí, si es amigo o enemigo.

Vuelvo a intentar hablar, pedir ayuda, pero no consigo que mi voz aparezca por mucho que muevo la boca y tomo aire.

Entonces intento moverme, levantarme, pero el dolor me lo impide. Tal vez me haya roto algo, porque estoy molida, como si una nave hubiera caído sobre mí. Aunque ahora que lo recuerdo yo iba en una nave...

No entiendo cómo no me han recuperado, si debimos ganar esta batalla... Sólo se trataba de una pequeña parte de las tropas enemigas. Nosotros teníamos la Starfirst. No pueden haber ganado... No entiendo qué hago aquí. Aunque puede que no sean enemigos. Puede que me hayan rescatado los habitantes de este planeta.

Oigo una voz conocida después de que alguien entrara por una apertura de... ¿estoy en una tienda?

– De nuevo nos vemos –dice mi antiguo rehén.

Ahora sé sin duda que estoy en manos del enemigo.

Intento hablar y recuerdo que no podía, pero entonces él se acerca hasta mí y me quita algo del cuello que con tanto dolor como siento no había percibido que llevaba.

– ¿Cómo es posible?

– Sigo pensando, que no sé cómo habéis conseguido dominar tantos sistemas con vuestra tecnología.

Por un momento me he sentido ofendida. ¡Pero si ellos son los bárbaros!

– Ni yo misma me lo explico –respondo poniendo los ojos en blanco.

– ¿Te duele?

– Me duele hasta el alma –le respondo suspirando.

Entonces él se da la vuelta y me deja sola de nuevo. Supongo que cuando vuelva querrá que le dé toda la información sobre nuestras bases y nuestra tecnología. Aunque parece despreciarla... Hay un sistema de protección para evitar que pase esto en caso de caer en manos del enemigo. Seguramente cualquier otro miembro de la Alianza ya lo habría usado, se trata de un potente veneno que hay instalado en nuestro cuerpo y al que puedo acceder en cualquier momento. Sin embargo, soy humana, de la Tierra, y no me hace la menor gracia usar eso. Al menos, con tanta urgencia.

– ¿Qué es eso? –pregunto cuando vuelve a entrar en la tienda con una máquina en las manos que no sé qué es pero que seguramente sirva para torturar y que diga todo lo que sé.

Él desliza la máquina desde mis pies subiéndola lentamente.

– Nunca se ha usado con ropa. No funciona, tengo que quitarte el uniforme.

– ¿Cómo?

– Es algo que usan los habitantes de este planeta para curar a los heridos. Como ya sabes nosotros no lo necesitamos.

Por alguna razón no me importa que lo haga. Él deja esa máquina delicadamente en una mesa junto a la cama donde estoy y después se inclina sobre mí mientras me mira directamente a los ojos. Los aparta un momento para alcanzar el cierre del uniforme en mi cuello y desliza la cremallera hacia abajo.

– Os late muy rápido el corazón a los humanos.

No soy capaz de responder nada a lo que acaba de decir. No sé si nos late tan rápidamente con respecto a ellos, o tal vez mis pulsaciones han subido porque sus grandes manos acaban de desabrochar mi uniforme y puede ver desde el centro de mi pecho hasta más abajo de mi ombligo.

– ¿Puedes incorporarte para que saque las mangas?

– No puedo –admito a mi pesar. Creo que se ha roto cada uno de mis huesos. O tal vez sólo los que duelen, quién sabe.

Él asiente y desliza una mano por debajo del uniforme, rozándome un pecho. Tengo que contener un suspiro mientras esa bestia corre la tela delicadamente por mi hombro ayudándome a levantarme.

– ¿Por qué me ayudas?

– No lo sé –admite, aunque creo que está mintiendo, porque, aunque no puedo ver bien su rostro, no me ha parecido una respuesta sincera.

Vuelve a dejarme caer sobre la cama, lentamente, y baja la otra manga deslizando su enorme mano por mi otro pecho. Repite el proceso para bajar el uniforme hasta más allá de mi cintura y me quedo mirándolo mientras él me observa por unos segundos, medio desnuda, tendida en esa cama y a su merced. Es una bestia enorme, si quisiera podría acabar, no sólo conmigo, sino con media tripulación de la Starfirst. Sin embargo, lo único que hace ahora es observarme. Observar mis pechos y mi cuerpo, hasta que decide seguir desnudándose.

Introduce sus dedos entre mi uniforme y mi piel, por debajo de mi cintura, y siento sus manos por todo mi cuerpo, acariciándome mientras baja la tela por mis muslos y mis piernas. Lo hace tan lentamente que creo que esto sí es una verdadera tortura.

Se vuelve a alzar y camina a mi lado hasta volver a coger la máquina que había dejado en una mesa. La enciende, pero no la vuelve a colocar sobre mí. Sólo se queda mirándome desde su enorme altura. No puedo ver bien su expresión a causa de la escasez de luz. Y no sé por qué quisiera ver su cara ahora. Quisiera ver bien sus ojos. Quisiera saber qué está pensando.

Lo que sí puedo ver es cómo mueve su cabeza analizándome desde los pies, lentamente, hasta mi sexo, y mis pechos, y cada centímetro de mi piel.

Él respira profundamente, lo oigo porque sólo hay silencio aquí dentro. Y entonces se decide a curarme al fin.

Desliza la máquina desde mis pies, lentamente, hasta mi cabello. Por alguna razón, ahora me muevo, muevo mis manos y los dedos de mis pies, y no me duele nada.

– Es... increíble.

– ¿No tenéis nada así?

– Hay cabinas de curación, pero son caras y apenas las utilizamos. Sólo en los casos más graves.

En los casos graves y quien pueda pagarlas...

Él asiente y vuelve a dejar la máquina en la mesa. Es tan alto y tan imponente que me siento más pequeña de lo que soy en realidad. Entonces, por cómo me mira, me doy cuenta de que sigo desnuda.

Me levanto y cojo el uniforme de nuevo pero él niega.

– No te pongas eso, no podré protegerte si saben quién eres.

– ¿Protegerme?

– Hay demasiado odio hacia tu especie.

Yo voy a decir algo, incluso abro la boca, pero vuelvo a cerrarla y asiento con la cabeza.

– No es que haga frío aquí..., pero, bueno yo... No creo que sea muy normal ir desnuda en este planeta.

Él ríe y asiente.

– No te muevas.

No sé por qué confío en él, no sé por qué no intento escapar ahora que me he restablecido. Podría intentar contactar con mi nave, aún llevo el dispositivo de mi sien. Sin embargo, necesito aclarar algunas cosas, necesito conocer algo más. ¿Puede que Gina no esté loca?, ¿ni Kinan? ¿Tendrá algún sentido lo que me dijeron?

Eran los antiguos capitanes de la Starfirst. Tal vez todos terminemos trastornados o todos descubramos otra realidad. Y sinceramente prefiero la segunda opción para mi destino.

Kirar vuelve y me da la ropa que lleva en su mano, nuestros dedos se acarician y siento una corriente eléctrica en mi interior, desde mis dedos hasta cada poro de mi piel. Intento ignorar lo que acaba de pasar y actuar con normalidad, colocándome la ropa que me ha dado. Sin embargo, no sé ni cómo se pone.

Él se ríe mientras intento meter mis manos en lo que creo que es una manga, pero no debe serlo, porque si lo fuera, ajustaría.

Entonces, antes de que pueda quejarme ante su risa, él deja de reír y se acerca, me quita la ropa de las manos y vuelve a mirarme mientras la coloca como estaba antes.

– No se pone así –dice sin dejar de mirarme.

Se acerca todavía más y me aprieta contra su cuerpo. Sin embargo no hay contacto entre nosotros, porque él lleva aún su armadura, y es fría y dura, lo siento en todo mi cuerpo, en mis pechos, en mi sexo, en mis muslos, en mi vientre.

Apenas puedo respirar mientras él me viste, acariciándome la espalda y mi trasero a medida que la tela va cayendo. No creo que sea excusa para vestirme, tener que tocarme, pero no puedo dejar de disfrutar su tacto en cada milímetro de mi piel.

Me daría vergüenza pedírselo, pero desde que estuvo bajo mi control, desde aquella vez que creí que estaba durmiendo, siento unas ganas tremendas de saber cómo es su sexo. Parece un humano enorme, sé que no es humano, pero podría ser un humano muy, pero que muy desarrollado... Como si le hubieran dado esteroides desde el nacimiento. Incluso llegué a pensar que había sufrido alguna modificación genética.

Bajo esos parámetros, cada vez que pienso en cómo debe tener... Mejor no lo pienso.

– Casi pareces humano –dicen mis labios a pesar mío.

Él se aparta ligeramente de mí y me mira a los ojos bajando la cabeza.

– No lo soy –dice con la voz ronca.

– Lo sé, pero tu forma, tu cuerpo... Sólo que es más grande que cualquier humano que haya visto en mi vida. Además, los humanos nacidos en el espacio son más pequeños que los de la Tierra. Me resulta –tentador, habría dicho–, extraño, ver a alguien tan grande.

– ¿Extraño?

Asiento con la cabeza y no puede hacerse una idea de las ganas que tengo de quitarle esa armadura y ver cómo es su cuerpo, tal y como ha hecho él conmigo antes.

– Curioso.

Él alza una ceja y sonrío. Y va a decir algo cuando unos gritos se oyen desde el exterior y sale corriendo.

Me pregunto si son todos así, o si sólo él es tan... Tan... Bueno, tan tentador, para qué engañarme. Sí, es tentador, me gustaría ver cómo es y mi capacidad de raciocinio se ha ido al traste en los últimos minutos, porque sólo puedo pensar en una cosa. Y tiene que ver con él, demasiado con él.

No sé qué pasa fuera, pero están gritando y no les entiendo. Y eso que el dispositivo de mi sien puede traducir todos los idiomas. No sé qué lenguaje es éste.

Toco el dispositivo, y no hay nada. No noto esa pieza dura bajo mi piel. Necesito un espejo para comprobarlo. Miro a mi alrededor pero aquí no hay nada. Sólo está esa cama y una mesa, y al fondo un arcón metálico enorme. Tal vez haya algo ahí que me pueda ser útil, porque sin el dispositivo no me siento tan segura en este lugar. No tengo ni armas ni nada para defenderme. Una cosa es quedarme por mi propia voluntad para investigar a esta gente y otra muy distinta, ser rehén de unos bárbaros locos que no paran de gritar.

Ahora que lo pienso, si yo no tengo el dispositivo, seguramente a Kirar le habrán quitado el explosivo que implanté en su cuerpo. Él ha sabido todo el tiempo que no podía hacer nada contra él... No entiendo por qué me ha salvado, curado, y aún no me ha dicho qué quiere.

Busco en mi boca la cápsula de veneno para casos de extrema necesidad, para evitar dar información al enemigo si nos capturan. Tampoco está ahí.

– ¿Qué haces? –me pregunta Kirar cuando estoy con las manos dentro de mi boca buscando la cápsula, porque con la lengua no la he encontrado.

– Tenía una cápsula de veneno para casos extremos... Tampoco tengo el dispositivo de la sien. ¿Cuándo han desaparecido? No tengo cicatrices... –compruebo tocando mi sien.

– ¿Veneno? Definitivamente estáis locos.

– ¿Dónde están?

– El restablecedor los habrá eliminado al ser considerados una amenaza para la salud.

– El dispositivo de la sien no era una amenaza –digo aún sin creer lo que está pasando.

– Yo no inventé esa máquina, ni conozco los componentes de ese “dispositivo” que os injertan en la cabeza.

Mi mano sigue en mi sien y él se acerca tanto como para llevar su mano a donde estaba la mía. Toca mi sien con la yema de sus dedos y baja la mirada hasta mis ojos.

– Veneno, injertos... ¿Qué más os hacen? –pregunta sin esperar respuesta. Sigue mirándome de esa forma, ahora puedo verlo mejor porque entra algo de luz a través de la apertura de la tienda.

No dice nada más, sólo me acaricia bajando sus dedos por mi sien y deslizándolos por mi mejilla. Ni siquiera me doy cuenta de cuándo he cerrado los ojos, hasta que él se aparta.

– Tenemos que irnos. Tu nave ha localizado esta base y pronto llegarán más enemigos.

Tengo muchas preguntas que hacerle. Ni siquiera sé por dónde empezar, pero la primera es:

– ¿Enemigos? Yo soy enemigo, ¿por qué estoy aquí? ¿Qué quieres? ¿Información?

– No necesito información –asegura alzando una ceja al darse la vuelta para responder.

– Entonces... Puedo regresar a mi nave.

Él se ríe y pongo los ojos en blanco.

– Ahora eres mi rehén.

– Si crees que alguien de la Alianza va a intentar cualquier cosa para rescatarme, ya te digo yo que no lo harán. Ni negociarán nada a cambio de ninguno de nosotros.

Él me mira frunciendo el ceño y niega.

– Nunca me acostumbraré a todo lo que sé sobre vosotros –dice volviendo a caminar hacia mí–. Sin embargo, tú sí esperaste a la mujer que me rescató cuando cayó mi nave.

– ¿Oíste la conversación?

– Sabes que mi cuerpo se recupera muy rápidamente. Aún no podía moverme

cuando entraste en el carguero pero sí escuchar. ¿Por qué la dejaste entrar si no sabías que me tenía? Podría haberla amenazado para entrar en vuestra nave. No sabías en qué condiciones llegaba.

– Sara y yo somos de la Tierra, no somos como el resto de humanos que has conocido. No podía abandonarla. Si hubiera salido mal, si hubiera sido al revés y ella hubiera llevado su nave bajo tu amenaza, nos habrías matado o nos habrían llevado ante un consejo de guerra y probablemente nos habrían condenado a muerte... Pero las probabilidades de que ella saliera con vida si era como realmente fue y la hubiera dejado en ese planeta, habrían sido nulas... Creo que valía la pena arriesgarse ante la posibilidad de que pudiera sobrevivir. No lo entendería nadie, pero creo que fue instinto. Sara y yo tenemos esa conexión, y sabía que debía ayudarla.

No sé por qué le digo todo eso, no sé por qué necesitaba hablar con alguien sobre esto. A veces no soporto la frialdad de los demás, del resto de la tripulación. A veces necesito hablar con Sara y descargar todos los pensamientos absurdos como estos, pero ella no está aquí.

– La Tierra está muy lejos de este sistema.

– Y no sabes cuánto la echo de menos –me limito a decir intentando controlar mis emociones. No debería haber hablado de la Tierra ni de Sara con él...

Él me mira desde su altura de una forma que me cuesta comprender, creo que hay confusión en sus ojos, creo que hay algo más. Tal vez yo lo miro de la misma forma, y no logro entender siquiera lo que yo siento. Su mano se acerca a mi mejilla y no soy capaz de apartarme sólo de sentir el contacto por esas milésimas de segundo que tiene su mano cerca de mí.

– Debemos irnos –dice con la voz grave pero suave y yo me limito a asentir. Al fin y al cabo soy su rehén ahora.

Capítulo 5.

Kirar me ha llevado como si fuera un habitante más del A-17 hasta su nave auxiliar. Me ha dicho que era mejor que no supieran que soy humana, ni siquiera los civiles, los demás habitantes de ese planeta. No entiendo por qué les ayudan si son el enemigo, si les han atacado. De hecho la Starfirst estaba defendiéndolos.

Lo observo mientras pilota la nave a mi lado y no soy capaz de dejar de mirarlo. Su belleza y su aspecto a la vez brutal, forman un conjunto que es difícil de obviar.

– ¿Quedó algo de mi nave? –pregunto intentando dejar de mirarlo, porque es ridículo que no pueda despegar mis ojos de él.

– Chatarra... Nunca he visto a un capitán humano pilotando un caza.

– Ni yo –admito apesadumbrada, porque ha sido una locura. Pero necesitaba ver con mis propios ojos lo que hacían en ese planeta. Cómo atacaban a los nuestros.

– ¿Por qué entonces?

– He oído que no sois tan bárbaros como creemos.

Él se vuelve hacia mí y niega con la cabeza.

– ¿Por qué habéis atacado el A-17?

– No hemos atacado ese planeta, hemos ido a liberar a sus habitantes.

– ¿Llamáis liberar a conquistar?

Kirar niega con la cabeza, pero no me responde con palabras.

– ¿Dónde vamos?

Aunque debería estar aterrada o haber intentado huir o cualquier cosa que pudiera hacer en mi situación. Por alguna razón no lo hago, no tengo miedo. De hecho, mirar a ese ser me produce todo lo contrario, me produce paz, observar su cuerpo fuerte y grande totalmente controlado. Me producen deseo sus manos, su mirada, sus músculos y sus labios. Un momento, ¿en qué estoy pensando?

– A Tirion.

– Está muy lejos de aquí.

– Usaremos un agujero de gusano. No tardaremos en llegar.

Así es como se trasladan tan fácilmente... Si supieran esta información en la Alianza... Tengo que buscar la manera de informarles. No sé cómo, pero es muy importante hacerlo. Pero antes tengo que averiguar qué tecnología usan para proteger sus naves y evitar que se deshagan en esos agujeros. Necesito más tiempo.

Mientras él pilota su nave yo me dedico a observar sus manos sobre los mandos y a imaginar cómo serían sobre mi piel. Todavía tengo frescos los recuerdos de hace unas horas, cuando me ha acariciado la espalda y el trasero para “ayudarme” a vestirme. No dejo de preguntarme cómo se sentirían esas manos fuertes y duras sobre el resto de mi cuerpo, por cada parte que no ha tocado antes.

– ¿Estás bien? –pregunta de repente y me obliga a apartar la vista de sus manos.

– Sí, gracias –ni siquiera sé por qué le doy las gracias. Tal vez mi cerebro haya perdido bastante coeficiente intelectual en el accidente... Es que ya no sé qué pensar sobre lo que me está ocurriendo—. ¿Cómo es Tirion?

– Es un paraíso... Allí está –afirma señalando con su brazo extendido hacia mi derecha y mis ojos van buscando el lugar que acaba de decir.

Observo a lo lejos, cómo se acerca o mejor dicho, nos acercamos, a un planeta de color azul y verde. Y de pronto siento una nostalgia que hacía años que no sentía. Una lágrima cae por mi mejilla e intento no pensar en lo que dejé atrás. En mi hogar, porque podría montar un drama aquí y ahora, y no es que sea agradable para mí en estas condiciones.

– ¿Qué te parece? –pregunta haciéndome volver a sus ojos.

Él frunce el ceño confuso y yo me limito a volver la vista a ese planeta. Cuando trago el nudo que tengo en mi garganta intento responderle.

– Se parece demasiado a la Tierra.

No digo nada más, sólo he podido controlarme para decir esas palabras. Él se acerca definitivamente hasta la capa de atmósfera del planeta y observo atónita cómo es el paisaje en aquel lugar.

– Es... –digo sin saber cómo describir lo que veo. Todo es como un oasis gigante. Es un verdadero placer para los sentidos. No puedo siquiera dejar de mirar hacia el exterior, ya no tengo ganas ni de mirarlo a él—. Es increíble.

Los edificios y los túneles de transporte transparentes se mezclan. Es como un paraíso totalmente sostenible lleno de vegetación.

Aunque desde arriba me había parecido igual a la tierra, después, cuando hemos aterrizado, he visto que las estructuras y construcciones no se parecen en nada. La vegetación tampoco, aunque sí hay vegetación, y eso es algo que echaba de menos de una forma casi dolorosa. No sé por qué, mientras vivía en la Tierra jamás dediqué un minuto a pensar en ello, pero tras un año, un solo año en esa nave de color blanco, no podía pensar en otra cosa.

Es extraño cómo, cuando pierdes algo, valoras su utilidad.

– Mantente a mi espalda. Nadie preguntará quién eres, pero por tu seguridad será mejor que no parezcas... humana. Te confundirán con uno de los pseudohumanos que rescatamos de los planetas que invadís.

Yo asiento en silencio antes de bajar, tras su enorme cuerpo, mientras esperamos que la puerta se abra totalmente. La luz comienza a inundar el interior oscuro a través de las rendijas cada vez más anchas alrededor de la puerta que se va despegando lentamente del resto de la nave. Visto desde atrás, desde mi baja posición tras su cuerpo, todavía parece más alto, más grande, más fuerte.

Me descubro alzando la mano para tocar su cuerpo, pero razono antes de hacerlo. No sé qué me pasa desde que vi a este hombre, o bestia, o lo que sea. Ni siquiera es de mi misma especie, aunque podría serlo. Uno un poco más grande que el resto de humanos. Sin esa armadura, no parece tan... bestia.

Él empieza a caminar para salir de la nave y yo le sigo hasta un transporte. Nadie nos recibe y es un alivio. Nos metemos en un vehículo que no había visto antes. Supongo que otra muestra de la tecnología robada.

– ¿Qué clase de energía utiliza? –pregunto sentada a su lado y observando el interior, los mandos y la interfaz que le permite pilotarlo.

– No utiliza energía.

Yo lo miro con incredulidad.

– Imposible.

– Es más sencillo de lo que piensas.

– Sólo se me ocurre algo magnético.

Él despega sus ojos de la pantalla y me mira durante unos segundos tras los que asiento.

– ¿Dónde vamos?

– A mi casa. No tenemos mucho tiempo, porque en cualquier momento habrá otra batalla.

– ¿Y qué vas a hacer conmigo? –pregunto entre la confusión y la preocupación.

– No lo sé todavía. Sólo que nadie debe saber quién eres.

– ¿Qué harían si alguien lo descubriera?

– Seguramente te matarían.

– ¿No intentarían sacarme información?

– No la necesitamos.

Sus palabras me hacen pensar que hay muchas cosas que no sabemos de ellos, son más inteligentes de lo que habíamos pensado siempre.

– ¿Por qué no lo haces tú? –él me mira unos segundos y añado–. Matarme, quiero decir.

– No eres como pensaba. Aquí todos creemos que los humanos son unos seres fríos que jamás sacian sus ansias de conquista, a los que no les importa arrasar planetas enteros sólo para conseguir su energía. Que no tienen escrúpulos, que son...

– Bueno, ya me hago una idea –le interrumpo.

Lo veo sonreír mientras sigue pilotando sin dejar de mirar la pantalla y el exterior, ahora más agreste. Yo también miro hacia el exterior, no se parece nada a ninguna planta que haya conocido, aunque en la Tierra han desaparecido muchas especies. La mayoría de los planetas de la Alianza, son desiertos.

El vehículo se detiene frente a una enorme cúpula sobre el suelo y la puerta a mi derecha se alza. No sé por qué no tengo ningún miedo. Debería tenerlo, pero no es así. He tenido la oportunidad de escapar en varias ocasiones, pero no puedo irme ahora. Necesito saber más sobre ellos, sobre su especie. Y sin dudas ésta es la oportunidad de hacerlo.

Kirar se adelanta a mí y me abre la puerta de esa cúpula que no parecía tener ninguna entrada. No sé cómo lo ha hecho.

– Parece algo..., ¿orgánico?

– Has vuelto a acertar.

Él tira de mi mano sin darse cuenta de lo que ha hecho, sólo para que le siga hacia el interior. Su contacto hace que mis pulsaciones vuelvan a dispararse y sólo espero que no se dé cuenta de cómo estoy. Entonces me suelta y comienza a quitarse la armadura.

No puedo apartar los ojos de él mientras desarma su cuerpo de cada pieza ensamblada a sus pectorales, a su espalda, sus piernas. En mi ilusa imaginación había esperado que estuviera desnudo bajo su armadura, pero no es así. Siento una punzada de decepción al ver su ropa debajo.

Una alarma empieza a sonar, pero no sé de dónde viene el sonido, sólo que nos inunda a ambos. Es insoportable el ruido y tengo que taparme las orejas con mis manos.

– ¿Qué es eso?

– Tenemos que volver, están atacando a nuestros aliados.

En lo que ha dicho hay varias cosas que no tienen una explicación coherente. En primer lugar, tenemos. ¿Piensa llevarme al frente de una batalla? ¿Se fía de mí? Porque voy a aprender y estudiar todo lo que vea. Y no sé si incluso intervenir... En su contra. No creo que pueda mantenerme ajena si veo cómo masacran a tropas de humanos. Por otro lado, ¿están atacando a sus aliados? No tienen aliados, ellos sólo conquistan y dominan otros planetas... Aunque en A-17 vi algunos habitantes colaborando con estos bárbaros. Tal vez bajo amenaza, pero, ¿qué sentido tiene todo esto? Y después de todas estas deliberaciones internas sólo se me ocurre preguntar:

– ¿Tienes que volver a ponerte esa armadura? –inquiero observando cómo se marca su trasero ante mis ojos bajo su ropa.

Él se da la vuelta y me mira asintiendo.

– Ayúdame y acabaré antes.

No me lo pienso dos veces, de hecho ya estoy cogiendo una de las piezas que se ha quitado para tener la excusa de tocar su cuerpo.

– No nos diferenciamos tanto –acerto a decir mientras encajo la pieza que protege sus piernas desde atrás, contemplando su trasero duro y fuerte. No creo que haya un solo gramo de grasa en este cuerpo. Esa podría ser una diferencia.

– Las mujeres de Tirion son más grandes, pero son exactamente igual a una humana –afirma mientras se coloca la pieza que encaja a su pectoral mientras yo desde atrás sujeto la parte de la espalda–. Nunca había visto a una humana desnuda, pero ahora puedo afirmar que no hay diferencias, salvo por el tamaño.

Entonces recuerdo que me estudió mientras me desnudaba, y mientras me curaba con esa máquina.

– Yo no puedo afirmar con tanta certeza algo así sobre los hombres de Tirion con respecto de los humanos. Tendría que hacer un estudio sobre el tema...

Él se da la vuelta y me mira de una forma que me deja sin palabras.

Me mira durante unos segundos y yo mantengo mis ojos en los suyos. De pronto siento su mano acercándose a mi mejilla, que acaricia mientras cierro los ojos para sentir con toda mi capacidad sus dedos ásperos sobre mi piel.

– Las humanas sois más suaves.

La alarma vuelve a sonar tan fuerte que me obliga a taparme de nuevo las orejas con mis manos.

– No hay tiempo que perder.

– Creo que otra diferencia es el sonido agudo. Lo oigo demasiado bien.

No había presencia de los bárbaros hasta que hemos llegado, es decir, sólo había naves de la Alianza. No estaban atacando, estaban intentando liberarlos, ¿no? Tampoco estoy segura de qué estamos haciendo en este planeta, el A-9. Es decir, por qué no dirigir la lucha desde una nave nodriza. Tal vez por eso pierden tantas veces...

Se supone que soy una asistente del planeta A-17 que rescató de “los humanos” y que tengo una valía en conocimientos técnicos muy necesarios para acompañar al general Kirar, por eso el resto de miembros del equipo de mando no me han matado aún, incluso no me miran con odio ni con desprecio, sólo me miran con curiosidad.

Me dan ganas de decir que deberían gestionar esta batalla desde arriba, que esto es una locura. Evidentemente no voy a decir nada, me limito a observar lo que hacen. Aunque los están masacrando.

Al menos nosotros no moriremos, porque estamos en una especie de búnker construido por los habitantes de este planeta. Incluso hay algunos de esos habitantes aquí dentro... ayudándoles. No tiene ningún sentido. Es que en otras condiciones pensaría que están colaborando con estos bárbaros bajo amenaza, pero no es así. Incluso se muestran agradecidos con ellos.

Uno de ellos, más cercano a mí, me mira también con curiosidad mientras trabaja en una pantalla adosada a la pared del búnker.

– ¿Qué pasó antes de llegar nosotros? –pregunto bajando la voz y el pequeño ser me mira con sus enormes ojos muy abiertos.

– Lo que pasa siempre. Vienen esos humanos a por más vibranium y ya no podemos darles más, si damos lo que nos queda no podremos sobrevivir.

Me quedo mirando confusa a mi alrededor mientras observo cómo van cayendo las naves de los bárbaros. Si pudiera evitarlo. Si pudiera evitar que esta guerra continuara. Tiene que haber alguna forma. Aunque aún no sé cómo.

Me adelanto y alcanzo la consola de mando, hasta llegar a Kirar, a quien llamo colocando mi mano en su espalda. Él se gira y me parece más atractivo que antes. Más grande, más peligroso y más oscuro.

– Atacarán ahora desde el aire. Deberíais poner un señuelo, algo que les llame la atención. La nave más poderosa que tengáis, creerán que pueden destruirla si se aleja, creerán que es débil y por eso deja la batalla. Y cuando estén cerca y confiados, llevarla a velocidad de la luz hasta aquí –digo señalando en una de las pantallas una zona llena de asteroides.

– Se estrellará si llega ahí.

– No si sabes las coordenadas exactas y puedes sortearlos todos a esa velocidad.

– ¿Las sabes tú?

Yo asiento y noto en sus ojos que está dudando. Podría ser mentira, podría decirle todo esto para destruir su nave más poderosa. Él no lo sabe, ni siquiera yo estoy segura de si lo haré. Sin embargo es la decisión que menos bajas produciría en ambos bandos.

– No morirá nadie si lo hacemos así. Las naves humanas que pueden llegar a ese lugar son demasiado grandes, tardarán días en sortear todos los asteroides.

Él vuelve a mirarme confuso. Entonces otro de los generales, el que dirige el sistema Varo, me mira y asiente.

Ahora Kirar no puede negar hacer lo que he dicho, porque para negarse debería revelar quién soy.

– No morirá nadie hoy –vuelvo a repetir sin dejar de mirarle a los ojos–. Yo tampoco –añado en un tono más bajo. Sé que podrían matarme si esto saliera mal.

Entonces él asiente y envía las órdenes rápidamente mientras yo introduzco las coordenadas exactas para la nave que hará ese trabajo.

La espera se hace eterna mientras observamos en las pantallas los movimientos de las tropas humanas y las de los bárbaros asistidas por los habitantes de este planeta. Vemos cómo juegan ahora como si fueran el gato y el ratón. Y cómo finalmente las naves humanas se alejan tras la nave de ataque enemiga, con la intención de destruirla y acabar con todo.

Pasan demasiados minutos, demasiado tiempo. Noto en el silencio que se ha creado en el interior de esta fortaleza cómo la tensión se ha apoderado de todos ellos. El sistema tarda demasiado en refrescarse con la posición de la nave a la velocidad de la luz.

“Misión completada”, se oye al fin el mensaje enviado desde la nave que ha ido a las coordenadas que les he dado.

– Posición del enemigo –dice uno de los generales, el que controla el sistema A de Tirion, es decir, ahora este planeta también.

– Siguen buscándome entre los asteroides. Regreso a la base.

El otro general, el del sistema Varo, el que aceptó antes que Kirar mi propuesta, me

mira con curiosidad acercándose lentamente hasta mí. Su mirada penetrante me traspasa ahora y oigo los pasos de Kirar a su espalda acercándose rápidamente.

– ¿Quién eres tú? –pregunta entrecerrando los ojos.

– Tenemos que preparar la batalla para mañana –dice Kirar tomándome del brazo para llevarme fuera de la vista de ese hombre.

Me arrastra rápidamente hasta el exterior, donde han establecido un campamento de tiendas como el que había en A-17. Kirar me lleva hasta su tienda y cierra rápidamente para quedarse de pie frente a mí, observándome.

– Es demasiado peligroso. Si supieran que eres...

Voy a responder algo, no sé qué, pero él se acerca hasta mí y me abraza. No soy capaz de moverme, sólo de disfrutar su abrazo a pesar de su pesada armadura. De pronto, los gritos agudos de los habitantes de este planeta traspasan la tienda y llegan a nuestros oídos.

– ¿Qué ocurre?

– Están atacando el campamento.

– No puede ser, no lo alcanzarían desde el aire, estamos a cubierto –digo confusa y con miedo también. Estamos en una antigua estación de refinamiento de vibranium, bajo el corte de una montaña. Es imposible que nos ataquen...

– Son tropas de tierra.

Él abre rápidamente el arcón metálico que hay en su tienda y saca una armadura de mi tamaño. Yo niego sin decir una sola palabra. Me niego a ponerme eso o a hacer nada más que permanecer aquí.

– No podría matar a otro humano.

– Sólo servirá para defenderte si te atacan.

Él sale de la tienda con un arma enorme, es como un hacha. Le hace parecer un ser mitológico, muy antiguo. Nunca he participado en una batalla así, a pie, por así decirlo. Yo era piloto antes, jamás he formado parte de una tropa así. Ni he visto algo así salvo desde el aire. No sé por qué, cuando sale, siento una gran curiosidad por ver cómo es. Cómo se comportan estas bestias.

Tropas de la Alianza, que ya debían estar mucho antes en este planeta, porque no son humanos, están atacando con sus armas a los bárbaros, que se defienden de una forma brutal. Observo asustada cómo avanzan, pero Kirar y otros de los bárbaros más grandes comienzan a usar sus armas, tan básicas y a la vez tan brutales, contra los que intentan matarlos. Por alguna razón, me siento segura al salir de la tienda, aunque no me he puesto la armadura que me ha dicho. Simplemente me he quedado absorta observando la brutalidad de Kirar contra tres enemigos que

lo atacan a la vez. Deja clavada el hacha en el pecho de uno de ellos y con un grito ensordecedor arranca la cabeza de otro enemigo. Al siguiente lo empuja con tanta fuerza que debe haber muerto al chocar con el suelo. Después coge a dos enemigos y junta sus cabezas con un golpe que destruye a ambos.

Los bárbaros siguen defendiendo hasta que acaban con todos los enemigos, que quedan desperdigados por el suelo. Ya ni siquiera se ve la tierra bajo sus pies, pareciera que caminan sobre un lago de sangre.

Kirar se acerca ensangrentado hasta mí y no puedo siquiera mover un solo dedo. No puedo dejar de mirarlo. Y entonces me doy cuenta de que tiene una herida en el costado. Ni siquiera se queja, pero puedo ver el agujero que tiene en su armadura.

Voy corriendo hasta él y le ayudo a llegar a la tienda de nuevo.

– En unas horas estará cerrada.

– ¿Unas horas?

– Yo tardaría tres semanas en curarme de una herida así.

Él se mantiene en pie a duras penas y le ayudo rápidamente a quitarse la armadura, a limpiar su cuerpo. Se deja caer en la cama y decido limpiarle toda la sangre del costado para evitar que se infecte.

– Esto es una locura. Esta guerra no tiene ningún sentido –digo sin dejar de limpiar su cuerpo con lo que he encontrado en un botiquín del arcón metálico.

– Ninguna guerra lo tiene.

Sus ojos se cierran y decido quitarle la ropa ensangrentada para seguir limpiando su cuerpo. Deslizo mis manos por su pecho y él me ayuda a quitarle la parte de arriba de su uniforme. Vuelve a cerrar los ojos y miro su pantalón mientras el corazón me late con fuerza. Cuando mi mano se mueve sobre él y quito cada botón con mayor lentitud a cada momento que pasa porque no quiero que se despierte, mi corazón late ya a una velocidad hasta peligrosa para la salud. Necesito verlo, necesito verlo desnudo. Desabotono hasta el final y bajo muy lentamente su ropa, con mucha dificultad, porque pesa demasiado como para poder levantarlo, incluso me he planteado cortar la tela. Pero él se mueve ligeramente y logro bajar los pantalones.

He tenido que contener una buena cantidad de palabras muy bestias después de ver lo que tiene ahí. Es igual a un humano, sólo que más grande, en todos los sentidos. Nunca había deseado tanto hacer algo así. Es entre absurdo y una locura. No sabría siquiera cómo explicar lo que estoy haciendo. Tal vez con la excusa de limpiarlo y curarlo podría explicar lo que hago... Decido seguir limpiando su cuerpo de sangre, para justificar mi labor si se despierta. Esto es de locos. El problema es que ahora que he visto cómo es, quisiera tocarlo, quisiera tocar su sexo. Y dudo que se me vaya de la cabeza esta obsesión.

Si vuelvo a mi base y me preguntan y se les ocurre usar alguna droga para que diga

lo que he visto aquí... No quisiera tener que explicar lo que estoy haciendo. Lo que quiero hacer con esta bestia. A cualquier humano le repugnaría acercarse a una bestia así. No sé qué me pasa para deseirlo de esta forma.

Todos son tan grandes y tan fuertes en esta especie... Creo que mi cerebro y mis hormonas están demasiado alteradas como para pensar con lógica.

Me despierto entre los brazos de la bestia y me cuesta entender qué pasó. Por qué estoy aquí. Cuando al fin pongo en orden mis pensamientos, Kirar se mueve.

– ¿Por qué estoy desnudo?

– No lo sé.

– ¿No lo sabes? Cuando me tenías atado en tu nave querías verme desnudo. Lo recuerdo perfectamente.

– Era simple curiosidad científica.

– ¿Soy como un humano? –pregunta a mi espalda mientras intento levantarme, dándome la vuelta hacia el otro lado porque sé que debo estar roja como la grana. Me quedo paralizada antes sus palabras y sopeso lo que voy a decir.

– Sí –admito todo, que le he visto y que he tenido tiempo de examinarlo.

Él no dice nada, sólo oigo su respiración a mi espalda.

Alguien abre la tienda y la luz inunda todo. Incluso es molesto, porque aquí sólo había oscuridad y su respiración en mi cuello.

– Señor, el general Roark quiere hablar con usted.

– Ahora estoy ocupado.

– Quiere saber quién es ella y qué hace aquí. En realidad, todos se lo preguntan.

Se supone que soy una analista del A-17, por eso estaba en ese búnker y he evitado que los masacraran a todos. ¿Qué más quiere saber ese general?

– Sigo ocupado. Dile que es mi amante.

No me da tiempo a decir nada, él me besa para demostrarlo y que se vaya. Siento sus labios ásperos, como todo su cuerpo, sobre los míos, mucho más suaves. Y su lengua que llena mi boca.

– Tienes una lengua tan suave y tan pequeña –dice mirándome tras apartarse.

– ¿Tu amante?

– Así no tendremos que dar ninguna explicación más.

– Comprendo –digo con una pizca de decepción.

Entonces siento su erección en mi muslo y lo miro de nuevo mordiéndome los labios.

– Vuelve a hacerlo –digo con la voz grave sin dejar de mirarlo a los ojos. Necesito tocar esa cosa enorme, ya ni siquiera razono.

Él oscurece su mirada, incluso gruñe, como hizo hace unas horas en esa batalla en la que acabó herido. Entonces se coloca sobre mí y siento todo su cuerpo desnudo sobre el mío. Se separa ligeramente y arranca la ropa de mi cuerpo para dejarme, igual que él, desnuda.

– Tal vez sea demasiado grande para mí.

Él asiente y se apoya a mi lado mientras sigo desnuda a su lado. Me mira lentamente y noto en su respiración cómo se contiene mientras mueve su cabeza desde mis pechos hasta mi sexo. Después sigue el mismo camino con su enorme mano, desde mis pechos hasta mi sexo. Él me abre y me examina lentamente mientras que mi cuerpo se mueve bajo su mano deseando más. Sus dedos se introducen en mi interior y me hace gemir mientras los mueve y me acaricia.

– ¿Te gusta? ¿Así?

Asiento con la cabeza porque si abro la boca grito.

Sigue moviendo sus dedos por dentro, por fuera, por todas partes y decide acercar sus labios al pezón que tiene justo bajo su boca.

Mis gemidos se hacen más intensos, al igual que mis movimientos bajo su mano y su boca.

– Creo que podría tenerla dentro ahora –le informo sintiendo un terrible deseo despertando en mi cuerpo.

– Me cuesta mucho controlarme –me advierte–. Tu cuerpo es demasiado... Delicado.

Sigue abriéndome con su mano, acariciando mi interior, acariciando mi clítoris ahora entre sus dedos, lo que me hace soltar un grito.

Él me mira confuso deteniendo su mano.

– Sigue haciendo eso, o acabaré contigo cuando vuelva a mi nave.

No responde, pero sé que se ha reído. Mis ojos se han acostumbrado de nuevo a la oscuridad y puedo ver su expresión. Y afortunadamente me obedece. Sigue moviendo sus dedos dentro de mí y sigue acariciando mi clítoris con su pulgar.

– Bésame –le ruego ahora, ni siquiera me saldría el tono de voz para ordenar nada.

– ¿Aquí? –pregunta besando mis labios.

– Por todas partes –le pido.

Él obedece también a mis ruegos, y me besa los labios, mi lengua, mi cuello, mis pechos, mientras no detiene su mano, mientras mi cuerpo se arquea contra sus caricias. Empiezo a gemir y a respirar con más dificultad. A moverme contra su mano. A convulsionar contra la yema de sus dedos.

– Me vas a volver loca –digo justo antes de empezar a gemir como si hubiera perdido la cabeza.

Él saca sus dedos húmedos de mi cuerpo y contempla cómo se han quedado tras estar dentro de mí.

– Hazlo ahora. No me dolerá –le aseguro casi rogándole con la mirada, aunque no sé si puede verme.

No hace falta que diga una sola palabra más. Él se coloca sobre mí para penetrarme con esa enorme cosa que tiene entre las piernas, pero entonces parece dudar.

– Lo haré despacio.

– Sí, será lo mejor –acepto dudando también sobre lo que vamos a hacer. Es una especie distinta. Esto es una locura. Jamás se ha hecho antes.

Él deja caer su peso lentamente y acerca la cabeza de su miembro hasta mi entrada. Aunque parecía que no iba a entrar, al humedecerse, llega sin pretenderlo hasta la mitad de mi interior.

– No sé qué ha pasado –dice creyendo que me ha hecho daño.

– Sigue un poco más –le ruego disfrutando su miembro en cada milímetro de mi interior.

– De acuerdo.

Se mueve unos milímetros y yo completo el camino que falta alzando mis caderas para atraparlo con mis piernas.

Siento cómo él se estremece y gruñe ante mi movimiento, cuando acojo

completamente su miembro en mi interior. Y vuelvo a moverme bajo él, no hace más que incitarme con esos ruidos y esa respiración acelerada. Entonces toma el control y me embiste fuerte y duro hasta que me hace gritar.

– Sigue, no me duele, te aseguro que no me duele –le ruego ahora mientras él se mueve más lentamente tras oírme gritar.

Se mueve sobre mí con embestidas cada vez más fuertes, y no soy capaz siquiera de pensar en este momento. Sólo quiero que no deje de hacerlo nunca. Podría estar así todo el tiempo. De hecho pasa demasiado tiempo, y dudo sobre la especie que me estoy follando. ¿Cuánto tiempo tardan en correrse estos seres?

Cada vez estoy más húmeda y cada vez siento con mayor intensidad que vuelvo a estar a punto de correrme. Su miembro me provoca cada vez más. Mi cuerpo reacciona al suyo como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Desde luego ningún hombre humano me ha hecho sentir así, ni ha durado tanto. Porque mientras yo estoy gimiendo de nuevo bajo su cuerpo, él sigue moviéndose entrando y saliendo de mi cuerpo.

Apenas puedo rodearle con mis piernas y mucho menos con mis manos, pero hasta he clavado mis uñas en su espalda para que no se me escape mientras yo también me muevo contra él para sentir aún más todo su cuerpo en el mío. Una corriente eléctrica me recorre desde donde me presiona con su miembro hasta cada poro de mi piel. Grito de puro placer y todo mi cuerpo se relaja tras la oleada que me ha recorrido. Él sigue moviéndose y apenas puedo creer que aguante tanto. Pero de pronto siento sus convulsiones en mi interior y lo oigo gruñir, incluso creo que su cuerpo ahora es más grande. Sí, lo es, lo siento dentro de mí, su miembro ha crecido todavía más, también su espalda. Mientras noto cómo aumenta de tamaño vuelvo a correrme, aunque ni siquiera entiendo cómo lo ha hecho, tal vez por ese aumento. Sus movimientos se vuelven más rápidos mientras yo aún estoy jadeando. Me embiste ahora más fuerte, tanto que si no me hubiera corrido ya tres veces no podría soportarlo. Entonces se detiene, y en mi cuello siento sus gemidos roncós mientras se mueve con embestidas más lentas. Hasta que se detiene por completo.

– Eres tan estrecha y húmeda –dice volviendo a moverse en mi interior y acariciándome la mejilla con su enorme mano mientras me mira con tanto deseo que vuelve a encenderme.

– Espera –digo apartándolo de encima y colocándome sobre él.

Veo en sus ojos que no ha hecho lo que vamos a hacer en su vida. Me subo sobre su cuerpo y veo su confusión. Y su ignorancia me incita a hacer más cosas.

– No te muevas –le ruego acariciando su pecho que parece tallado en granito. Podría estar todo el día acariciando este cuerpo. Es adictivo.

– ¿Qué vas a hacer? –pregunta observándome bajar hasta su sexo, deslizando mi lengua por su vientre.

– Ahora entiendo por qué os llamamos bárbaros.

Él abre la boca para quejarse, pero justo cuando lo va a hacer deslizo mi lengua por su erección muy lentamente, tanto que incluso se le escapa un gemido. Alzo mi mirada hacia él mientras vuelvo a deslizar mi lengua por su largo falo y él me devuelve una mirada entre la confusión y el asombro. Vuelve a abrir la boca para decir algo, pero no lo hace, no dice nada.

Agarro su miembro con mis manos y comienzo a lamer la punta con una lentitud que sé que debe ser dolorosa para él.

– Luego querré que me hagas lo mismo –le advierto sonriendo.

Él asiente, con tal de que siga haciéndole esto. Presiono con más fuerza sus zonas más sensibles con mi lengua y con mis labios y acelero los movimientos mientras observo a cada lado cómo sus manos estrujan la sábana y sus caderas se elevan ligeramente para entrar más en mi boca. De repente empieza a moverse con espasmos bajo mis labios y llena mi boca mientras gime y se retuerce bajo mi lengua. Su orgasmo dura más incluso que antes. Veo su pecho subir y bajar y su estómago contraerse y no ceso de lamer su sexo hasta que mi boca rebosa de su líquido y su cuerpo cae rendido en la cama, intentando recuperar el aliento.

– Me va a encantar enseñarte todo lo que hacemos los humanos –admito mirándole con un deseo que no he sentido jamás con tanta intensidad.

Él no dice nada, sólo me sujeta por la cintura inclinándose hacia mí y me lleva sobre su cuerpo para besarme. Pero entonces vuelvo a sentir su erección bajo mi cuerpo y le miro boquiabierto.

– Esto no lo he visto en ningún humano –tengo que reconocer–. ¿Cuántas veces puedes hacerlo?

– Tantas veces como quieras.

– Pues van a ser unas pocas... –porque en esa nave donde he pasado los últimos quince años, bueno, mejor no recuerdo los pequeños tripulantes masculinos que hay allí...

Resbalo mi cuerpo por encima del suyo y me encajo de nuevo en su erección mientras él me mira atónito.

– Jamás lo he hecho así –reconoce y yo no puedo evitar cerrar los ojos mientras me muevo sobre su miembro duro como una roca.

– Yo jamás lo he hecho durante tanto tiempo. Debe ser por esa capacidad de recuperación, por lo del metabolismo más rápido –pienso en voz alta.

– ¿Cuánto dura un humano?

– Prefiero no hablar de ello –digo intentando no reír en un momento así, pero mucho menos sería la respuesta.

Le tomo las manos y las coloco en mis caderas para que acompañe nuestros

movimientos. Las siento tan grandes, tan ásperas y a la vez me provocan de una forma... Él las sube hasta mis pechos y los acaricia. Su aspereza en mis pezones me empieza a volver loca, no puedo soportarlo. Me muevo restregándome contra él y atrapando su miembro en mi interior, tanto que lo oigo quejarse, aunque no sé si es de dolor o de placer. No me importa, porque sigo haciéndolo cada vez con más rapidez hasta que vuelvo a sentir el placer recorriendo todo mi cuerpo, desde mi sexo hasta cada extremidad.

Me dejo caer sobre él agotada intentando recuperar la respiración, pero él no parece satisfecho aún.

– ¿Puedes seguir? –me pregunta y yo asiento con la cabeza aún apoyada en su pecho.

– Por favor –le ruego para que se mueva él.

Él comienza a moverse de nuevo y me sujeta desde el trasero como si fuera una muñeca sobre él. No debo pesar nada para un ser como éste. Por eso me mueve sobre su cuerpo con tanta facilidad.

– Me estás volviendo loca otra vez –confieso sin energía ya para apenas mantener la respiración en orden.

Sigo apoyada en su pecho mientras él comienza a moverse más rápido. Entonces me levanto y acerco con mis manos su cabeza para poder besarle. Es demasiado grande como para poder besarnos y unir nuestros sexos a la vez. Sólo atrayendo su cuerpo y doblándolo, puedo besarle ahora.

Él desliza su lengua en mi boca sujetando mi cabeza también con una de sus manos para que no me separe de sus labios. Su lengua y su boca son más grandes que las de cualquier humano, pero por alguna razón no veo nada malo en ello, sólo la variedad de opciones para disfrutarlo, acariciando su lengua con la mía, jugando con ella, lamiendo sus labios, mordidiéndolos. Lo oigo gemir y moverse con más fuerza mientras gruñe y jadea escurriéndome sobre él como si fuera una muñeca de trapo. Vuelve a convulsionar bajo mi cuerpo y a llenarme con su líquido caliente mientras soy incapaz de soltar sus labios, es como si fuera adicta a ellos. Tampoco puedo soltar su cabeza de entre mis manos, que acaricio entrelazando mis dedos en sus cabellos oscuros. No soy capaz tampoco de separarme cuando se echa sobre la cama y me lleva con él dejándome caer sobre su cuerpo sin dejar de acariciar mi espalda hasta llegar a mi trasero, una y otra vez. Su piel caliente y excitada es adictiva. No puedo parar de acariciarlo tampoco yo, todo es tan duro y tan fuerte bajo la yema de mis dedos. Sólo sé una cosa, que no quiero que esto acabe nunca.

Capítulo 6.

Me despierto confusa, sin saber si ha sido un sueño o realmente me he follado a uno de esos bárbaros. En realidad estoy aún en la Starfirst y no ha sido más que un sueño.

– Luces –digo recuperando la cordura.

– ¿Luces? –dice Kirar ahora moviendo su mano sobre mi trasero, que aprieta con su enorme mano para acercarme más a él y sentirlo. Sobre todo siento que tiene una erección.

– Por un momento creí que estaba en mi nave.

– ¿Te gustaría estar allí? –pregunta con un tono de voz más bajo que antes.

– No –sólo digo eso, claro que no me gustaría estar allí. Volveré cuando sea necesario, podría haber escapado tantas veces, y no lo he hecho, porque estoy aprendiendo demasiadas cosas aquí. Bueno lo de anoche no es un aprendizaje que sirva para acabar con esta guerra, pero al menos hubo paz...

Él no dice nada más, sólo sigue acariciándome, haciéndome sentir deseada. Sigue sin moverse aunque sé que está muy excitado. Tal vez no sepa si podría aguantar todo lo que me puede ofrecer. Ni siquiera yo sé si puedo, pero en este momento le necesito dentro de mí.

– Me parece tan maravillosa tu especie –digo deslizando mi mano por su muslo hasta llegar a su miembro.

– Tal vez así se acabaría esta guerra –sugiere riendo y gimiendo al final, porque intensifico el contacto de mis dedos y no puede seguir hablando.

– Es la mejor idea que he oído en quince años.

Ojalá fuera tan fácil.

Si yo tuviera algún poder sobre este universo hace tiempo que habría detenido esta locura de guerra. Y ahora que conozco mejor al enemigo, sé que es posible. Evidentemente no follándonos a todo el enemigo, pero tal vez haya alguna posibilidad de negociación. Su tecnología es muy avanzada. Tal vez compartiendo nuestros conocimientos podríamos llegar a alguna clase de acuerdo.

Sé que todo esto es demasiado utópico, pero si lograra encontrar la solución a este galimatías. Si pudiera contactar con Sara, Dana y Kayla. Sé que entre las cuatro lograríamos idear un plan sin fallos.

Mis pensamientos y mi raciocinio quedan eclipsados cuando siento las enormes

manos de la bestia sobre mi trasero, que lo agarran con fuerza para colocarme sobre él.

– Sube encima como hiciste ayer –me pide cuando en realidad ya estaba colocándome a horcajadas sobre su erección.

Un gruñido sale de su garganta cuando lo hago, cuando me dejo caer con un solo movimiento sobre él, para tener lo antes posible su miembro dentro de mí. Lo veo cerrar los ojos mientras echa la cabeza hacia atrás y comprendo que es la imagen más sensual que he visto en mi vida. Su cuello, al igual que el resto de su cuerpo es una masa de músculos definidos. Acaricio con mi mirada todo lo que alcanza a mi vista, sus pectorales, sus brazos, sus abdominales, son un obra de arte con vida. Acaricio, ahora con mis manos, todo su cuerpo mientras me muevo y vuelve a mirarme. Me da la vuelta tan rápidamente que no me da tiempo a pensar en lo que está haciendo, hasta que se coloca entre mis piernas y las abre con sus enormes y fuertes manos. Y entonces es cuando, sin poder resistirme por su fuerza, siento su lengua en mi clítoris. Sus labios. Su aliento cálido. Siento mi propia humedad junto a la de su boca y su lengua. Y siento cómo me deshago entre sus labios cada vez que absorbe con ellos el centro de placer de mi sexo mientras con su lengua sigue presionando sin cesar. Mis manos se agarran a la sábana a cada lado de mis caderas, intentando mantenerme en este lugar, porque siento que voy a morir ahora mismo.

Siento demasiado como para soportarlo un segundo más, pero aunque parezca que es imposible, crece a cada milésima que pasa. Exploto de placer entre sus labios, moviendo y alzando mis caderas para darle todo a su boca, para que presione aún más. Y él no deja de lamer mi clítoris mientras convulsiono en su lengua, y sólo cuando caigo rendida intentando recuperarme, se aparta y sube hasta mí para clavarme su miembro hasta hacerme exhalar ante el impacto.

No sé cuántas horas hemos pasado en esa tienda que ya han desmontado. La batalla terminó, no sólo la de los tirions contra la Alianza, la nuestra también.

No puedo irme aún, necesito saber más sobre esta especie, necesito... En realidad necesito pasar más tiempo con Kirar. Creo, es decir, hay algo en mí que me dice que puede ser importante aprender sobre el sexo con su especie. Cada vez me resulta menos descabellada la idea que me dio. No me parecen ya una broma sus palabras: “Tal vez se acabaría esta guerra” Sé que suena bastante absurdo afirmar que se podría acabar la guerra si usáramos su especie como esclavos sexuales. De hecho, ahora que pongo palabras a mis pensamientos comprendo que suena fatal. Tal vez el planteamiento debiera ser otro. De hecho, creo que me estoy dejando llevar demasiado por mis hormonas. ¿Dónde está el pensamiento lógico que me definía? ¿Qué me pasa?

Mientras observo a Kirar dirigir a los que quedan para volver a su planeta, recuerdo cómo, en el mismo sitio en el que está ahora de pie, calmado, sin moverse, contemplando el horizonte durante unos minutos, ayer estaba luchando como si fuera un animal, una bestia ensangrentada. Por alguna extraña razón ahora mismo estoy tan excitada como anoche, o esta mañana, cuando tenía su lengua entre mis piernas o su erección dentro de mí, su enorme gorda,

ancha y larga erección, dentro de mí.

Kirar se da la vuelta para dirigirse hacia su nave y me observa deteniéndose por un momento. No puedo dejar de mirarle. Si pudiera llevármelo conmigo y “quedármelo” para disfrutarlo en mi nave mientras ideó una forma de acabar con esta guerra. Es tan absurdo como todos los pensamientos que he tenido desde que follamos anoche.

– Vamos –dice volviendo a caminar y acercándose a mí.

No digo una sola palabra, sólo camino a su lado intentando no tocarle. Porque por mí estaría todo el día con las manos en su cuerpo.

– No podemos ir a casa directamente, tengo que presentarte ante el consejo. El general Roark ha informado de todo lo que pasó ayer –me explica mientras caminamos hacia su nave sin mirar hacia atrás.

– ¿Es un problema?

– Lo es. Si descubren que eres humana...

– Podríamos falsificar las pruebas de ADN –pienso sin dejar de mirar al suelo para poner en orden las posibilidades. No quiero tener que irme tan pronto. Aunque podría huir ahora, no podría llevarme a Kirar. Al menos no aún. No puedo sedarle con nada que conozca. Y sólo otro como ellos podría atarlo... Otra bestia tan fuerte como él... Aunque se me ocurre una idea para atarlo... Y no requiere fuerza, sólo requiere seducción.

– No te harán pruebas de ADN.

– Entonces no veo el problema –digo recuperando la esperanza.

– Te preguntarán sobre el planeta, tu trabajo en A-17...

– Prefería las pruebas de ADN.

– Si supieran cómo eres debajo de esa ropa –susurra mirándome desde su altura y dirigiendo su vista hacia mi canalillo–. Si supieran lo que puede hacer tu especie...

Él me ayuda a subir a la nave, diseñada para esos cuerpos tan grandes y no para mí, que apenas llego al primer escalón.

– Me parece que hemos pensado lo mismo. Sigo dándole vueltas a la idea de usar tu especie como objetos sexuales para la mía... Realmente creo que si supieran lo que tenéis ahí y lo que podéis hacer con vuestros cuerpos en una cama, se acabaría la guerra.

Kirar sube a su asiento y me mira de una forma extraña al principio.

– Debería sentirme ofendido –admite dedicándome una sonrisa.

– Empezaste tú.

– Es que no te puedes imaginar lo que tu cuerpo me provoca. No sólo a mí, he visto cómo te miran los demás. Tuve que decir que eras mía para que no se acerque nadie a ti, he tenido que amenazar a más de uno, incluso al general Roark.

– ¿En serio?

Él asiente mientras se ajusta a su asiento en la nave y yo lo miro confusa a su lado.

– Tu pequeño cuerpo, con esas curvas, tan suave, tan delicada... Tan estrecha... Tú crees que nuestra especie está hecha para daros placer, pero creo que es al revés. Y todas esas cosas que hacéis... Si lo supieran los demás tal vez sí que acabaría esta maldita guerra –admite encendiendo todos los controles necesarios para despegar.

Por una parte sé que es una muy buena oportunidad de estudiar sus sistemas de mando y su tecnología tener que ir al edificio del consejo. Podré estudiar y aprender mucho de lo que encuentre allí, pero por otra parte algo de mí sólo desea ir a su casa y quedarnos en su cama por el resto de los días.

– Pues aún me quedan cosas por hacer contigo... –digo ideando ya un plan para atarlo y llevármelo cuando huya de su planeta.

¿Servirá de algo toda esta información sobre la sexualidad de su especie? Es una pregunta que me hago desde ayer, pero ahora en frío creo que no tiene demasiada lógica y es sólo una excusa para justificar ante mí misma lo que estoy haciendo.

Necesito volver a la realidad y tengo que pensar en términos prácticos para prepararme para regresar si no sale bien todo con el consejo de Tirion. Si pudiera contactar con Sara y las demás... Tal vez cuando lleguemos pueda encontrar algún tipo de dispositivo de comunicación y modificarlo para que no rastreen la señal.

– ¿Qué clase de preguntas harán?

– Nunca, una humana, ha intentado hacer creer que no lo es... Tampoco habíamos capturado jamás a uno de vosotros.

Ningún humano habría intentado entrar en su planeta si no es para matarlos a todos con un arma con el suficiente poder como para acabar con su especie. Ninguno iría allí para estudiarlos, porque todos piensan que son unas bestias sin capacidad de raciocinio y que no tienen nada que aportar al universo, salvo la guerra y la conquista de otros planetas para quedarse con su tecnología. Ahí tal vez radica nuestro problema, creernos tan superiores a todos los demás.

– Podría decir que he perdido la memoria más reciente tras el accidente.

– ¿Y sabías las coordenadas para pasar la lluvia de meteoritos?

– Eso lo aprendí antes de mi vacío de memoria... –digo encogiéndome de hombros.

– ¿Qué hacías antes de la guerra? –lo miro durante unos segundos y añade–. Cuando vivías en la tierra.

– Te parecerá extraño, pero era contable en una empresa de suministros para las naves de humanos en el espacio.

– ¿Te gustaba tu trabajo?

– Me gustaba estar en la Tierra, pero cuando estalló la guerra nos reclutaron a casi todos los que teníamos edad para luchar. Allí sólo quedaron los niños y los que eran demasiado mayores para estar en una nave.

– En Tirion pasó igual, la diferencia es que todos somos guerreros. Hombres y mujeres, desde el nacimiento.

– Las mujeres también parecen hombres en tu especie –susurro recordando las que he visto entre sus tropas–. Es extraño que apenas haya dimorfismo sexual, sois prácticamente iguales. Salvo por las diferencias obvias...

– Ahora entiendes por qué nos provocas tanto –dice mirándome de reojo.

– Creo que ya sé cómo ganarme al tribunal del consejo... Te voy a tener que dar la razón.

– ¿No pretenderás...

– No –digo poniendo los ojos en blanco, aunque no sé qué iba a decir, pero no voy a hacer nada guarro, sólo intentaré mostrar mi cara más dulce y seductora.

– No permitiré que te ocurra nada.

– No te preocupes, sé defenderme.

Él me mira dudando de mis palabras por completo, pero no le voy a sacar de su error. Una ayuda nunca viene mal. Sobre todo cuando no sé a qué me enfrento.

– No sé cómo lo haces para estar tan tranquila siempre.

– Calculando todas las variables en todo momento y considerando si puedo aceptar la peor de ellas o solventarla. Nunca hay riesgo ni incertidumbre, por eso estoy tranquila.

– ¿Es algún tipo de adiestramiento mental que os hacen?

– No, es que nací así –me veo obligada a admitir con una sonrisa–. En realidad, no puedo evitar hacerlo aunque no quiera. Es como un don y una maldición... Aunque no todos los humanos son como yo, hay gente más... como vosotros, sobre todo en la Tierra. Tal vez por eso yo encajaba bien en la Starfirst, o al menos he soportado tantos años ahí dentro.

– ¿Como nosotros?

– No sabría contestar a tu pregunta sin ofender, sinceramente. Tal vez más...
Impulsivos.

– Tú también haces cosas impulsivas –calcula frunciendo el ceño y mirándome.

– Te aseguro que todo está muy meditado, todas las variables. Aunque pueda parecer que no lo he pensado porque lo decido rápidamente.

– Nunca había oído algo así –admite negando con la cabeza.

– Yo tampoco –digo riendo.

– Por eso no tienes miedo. Tienes todo controlado... –deduce y me veo obligada a calmarle.

Dejo caer mi mano con suavidad sobre su antebrazo y le ofrezco una caricia aunque lleva la armadura puesta y no va a sentir mis dedos.

– Es porque estoy contigo –no es que le haya mentado, me hace sentir segura desde que le vi en la tienda donde me llevaron al rescatarme del accidente, pero sí, tiene razón, lo tengo todo controlado–. Además, después de lo que me has dicho sobre lo que sienten los otros soldados, y hasta esos otros generales, confío un poco más en mi poder de seducción –digo riendo.

Lo veo negar con la cabeza mientras no puede evitar sonreír.

– Tengo una duda sobre ti, y sobre tu especie.

Él se gira hacia mí y asiente para que continúe.

– ¿Siempre tenéis ganas de follar?

Asiente con la cabeza tras pensarlo unos segundos.

– Bastante, pero contigo más. Tal vez nuestro olfato esté más desarrollado que el vuestro y tú no lo notas, pero puedo oler cómo tus hormonas aumentan cada vez que me acerco. Puedo oler tu deseo desde que me viste en la Starfirst. No sabes lo que me provoca eso. Y cuando te desnudé por primera vez, cuando te rescataron del accidente. Apenas podía controlarme.

– ¿Cómo sabes que son mis hormonas...? No es verdad, no me... No me atraías desde que llegaste a la Starfirst –me quejo, confusa por si en realidad tiene razón y ni siquiera yo me doy cuenta.

– Me ha quedado bastante claro que eran tus hormonas sexuales cuando he metido mi lengua en tu coño esta mañana.

– Oh...

Sara tenía razón, es como un hombre lobo, incluso se hace más grande a veces, como anoche, cuando estábamos follando. Y su olfato tan desarrollado... Es como un animal. Se puede curar en unas horas una herida como la que tenía anoche. Es increíble. Su cuerpo suple perfectamente el desarrollo tecnológico humano. O tal vez nuestros cuerpos se han vuelto más débiles porque con tanta tecnología no es necesario tener todas esas habilidades. Es decir, es un retroceso evolutivo de nuestros cuerpos. ¿Es posible que la disminución de nuestros cuerpos y de nuestras capacidades físicas sea directa e inversamente proporcional y causa de nuestro crecimiento cerebral y neuronal? Quién sabe si es así, necesitaría consultarlo con un genetista y algunos expertos en el tema, antropólogos, etc., pero conocer a esta especie hace que me pregunte si no sería posible una hibridación. Se presentan tantas dudas ante mí a medida que conozco con más... profundidad, a los tirions. Y en lugar de intentar responder a esas preguntas lógicas, mi mente sólo intenta responder otras preguntas más inútiles, como cuánto más podría follar el hombre que tengo al lado, durante cuántas horas o si todavía puede hacer su cuerpo más grande, porque lo que vi anoche no era algo que hubiera visto en mi vida. Mientras estaba dentro de mí creció como el hombre-lobo al que se parece.

Tengo tanto que aprender en este lugar, pienso cuando ya estamos en la atmósfera de Tirion y veo de nuevo esos paisajes verdes que tanto me recuerdan a la Tierra. La ciudad sobre la que vamos a bajar es una obra de arte en sí misma, no dejaré de asombrarme por mucho que la vea. Vegetación rodeando los extraños edificios y todos esos tubos cristalinos entremezclados con todas las construcciones.

– Es precioso –me oigo decir a mí misma sin darme cuenta de que hablaba en voz alta.

Descendemos y tengo la certeza de que ya no será igual, nuestras miradas, nuestras caricias, todo lo que hemos compartido.

Sin embargo, no es así. Justo cuando llegamos al angar y se abren las puertas, él desciende y me toma en brazos para ayudarme a salir, besándome delante de todos los operarios y trabajadores, incluso de parte de sus tropas. Yo no le impido que lo haga, soy incapaz de hacerlo, cuando me toma entre sus manos y me sujeta por la espalda inclinándose sobre mí. Es tan atractivo... Y mueve tan bien su lengua en mi boca... Creo que nadie podría resistirse a él.

– Pensé que cuando llegáramos, todo sería más, no sé, más duro.

– Duro estoy ya.

– No me refería a eso –intento explicar recuperando la calma–. Imaginaba un escuadrón esperándome con sus armas apuntando a mi cabeza. Bueno tal vez eso tampoco, pero no esperaba un recibimiento así. Es decir, tan... cariñoso.

– Ninguno de nosotros haría esto con una humana, ni se acercaría, ni se le ocurriría traerla a nuestro planeta. Es todo demasiado complicado –admite bajando el tono de voz mientras caminamos hacia los corredores que llevan al exterior o hacia algunos edificios principales de la ciudad.

– Los humanos no actúan así, no hay muestras de sentimientos, al menos en el

espacio, hay demasiada frialdad, creo que la única a la que he abrazado en estos últimos quince años es a Sara –pienso en voz alta de nuevo mientras caminamos hacia el exterior.

– ¿Y prefieres eso? –pregunta bajando la cabeza para mirarme con el ceño fruncido.

– No, prefiero vuestro sistema en ese sentido –tengo que reconocer–. Tal vez porque en la Tierra es así también. Bueno, no tan efusivo, pero tampoco tan frío.

Nos metemos en una cápsula y la inercia y el magnetismo hace que nos desplazemos sin usar ningún tipo de energía.

– Es tan sencillo que me parece hasta imposible –admito mirando a través del translucido material en el que está construido todo en la ciudad. Tubos de este material envuelven todo para poder desplazarse sin usar energía.

– Por eso no necesitamos conquistar otros planetas para extraer sus materias primas, ni vuestro preciado vibranium.

Al final voy a creer que es verdad, que toda esta locura de guerra no es lo que creía. Miro a mi alrededor girando la cabeza y alzándola para ver todo el enredo de diseño de tubos que hay entrelazados por encima de nosotros y por todas partes, y cuando vuelvo a bajar la vista a mi izquierda veo esos ojos azul oscuro tan profundos que le hacen parecer una bestia letal. Miro sus labios y pierdo la concentración. Y estaba pensando en algo importante, tal vez podría haber solucionado la paz entre los mundos con esa idea, pero mientras miro sus ojos no me importa demasiado, y cuando miro sus labios no puedo si quiera razonar, ni dejar de mirarlos.

Es él quien logra que deje de mirar sus labios, cuando los posa sobre los míos y los usa para atrapar mi labio inferior.

Alcanzo su mano más cercana y la llevo a mi pecho metiéndola por debajo del traje parecido a un kimono con el que se supone que voy a disimular ser de otra especie híbrida y no humana realmente. Atrapa uno de mis pezones con el índice y el pulgar y me hace curvar la espalda sólo con ese gesto, no necesita usar nada más para tenerme a su merced.

Nos detenemos pero él sigue acariciando mi pecho con su enorme mano que abarca sin problemas lo que tiene entre sus dedos.

Y sigue besándome cuando alguien abre la cápsula.

– ¿Esto es normal en Tirion?

– Es normal al principio.

– Tiene sentido.

– Sobre todo con una cosa tan pequeña y bonita.

Me limito a gruñir detrás de él cuando se adelanta a mí y sigue al diplomático que le precede.

“Habla sólo cuando te lo pidan y recuerda lo que hemos hablado”, es algo que se me ha quedado grabado, tras explicarme algunas anécdotas sobre el A-17 y los habitantes de ese planeta. En realidad, esos habitantes no son más que una adaptación de humanos a las condiciones de vida de ese lugar. En los últimos dos mil años, o tal vez más, los humanos que salieron de la Tierra, tras un aumento de la radiación solar que algunos no pudieron soportar, tuvieron que marcharse en naves enormes donde casi tres cuartas partes de la población fue transportada a otros planetas. Durante la diáspora encontraron otras especies, algunas muy parecidas a nosotros, y con los que hubo descendencia en bastantes casos. Los que se adaptaron y nacieron en esos planetas son muy parecidos a los humanos originales, pero su historia y sus costumbres son distintas. Y esas costumbres son las que me ha explicado, porque en el sistema educativo de la Tierra o de cualquier nave de humanos “originales” no entra la historia de esos otros planetas y humanos adaptados, y mucho menos si se mezclaron con otra especie. Ni siquiera hay estudios, que yo sepa, sobre por qué hubo descendencia. Bajo mis conocimientos sobre biología, que son escasos, sé que si es una especie distinta no hay descendencia o al menos ésta no es fértil. Entonces, por qué sí la hubo. Y me pregunto, a pesar de la diferencia de tamaño, ¿podría haberla con los habitantes de Tirion? Kirar me ha dicho que los humanos de la Tierra también llegaron allí desde otro planeta muchos milenios antes de la diáspora. Es decir, habría un origen único para todas las especies de pseudohumanos, por eso nos parecemos tanto y ha habido descendencia. Es algo que me ha hecho pensar en que nos han ocultado mucha información desde las autoridades, porque tiene mucho sentido la explicación de un origen común para todos los pseudohumanos. Porque otras especies de otros planetas mucho más lejanos no se parecen en nada a nosotros, nada en absoluto, sin embargo los pseudohumanos son prácticamente iguales a los terrestres. Podría resolver todas estas dudas, podría seguir investigando sobre ello, y sin embargo sigo pensando sólo en cómo y cuándo podré volver a follarme a este hombre que me acompaña. ¿Tal vez haya alterado mi sistema hormonal la máquina que utilizó para curarme? ¿Tal vez el dispositivo de la sien controlaba mis hormonas? Porque desde que desapareció, la mitad de mis pensamientos van en una dirección que no sirve para nada en realidad. Digamos que no resolvería ningún problema de la humanidad, ni de la galaxia con esos pensamientos, y no he venido aquí para eso, para perder el tiempo, pero tampoco puedo evitarlo.

– Aún no –dice el diplomático que nos precede–. Hay un problema, el interrogatorio será más tarde.

– ¿Qué ha pasado?

– Es confidencial, de nivel uno.

– ¿Acaso no sabes quién soy yo?

– Sí señor, sólo cumplo las órdenes del consejo.

El hombre, uniformado de una forma ridícula, con una bata dorada que le llega hasta los pies y demasiado llamativo para lo que estaba acostumbrada entre las oscuras tropas de Tirion, se aleja rápidamente dando largos pasos para alejarse de nosotros e informar.

– ¿Qué hacemos ahora?

– Esto no es bueno, pero no tenemos más opciones que esperar.

– ¿Esperar?

– Será mejor que volvamos a la nave.

Intentamos volver atrás, pero aquel diplomático que nos había dicho que había que esperar regresa prácticamente corriendo y se dirige hacia mí para indicarme hacia dónde debo ir.

No tengo la menor idea de hacia donde voy, pero he tenido varias oportunidades para armarme, tanto en el campamento como en Tirion. Supongo que nadie espera que una humana llegue hasta aquí. Y menos hasta el consejo de Tirion. Haré todo lo posible para no tener que usar ninguna de las armas que llevo encima, pero si tengo que huir sé que haré lo posible para salir de aquí con vida. Es puro instinto de supervivencia.

Capítulo 7.

Tras pasar una hora ante el consejo respondiendo todas las preguntas que se les ha ocurrido hacerme, me llevan hasta una sala totalmente metálica sin ventanas ni ningún tipo de mobiliario que poder utilizar. Ha pasado algo, no sé qué es, pero ni siquiera Kirar ha podido evitar que haya pasado todo esto. Ha pasado algo antes del interrogatorio, y ha pasado algo después, aunque no puedo imaginar qué es, porque me había parecido responder correctamente cada una de las preguntas del consejo.

A pesar de las apariencias no puedo abandonar la misión que me he auto-impuesto, estoy tan cerca de dar con la solución a esta guerra. Tal vez esto sólo sea un trámite más, aunque parezca lo contrario. El problema es que desconozco las costumbres y el protocolo de este planeta.

Justo cuando decido sentarme, ya que no se oye nada desde aquí ni me han dicho hasta cuando tendré que permanecer en este lugar, se abre la única puerta.

Es un general, pero no es mi general, es ese otro. No me acuerdo del nombre. Es ese al que dijo que amenazó. Lo miro confundida mientras entra y la puerta tras él se cierra. Tengo que reconocer que esta variable no la había previsto. Y me veo obligada a recalcular mis opciones en este mismo instante. El problema es que hay demasiadas y que no sé si quiere matarme o seguir con el interrogatorio. Aunque no tiene mucho sentido esto último. Se queda mirándome y después gira lentamente a mi alrededor. De pronto se detiene a mi espalda y no sé si girarme o quedarme quieta.

– No sé cómo logras estar tan tranquila ante tu situación.

He vuelto a calcular las variables y creo que tengo todo bajo control.

De nuevo oigo sus pasos a mi espalda y al fin se planta frente a mí y me observa detenidamente.

– No ha estado mal –dice bajando la mirada.

Diría que es tan grande como Kirar, pero es distinto a él. Su mirada no es igual aunque me mira de la misma forma que él.

– Hay algo en toda la historia que has contado ante el consejo, que no cuadra con lo que he descubierto sobre ti.

– No veo qué problema hay. Sólo os ayudo como hacen el resto de los habitantes de mi planeta, como agradecimiento por habernos ayudado, por ayudar a mi planeta del ataque de esos humanos. En mi caso también por haberme rescatado de un accidente.

– No había ningún habitante de tu planeta en la superficie, todos estaban en sus refugios durante el ataque.

– No todos, yo no estaba en un refugio.

– Kirar no podrá protegerte siempre.

Creo que quiere algo, si no ya me habría acusado, si no, no me advertiría nada antes de tener siquiera una sola prueba, si es que las tiene.

– He venido por propia voluntad, podría haberme quedado en mi planeta. Estoy aquí porque me lo habéis pedido vosotros.

– Puedes irte –dice apartándose de la entrada.

– Gracias –digo con toda la dignidad alzando las cejas y cerrando los ojos.

Paso por delante de él, que está a un lado de la puerta aún cerrada y ruego internamente por que se abra cuanto antes, pero cuando esto a sólo un paso de alcanzarla siento sus manos en mi cuerpo, que atrapa como si fuera de su propiedad y me arrastra hasta pegarme a su enorme cuerpo con toda su fuerza que es imposible de contrarrestar. Lo siento a mi espalda y aunque sé que es imposible intento apartarlo de mí.

– ¿Qué...

No me deja hablar, porque con una de sus manos tapa mi boca mientras que con la otra comienza a acariciar mis pechos, sintiendo cómo lleva su mano desde mi espalda hasta ellos. Empieza a mover sus dedos sobre mis pezones metiendo su mano ahora por el borde del kimono. Pellizca uno de ellos hasta que me hace gemir mientras restringe su erección contra mis nalgas. Intento defenderme, pero apenas puedo moverme, me ha inmovilizado completamente.

– Pronto descubriré qué ocultáis Kirar y tú.

– ¿Quieres su puesto? No entiendo nada –digo cuando aparta su mano de mi boca para bajarla hasta mi sexo.

– No me interesa la política, ni el puesto de Kirar.

– ¿Qué quieres entonces? Sois una especie muy rara –digo cuando siento sus dedos entre los pliegues de mi sexo.

Mete uno de sus dedos en mi interior y mi cuerpo se dobla instintivamente entre sus fuertes brazos. Qué capacidad tienen estos seres para dar placer... Es horrible.

Horrible e insoportablemente placentero.

– ¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco?

Vuelve a tapar mi boca y a apretar su cuerpo contra el mío mientras con su mano

vuelve a pellizcar mis pezones rodeándome con su brazo.

– Te he visto mientras declarabas ante el consejo. Has sido muy inteligente y muy seductora. Sabes lo que nos provocas con tu pequeño cuerpo y lo has utilizado durante el interrogatorio –dice soltándome para darme la vuelta y colocarme contra una de las paredes.

Ni siquiera me salen las palabras de la boca, estoy completamente a su merced y atónita ante la reacción de esta bestia. No es como Kirar, este hombre está completamente loco.

De pronto, cuando voy a intentar escabullirme de su control, él acerca sus manos a mi ropa y agarrándola por el borde de mi escote la hace pedazos, cayendo las mangas y la tela desgarrada por mi piel desnuda hasta mi cintura. Soy incapaz de moverme mientras me mira con ese fuego en sus ojos.

Contempla mis pechos mientras intento controlar mi respiración y no sé por qué no soy capaz de taparme, sólo puedo observar sus ojos que me miran de esa forma, con ese deseo visceral.

Él alarga su mano y acaricia uno de mis pechos. Ya no puedo mantener su mirada, porque mis ojos se cierran instintivamente. Con la otra mano arranca el resto de mi ropa y noto cómo se acerca a mí, porque siento su respiración cada vez más cerca, ya en mi cuello. La pared metálica a mi espalda ya no está tan fría, y sus manos cada vez están más calientes sobre mi piel.

Siento sus manos por todo mi cuerpo, acariciándome tan delicadamente, a pesar de la brutalidad inicial. Abro los ojos y siento su mirada penetrante sobre mí y no sé siquiera qué pensar sobre este ser. Es extraño y a la vez excitante. No debería permitir que hiciera nada de esto. De hecho debería defenderme, usar todas las técnicas que aprendí durante el periodo de adiestramiento. El problema es que ahora ha bajado su mano hasta mi sexo y está acariciando mi clítoris con sus dedos. Y cuando algo de raciocinio vuelve a mi cerebro, mete uno de sus enormes dedos en mi interior haciéndome gemir por la sorpresa.

– No... –ruego casi al borde de las lágrimas, pero jadeando por el movimiento de su mano.

Él saca su mano de mi cuerpo y contempla sus dedos húmedos antes de meterlos en su boca mientras observo su reacción atónita.

– Me rogarás que continúe –se limita a decir antes de salir por la puerta y dejarme sola de nuevo.

No sé qué cojones ha pasado. ¿Qué ha sido todo esto? ¿Qué me pasa con estos seres? Apenas me da tiempo a recuperarme de lo que ha pasado cuando vuelve a abrirse la puerta y un soldado armado y con la armadura de guerra, incluso con el casco, aparece tras ella con un traje en las manos, como el que hay rasgado en el suelo en el suelo. Me mira de arriba abajo y ya ni siquiera intento taparme.

– Gracias –digo cogiéndolo de sus manos, porque no parece muy predispuesto a dármelo.

¿Acaso están todos salidos en este planeta?

– Puedes salir –su voz femenina hace que me quede boquiabierto. Con la armadura no hay quien los distinga.

Hace una indicación con su mano para que la siga y me lleva por un largo pasillo hasta una sala enorme, tan amplia y con el techo tan alto que muevo la cabeza haciendo un gran círculo para observar todo lo que puede abarcar mi vista. Está llena de gente, otros pseudohumanos que están trabajando en cientos de mesas y espacios abiertos sobre proyectos y prototipos tecnológicos. Incluso he visto un androide.

– Es impresionante.

La soldado gira la cabeza para mirarme.

– El consejo ha decidido que puedes servir a la causa con tus conocimientos, tal y como hacen ellos.

– ¿Servir a la causa?

– Ellos son como tú, habitantes de planetas destruidos por esos humanos, agradecen ayudándonos con sus conocimientos.

Tal vez lo de agradecer sea un eufemismo de obligarlos a colaborar con su régimen.

– ¿Qué debo hacer yo?

– Sígueme, trabajarás con otros pseudohumanos y otras especies, pilotos de nuestras naves, para enseñarles lo que hiciste durante la última batalla.

Asiento con la cabeza, todavía pensando en lo que ha pasado con ese general del que no recuerdo el nombre, ha sido muy raro lo que ha pasado ahí, está claro que sabe algo, pero esa forma de intentar sacar información sobre lo que ocultamos Kirar y yo es muy extraña. Y yo también necesito más información, necesito empapar me de lo que piensan en este lugar sobre estas bestias. Tengo tantas dudas sobre todo ahora mismo.

Me indica con la mano que continúe caminando por el pasillo central entre toda esa gente hasta una sala al otro lado.

Cuando llegamos a ese lugar, los demás me miran durante unos segundos, antes de volver al trabajo. Parecen un ejército de trabajadores, o más bien de esclavos.

Paso dos horas dando información poco relevante sobre algunas coordenadas y la posición de grupos de esteroides que podrían servir para una futura batalla en zonas donde pocas veces habrá alguna, básicamente porque esos lugares están muy apartados de la civilización. Sin embargo, aprovecho el contacto con los que están aquí para aprender sobre lo que hacen y por qué

lo hacen.

– No pensé que habría otras especies trabajando en Tirion –me atrevo a decir mientras fijo en la pantalla algunos datos totalmente innecesarios.

– No podíamos seguir en nuestros planetas después de los ataques que recibieron, ahora son desiertos –responde el hombre que tengo a mi lado–. De mi planeta sólo quedamos los que estamos en esta sala.

– ¿Sólo? ¿Dónde están las mujeres y los niños?

El hombre me mira confuso. No sé qué he dicho que le parezca tan extraño.

– ¿De dónde eres?

– De A-17.

– ¿Allí no se llevaban a las mujeres y los niños?

Yo no sé qué responder.

– ¿Quién? –pregunto fijando la mirada en el pequeño hombre que tengo a mi lado.

– Los humanos.

Miro a mi espalda y observo que la soldado está contemplándome desde hace un buen rato. Me dirijo hacia ella dejando mi trabajo y baja su cabeza a medida que me acerco.

– Necesito hablar con el general Kirar.

Ella me mira durante unos segundos y niega con la cabeza.

– No está en Tirion.

– ¡¿Cómo?!

Tal vez lo he dicho demasiado alto, porque todos los que hay en la sala se giran para mirarme.

– Ha habido un ataque.

– ¿Otro?

Ella me mira sin responder, bajando la cabeza.

Por una parte sé que debería volver a la Starfirst, compartir toda la información que he sacado de este lugar con Sara, con Dana, con la tripulación en quien confío. Por otra parte, a cada minuto que pasa aprendo algo más, descubro algo más que lo cambia todo.

Necesito hablar con Kirar.

– ¿Cuándo volverá?

La soldado no responde. Y cuando creo que va a ignorarme me indica que la siga.

– No tengo la autoridad para contestar a tus preguntas.

– ¿Dónde vamos?

– He recibido la orden de llevarte ante el consejo de nuevo.

¿Cuándo ha recibido la orden? ¿Acaso alguien nos estaba escuchando? ¿Tal vez han descubierto que soy humana realmente? Ese otro general tenía la intención de investigar lo que pasó en A-17, lo que pasó en mi rescate.

Ese general es un hombre muy extraño, que no sé qué quiere, no entiendo a esta especie totalmente. Si fuera humano creería que quiere destruir a Kirar, pero lo ha negado. Y no sé por qué creo que decía la verdad. Sé que quiere otra cosa, tal vez sólo descubrir qué ocultamos.

Llegamos hasta las enormes puertas de la sala del consejo, que se abren cuando estamos a dos pasos de ellas, y la soldado coloca su mano en mi espalda para que entre. Alzo la cabeza y ella permanece mirando al frente.

Cuando he entrado en esta sala donde me han interrogado antes, estaba reunido todo el consejo, ahora sólo hay un hombre, el más mayor, el que estaba sentado en el centro.

– ¿Dónde está el resto del consejo?

– Hay muchos problemas ahora como para volver a reunirnos –dice el hombre penetrándome con sus ojos hundidos mientras me acerco.

No sé qué pensar, llevo todo el día recalculando todas las variables, y no acierto a entender qué ocurre en el universo. Esta especie es tan distinta a todo lo que había conocido antes.

– Han atacado nuestras bases, todas a la vez, necesitamos toda la ayuda posible – dice el hombre cuando ya creía que me habían descubierto.

– Creo que puedo ayudar mucho más desde aquí –intento convencerle porque en esa sala hay demasiada información como para irme a una nave a perder el tiempo en sus batallas.

– Roark te ha reclamado.

Así se llamaba, es ese loco que me ha amenazado con descubrir la verdad y que además me ha tocado de esa forma... Es todo tan extraño.

– ¿Dónde está Kirar?

– Está en el frente, no aguantarán mucho más si no reciben el apoyo de las demás

naves.

No soy capaz de negarme mientras ese hombre me explica los detalles de la situación de sus tropas. Permanecer entre ellos me ofrece la posibilidad de obtener una información valiosísima, pero a la vez me pone en la situación de tener que elegir a quién salvar, a quién destruir. Esta guerra debe acabar cuanto antes.

– No hay tiempo que perder –le dice a la soldado directamente–. Debes usar el teletransporte.

– Sí, señor.

Al fin voy a ver esa tecnología.

La soldado me acompaña hasta una sala totalmente vacía y metálica, como la de antes, donde Roark me ha hecho... Mejor no lo pienso.

– Desnúdate –dice esa soldado y dudo unos segundos.

Dos ciborgs entran y los miro con desconfianza, pero no me hacen el menor caso mientras instalan en la sala un círculo de metal alrededor de mi cuerpo.

– Desnúdese antes de iniciarlo o no será seguro –dice uno de ellos con un tono de voz reconfortante. Cuesta fiarse de estos seres, llevo toda la vida escuchando barbaridades sobre ellos.

Me despojo del traje con forma de kimono que me dio la soldado previamente y veo cómo sus ojos se deslizan por mi cuerpo mientras la tela cae a mis pies. Creo que esta especie es demasiado sexual. Los ciborg conectan el aparato cuando recojo el traje y se lo entrego a la soldado, y empiezo a sentir un hormigueo que comienza en mis pies y llega hasta mis cabellos como si un rayo me recorriera. Grito y no oigo nada hasta que vuelvo a sentir de nuevo el hormigueo y oigo mi grito.

Sigo en el círculo metálico que habían puesto alrededor de mis pies, pero cuando abro los ojos no estoy en el pequeño cuarto, estoy en otro lugar. Caigo mareada sobre unos brazos que me atrapan, sujetándome mientras intento no vomitar.

– ¿Dónde estoy? –pregunto abrazada a un cuerpo enorme, con la fría armadura de Tirion.

– En la V-8.

Abro los ojos porque esa voz me resulta bastante familiar, tras ciertos acontecimientos previos... Es Roark.

Yo me aparto asustada de él y me doy cuenta de que no puedo ver sus ojos porque lleva también el casco que cubre su cara por completo. Con la armadura completa son terroríficos.

– Sé que ocultas algo, pero Kirar necesita tu ayuda.

Si estuviera entre humanos, esto no estaría pasando. Pensaba que lo odiaba, o que había cierta rivalidad entre ellos.

– ¿Qué quieres que haga?

– Ayuda a nuestras tropas.

– Tengo frío –me limito a decir tapando mis pechos con un brazo y con el otro mi sexo. Estamos a solas y él parece estar pensando sobre lo último que he dicho.

Se acerca hasta mí y me mira bajando la cabeza. Yo doy un paso atrás saliendo de la máquina de teletransporte. No sé por qué no usan esta tecnología más a menudo. Si pudiera llevármela cuando huya de aquí... Él da un paso más y ya no tengo espacio para seguir esquivándole.

– Hay ropa ahí detrás –aclara ante mi desconfianza hacia lo que iba a hacer.

Mientras me visto él me explica los detalles de la situación actual de la batalla en la que está Kirar, sin dejar de clavar sus ojos en mí.

Le sigo hasta la sala de control de la nave y a cada paso que doy hacia ese lugar comprendo con más certeza que no puedo evitar por más tiempo tener que elegir. La vida de Kirar depende de un ataque a la Alianza. ¿Cómo puedo hacer algo así?

Esto es de locos, no puedo permitir que muera Kirar, ni tampoco puedo matar a los míos. Cómo odio la guerra, pienso con desesperación. ¿Cómo elegir?

– ¿Y bien? –pregunta Roark estudiando mi reacción. Como si hubiera leído mis pensamientos.

– Necesito calcular algunos datos más –intento ganar más tiempo acercándome a una de las pantallas de la sala de control y sentándome frente a ella.

Roark permanece a mi lado observando lo que hago. ¿Acaso no se da cuenta de que me pone muy nerviosa? Bajo su amenaza física no puedo trabajar.

No sé cómo resolver esto. Necesito dar con la solución, pero no puedo pensar si no deja de mirarme.

– Si no dejas de mirarme no puedo concentrarme –me veo obligada a decir.

Él se da la vuelta y se aparta de mí refunfuñando algo. Miro a mi alrededor y respiro profundamente. Algunos de los tripulantes son tirions, pero la mayoría son de otras especies, no parecen estar obligados a trabajar aquí, si lo estuvieran alguno de ellos podría introducir un dato erróneo y acabar con todo. Todo mi mundo se está viniendo abajo y yo no sé ya qué creer. No soy capaz de decidir ahora qué camino tomar. Necesito más tiempo, más

información, saber más sobre Tirion y sobre la Alianza, porque lo que sabía hasta ahora se está tambaleando como un castillo de naipes.

Entonces me doy cuenta de que el objetivo es ganar más tiempo, para no tener que decidir aún qué creer. Esta batalla debe ser aplazada. Y puede que haya una forma...

Por mucho que me pese tengo que hablar con Roark, que como presentía, no está muy lejos. Voy hacia él y a medida que me acerco él baja la cabeza para observarme.

– Hay que destruir la luna de A-15.

Él no dice nada, alza las manos y se quita el casco para verme con sus propios ojos y no a través de una pantalla de datos.

– Está demasiado lejos. ¿Por qué?

– ¿Quieres salvarlos a todos?

– Y tu no quieres matar a ningún humano –dice bajando la voz.

Yo lo miro boquiabierto. Lo sabe, no sé cómo pero lo sabe.

– No quiero que muera nadie hoy.

– No me fio de ti, pero nos ayudaste durante la última batalla, y creo que realmente no quieres que muera Kirar...

Yo asiento con la cabeza con el corazón compungido.

– Te estaré vigilando –afirma y no hacía falta, es evidente que no me quita ojo, sabe todo lo que ocultamos–. Habrá consecuencias si muere alguno de nosotros –añade por si pensaba hacer algo distinto de lo que he dicho.

Yo asiento y vuelvo a la consola donde introduzco las coordenadas del objetivo mientras Roark da las órdenes para pilotar la nave hasta que el objetivo esté a nuestro alcance.

Y justo cuando el láser de energía destruye el satélite de ese planeta, una lluvia de meteoritos obliga a todas las naves a huir de la atmósfera y dispersarse tan lejos que tardarán días en reagruparse, tanto los nuestros como el enemigo. Aunque aún no sé quiénes son los nuestros y quién es el enemigo.

– Has ganado unos días más –dice Roark tirando de mi brazo para levantarme y obligarme a que le siga–. No puedo permitir que sigas averiguando cosas sobre nosotros –me espeta llevándome a rastras prácticamente hasta la sala de teletransporte.

Yo me estoy viendo ya en el patíbulo y ya estoy calculando cómo acabar con Roark, o al menos dejarlo inconsciente, y huir con la máquina de teletransporte, cuando él la aparta con el pie y camina a grandes pasos hacia mí. Me he quedado paralizada durante unos segundos, y él no me ha tocado, sólo ha cogido algo a mi espalda.

– He estado investigando sobre lo que pasó en A-17 y he encontrado esto –dice mostrándome mi uniforme.

No puedo explicar nada, si ya lo sabe.

– Sabía que ocultabas algo –añade.

Yo me mantengo en silencio y él se acerca a mí, mirándome de una forma extraña.

– Odio a los humanos de una forma... –dice con vehemencia deteniéndose cuando está a mi altura, tan cerca como para hacer lo que quiera conmigo– Ponte tu uniforme –dice dejándolo en el suelo y girándose para no verme–. El consejo decidirá tu destino –se limita a decir.

Yo empiezo a quitarme el uniforme de la nave que me he puesto cuando he llegado con esa máquina y aún no me he quitado una de las mangas cuando él se da la vuelta y arrancha la tela haciéndola pedazos con sus enormes manos.

La capacidad de cogermme por sorpresa de este hombre, de esta especie, supera mi capacidad de calmarme ante sus arrebatos. Lo miro asustada cuando de repente me atrapa entre sus brazos y mete su lengua en mi boca bajando la cabeza para llegar a ella.

Intento resistirme a él, forcejear, pero su lengua juega con la mía y sus manos me tienen atrapada. No puedo escapar. Mi cuerpo reacciona a su vehemencia aunque mi mente intenta obligarme a no sentir nada. Mis gemidos delatan que su lengua me provoca. Mis piernas y mis brazos temblorosos no pueden apartarlo de mí con toda la fuerza que podría utilizar.

Él se aparta de mí y yo niego con la cabeza.

– No vuelvas a tocarme –le ordeno, pero él no me hace caso, vuelve a acercarse para tomarme en brazos y llevarme tal y como estoy hasta otro lugar, ante la mirada de los pocos soldados que hay en las vías internas de la nave.

– ¿Dónde me llevas?

Él no responde, noto en sus ojos la lucha interna que está soportando. Y de pronto se detiene frente a una puerta, que se abre ante nosotros. Miro en su interior justo antes de que me deje caer como si fuera un trapo sobre una cama. Me doy cuenta de que es su cama, por alguna razón he percibido su olor.

Él me contempla mientras estoy desnuda, intentando tapar todo lo que puedo en mi cuerpo con mis brazos. Pero no me deja. Se acerca hasta mí y aparta mis manos de mis pechos y mi sexo llevándolas por encima de mi cabeza para sujetarlas con una sola mano, arrodillado a mi lado.

– ¿Qué vas a hacer?

– Estudiar a los humanos tal y como has hecho tú hasta ahora con nuestra especie.

No soy capaz de responder ni de pronunciar una palabra cuando los dedos de la mano que tiene libre me abren y veo cómo contempla mi sexo abierto y expuesto a él. Mi respiración se hace más intensa y yo intento cerrar mis piernas, pero entonces decide mantenerlas ahora abiertas con su cuerpo, subiendo la enorme masa de músculos que es él, sobre la cama y sobre mí. Tras observarme mientras me mantiene inmovilizada completamente, utiliza uno de sus dedos para tocar mi clítoris, haciendo que me revuelva bajo su cuerpo y haciendo que de mi garganta emerja un gemido. Intento de nuevo cerrar las piernas, pero su fuerza me lo impide. Vuelve a deslizar un dedo ahora presionando un poco más y separándolo cuando vuelvo a retorcerme bajo la yema.

– ¿Por qué me haces esto?

Ni siquiera me mira o me responde, sólo permanece ahí abajo, colocando la yema de su pulgar sobre mi clítoris otra vez, pero ahora no la separa, sino que lo acaricia tan suavemente que empiezo a gemir sin poder parar mientras sigue haciendo eso.

– Para, por favor –le ruego desesperada.

Él no me obedece, sino que sostiene mi clítoris con el pulgar y el índice pellizcándolo ligeramente. Empiezo a jadear y a curvarme hacia él. Mi cuerpo se abre más, sin resistirse por un segundo, alzando mis caderas para que vuelva a hacer eso. Y lo hace. Muevo mi cabeza hacia un lado para ocultar lo que me ha provocado al hacer eso, y él lo vuelve a hacer.

De repente siento cómo introduce lentamente uno de sus enormes dedos en mi interior y cómo mi cuerpo vuelve a curvarse para que aumente el contacto con su mano. Entonces él vuelve a pellizcar mi clítoris con sus dedos mientras mueve el que tiene dentro.

Aparta su mano y vuelvo mi cabeza hacia él. Tal vez haya decidido parar. Lo veo observar sus dedos, húmedos por haber estado dentro de mí y cómo los lame para volver a acercarlos a mi sexo, que ahora abre con la mano que sostenía mis manos y que ha dejado libres. Podría intentar apartarlo con ellas, pero no lograría nada, porque con su peso y su fuerza sigue manteniendo mis piernas abiertas.

Vuelvo a sentir en mi sexo sus dedos por todas partes, dentro de mí, entre los pliegues de mis labios, sobre mi clítoris. Me retuerzo y siento cómo cada vez estoy más húmeda. Intento apartarlo con las últimas fuerzas que me quedan, apoyando mis manos sobre sus hombros, y él parece compadecerse de mí levantándose y dejándome en la cama. Cuando creo que va a marcharse descubro que está quitándose la armadura, que deja rápidamente en el suelo. Intento levantarme rápidamente para huir de él, pero deja caer su cuerpo y parte de su peso sobre mí. Ya no puedo apenas moverme. Ni siquiera me ha dado tiempo a verle desnudo, pero sí lo siento sobre mí, siento su miembro enorme y duro en mi muslo.

– ¿Qué estás haciendo? ¿Qué... –pregunto cuando siento cómo acerca su erección a mi sexo, abriendo con sus rodillas mis muslos.

Él no responde una sola de mis preguntas, no dice nada, sólo actúa.

– Para, no lo hagas, por favor – intento por última vez cuando siento ya su erección en la entrada de mi sexo. Apenas se mueve y ya siento cómo ha entrado mientras baja sus labios hasta los míos para besarme. Mis brazos, ya no están sujetos por sus manos y los uso para apartarlo de mí, pero su lengua se une a la mía acariciándola con suavidad y con un hambre que me confunde y hace que mis manos no estén en su pecho para apartarlo, sino que siguen subiendo hasta su nuca para entrelazarse con sus cabellos y acercarlo más a mí y que nuestras lenguas se unan aún más profundamente.

Gimo en su boca y me muevo bajo su cuerpo sintiendo en cada centímetro de mi piel su duro cuerpo restregándose contra el mío. Contra mis pechos, mi abdomen, contra mi sexo abierto por él.

Sus movimientos me empalan con su enorme falo y su peso no deja que apenas me mueva. Y de pronto siento su mano sobre mi mejilla y abro los ojos. Su mirada es extraña, confusa. Y creo que la mía también debe serlo. No aparta la mirada de mis ojos mientras sigue moviéndose en mi interior, tan confuso como lo estoy yo.

Mis piernas lo rodean para intensificar el contacto de mi clítoris con su cuerpo, de mi vagina con su enorme miembro, y empiezo a sentir el placer con mayor intensidad. Él no deja de clavar su mirada en mí mientras empiezo a jadear más rápidamente hasta que, como si se tratara de una corriente eléctrica, el placer recorre todo mi cuerpo desde mi húmedo sexo hasta mis labios que buscan los suyos acercando su cabeza con mis manos.

Su erección comienza a hacerse más grande en mi interior, intensificando el orgasmo mientras sigue moviéndose, mientras sigue observándome con los ojos llenos de un fuego abrasador.

Echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por las sensaciones sin poder luchar contra ellas. Mis gemidos continúan y vuelvo a sentir de nuevo aún más placer que antes. Mis piernas, aprietan su cuerpo aún más y él desliza su mano por mi pecho, que atrapa entre sus dedos para acariciar el pezón con el pulgar mientras que baja sus labios hacia el otro pezón para lamerlo con la punta de su lengua.

Mi cuerpo se curva tanto como puede para sentirle aún más, para que pueda alcanzar mis pechos, y mis piernas lo aprietan y mis caderas se mueven bajo él a un ritmo frenético sintiendo tanto placer que exploto bajo su contacto entre gemidos todavía más profundos que antes. Sigue empalándome y su erección comienza a moverse en mi interior con más rapidez hasta que siento en mis manos, ahora sobre los músculos de su enorme espalda, cómo se tensan y cómo se contraen mientras se corre en mi interior, prolongando mi propio orgasmo. Hasta que cae sobre mi cuerpo, dejando la cabeza apoyada en mi cuello y su erección dentro de mí.

Soy incapaz de moverme. Él tampoco lo hace. Sólo nos quedamos así, unidos, mientras pasa el tiempo, mientras intento conservar en mi piel el placer que acabamos de sentir. No soy capaz tampoco de decir nada. Ni siquiera sabría qué decir.

Ni sabría cómo explicar esto a nadie. ¿Qué acaba de pasar? ¿Qué pasaba por mi mente mientras ocurría? ¿Qué pasaba por la de él?

Un ligero movimiento de su cuerpo sobre el mío vuelve a llevarnos a tomar conciencia de que estamos desnudos, y pegados aún, pero no intento apartarlo, ni él tampoco intenta apartarse de mí. De nuevo quisiera decir algo, pero, ¿qué?

De repente él alza la cabeza y me mira y después observa detenidamente uno de mis pechos hasta que lleva su mano a él y lo acaricia con la palma en silencio. El roce de su tacto sobre mi pezón me hace cerrar los ojos y gemir por un momento, hasta que recupero el control de nuevo.

Aparta su mano y vuelve a mirarme a los ojos.

Su erección sigue en mi interior y he sentido un ligero movimiento.

– No sé qué hacer –confiesa con la voz rota.

– ¿Cómo crees que me siento desde que me rescatasteis?

He visto sus dudas en su mirada y cómo ahora la confusión llena sus pensamientos. Y a la vez siento en el interior de mi vagina su miembro de nuevo erecto.

– Eres la capitana Connor. ¿Hay alguna forma de resolver todo esto?

Lo miro y asiento.

– Es lo que intento desde que capturé a Kirar. Solucionar todo esto. Quiero acabar con la guerra, por eso estoy aquí, aunque aún no he podido atar todos los cabos de mis ideas. Necesito más tiempo.

Él se mueve de nuevo y vuelvo a gemir bajo su cuerpo. Cierro los ojos aunque sé que él está mirándome, pero no me importa, es que no puedo mantenerlos abiertos ahora mismo.

Capítulo 8.

Mientras la nave comienza a tomar el rumbo de nuevo hacia Tirion, Roark, desnudo a mi lado, me contempla mientras intento poner en orden mis pensamientos mirando hacia el techo, con la mirada vacía y sin atreverme a mirarlo ahora a él.

Levanta su mano y la coloca titubeante sobre mi vientre, que se contrae ante su tacto.

– ¿Qué has pensando para acabar con la guerra? –pregunta él deslizando su mano hacia mi pecho y jugando con sus dedos con mi pezón hasta que giro mi cabeza para clavar mis ojos en los suyos, azules pero tan oscuros que no lo parecen si no se miran de cerca.

– Sólo hay una forma de acabar con la guerra después de lo que he aprendido aquí, pero no puedo hacerlo sola.

– Explícate.

Dudo durante un momento aunque él sigue moviendo sus dedos sobre mi pezón y eso hace que me cueste pensar con normalidad. Mis manos van a su enorme miembro y lo acaricio también sin darme cuenta de que hasta hace poco él me parecía horroroso. Todavía no estoy muy segura de si me lo sigue pareciendo. El problema es que mi cuerpo parece haber decidido antes de hacerlo yo.

Empiezo a explicar mi plan entre gemidos, y decido dejar de tocarle y usar mis manos para detener la suya sobre mis pechos.

– ¿Sabe Kirar algo de esto? ¿Sobre tus planes?

– No, acabo de dar con esta solución hace sólo unos minutos. Y tal y como he dicho, no puedo hacerlo sola. Necesito vuestra ayuda. Y necesitaré contactar con mi nave.

– ¿Contactar con la Starfirst? Es una locura.

– Necesitaré también el apoyo del consejo.

Él no responde a mis palabras, sólo se queda quieto mirándome mientras mis ojos van a su erección. Su enorme erección. Bajo mis manos hasta ese lugar y acaricio su sensible piel con mis dedos. Sus ojos no se despegan de mí mientras me muevo en la cama hasta llegar a su miembro y deslizar mi lengua por él.

– ¿Qué haces? –su voz, dura y ronca se hace más profunda cuando siente mi lengua en tan delicado lugar.

Abarco la cabeza de su pene con mi boca y mantengo mi lengua en el frenillo mientras acaricio sus testículos con una mano y sostengo el falo con la otra humedeciendo todo cuanto puedo su sexo.

No soporto seguir haciendo esto porque necesito urgentemente tener esta enorme cosa dentro de mí. Vuelvo a moverme por encima de su cuerpo y me deslizo sobre su miembro ante sus ojos expectantes y confusos. No sé qué me pasa, ni quiero pensarlo ahora, sólo puedo seguir moviéndome sobre su erección. Sintiendo esa enorme cosa dentro de mí una y otra vez.

Todo esto no tiene ningún sentido. Y ya ni siquiera intento dárselo.

Ahora entiendo muchas cosas acerca del teletransporte. Si no hay un dispositivo receptor no se puede utilizar. Por eso no lo han usado para matar a todos en la Alianza. Ahora todo cobra sentido. Además, utiliza demasiada energía como para ser usado a discreción. Y los tirions no son precisamente dependientes de la energía, como los humanos.

Pero no puedo presentarme ante el consejo sin tener todos los cabos atados, necesito la colaboración de la Starfirst, necesito contactar con Sara, y obtener su apoyo.

De hecho, necesito que ella lidere mi iniciativa.

– ¿Es posible teletransportar un cuerpo hacia cualquier dispositivo receptor?

Roark asiente y todo esto me da que pensar.

– ¿Hay alguna forma de localizar todos los dispositivos?

Él le da la orden a un soldado y éste marca en su pantalla los códigos para obtener un mapa en la gran pantalla principal con todos los sistemas, planetas y naves donde tienen dispositivos de teletransporte.

– ¿Pueden viajar dos cuerpos juntos? –digo observando algo en la pantalla que me enfada y que a la vez me da una idea.

– ¿Dónde quieres ir?

– Aquí –digo señalando hacia el pequeño satélite.

– Ahí no hay nada.

– Hay alguien –digo enfadada–. La antigua capitana de la Starfirst –le explico, porque necesito que colabore y Roark sólo colabora si tiene toda la información.

Esa mujer tuvo todo el tiempo ese dispositivo, tuvo todo el tiempo la información

que me ha llevado dos semanas conseguir, y tras la cual he perdido un tiempo valiosísimo, y no me dijo apenas nada de lo que sabía. No sólo he perdido el tiempo, he perdido otra cosa..., ahora mi cuerpo me traiciona continuamente, ya no tengo el control sobre él. He perdido el control sobre mi cuerpo y mis hormonas.

– Debemos ir ahora mismo –digo girando la cabeza y dedicándole una mirada intensa a Roark. Esa masa de músculos y fuerza que desconfía de mí y aún duda sobre si debería denunciarme.

– ¿Debemos?

– Sé que no confías en mí, y lo entiendo, pero si pudiéramos acabar con esta guerra sólo por hacer esto, ¿no crees que valdría la pena? –digo tomando su mano mientras me mira sin creer demasiado en mis palabras.

Su expresión sigue siendo dura, me mira entre el odio y el deseo desde que follamos. Y ahora comprendo que su mirada era así incluso antes de follar. Pero antes no sabía que era humana, y el odio y la desconfianza hacia mi especie lo domina ahora a pesar de todo.

– Acabar con la guerra... No pierdo nada yendo a ese lugar, pero no me pidas que haga nada más.

Yo asiento aunque sé que necesitaré mucho más de él, y de Kirar. Pero esto es algo que va más allá de nosotros mismos. Acabar con esta guerra que dura más de quince años y que mantiene a toda la galaxia entre batallas y ataques constantes, no es fácil, no va a serlo.

Volvemos a la sala de la nave donde está el dispositivo de teletransporte y me desnudo al igual que hace él. No sé si podré controlarme, para no tocarlo, pero en seguida me doy cuenta de que en ese círculo sólo caben dos personas si están muy pegadas. Así que me veo obligada a abrazar su cuerpo. Aunque le he dicho varias veces que no vuelva a tocarme ahora soy yo la que se pega a él y la que gime ante sus contacto inicial. Él baja la cabeza y me mira mientras un ciborg utiliza sus conocimientos para preparar el viaje.

Otra vez ese hormigueo, nada agradable, comienza a picarme los pies y va deslizándose por nuestros cuerpos mientras nos abrazamos. A pesar de lo incómoda que es esta sensación, se atenúa al sentir el contacto de Roark, tan grande, tan agradable, de no ser porque no me gusta cómo hace las cosas, cómo las ha hecho antes en su habitación. Cómo me ha obligado a entregarme a él.

Me mareo, y él, que no parece tener los mismos síntomas de malestar que yo, me sujeta con sus fuertes brazos mientras mi cuerpo pierde la fuerza, mis piernas ceden, y sólo me mantengo en pie gracias a él.

– ¿Estás bien?

– Si algo he descubierto sobre nuestras diferencias, es que somos muy débiles en comparación con vosotros.

Cuando salimos de la máquina de teletransporte buscamos a la capitana Harris por todo el edificio, pero no hay nadie.

Seguimos desnudos, pero si no encontramos a nadie aquí tendremos que volver cuanto antes. No hay tiempo que perder.

– Es como si hubiera desaparecido. No entiendo nada –digo a Roark, que me sigue por toda la casa buscando a esa mujer.

– ¿Puedes contactar con ella?

– No ahora, con esta tecnología...

De pronto un ruido ensordecedor nos hace callar.

– Es el teletransportador –dice él y ambos vamos corriendo hasta el lugar donde hemos aparecido al llegar.

Las luces de la máquina se encienden y apagan y se empieza a definir la figura desnuda de la antigua capitana de la Starfirst.

– ¿Quién demonios ha usado mi máquina? –pregunta ella y salgo de detrás del enorme cuerpo de Roark.

– Nosotros, Gina.

Ella me mira boquiabierta y comprende parte de lo que ha pasado por la presencia de ese tirion.

– Será mejor que nos pongamos algo de ropa –resuelve ella mirándonos a ambos boquiabierta, sobre todo a Roark.

– Sabías todo lo que estaba pasando y no me dijiste nada, sólo me enviaste a ese estercolero de Varo para que Kinan me explicara todas esas... –me detengo a pensar en que ni siquiera le creí.

– No creíste nada de lo que te dijo, ni siquiera me entendías a mí cuando intentaba explicarte lo que hace la Alianza, lo que hacen los humanos en esos planetas. Tenías que verlo con tus propios ojos, pero confiaba en que lo harías. Sembramos la duda en ti. La sembró Kirar cuando estuvo retenido en la Starfirst.

Sembró más cosas, al igual que la bestia que me acompaña, pero será mejor que

todo eso quede entre ellos y yo... Ni siquiera sé cómo explicarme lo que he hecho con ellos. Ni siquiera entiendo por qué me atraen tanto. Ni siquiera puedo explicarme por qué estoy empezando a imaginar a ambos en una cama sobre mí... No sé si es que, descubrir que todos los pilares que sostenían mis creencias se están desmoronando, afecta a mi mente o que realmente su especie está hecha para el sexo, o tal vez que se han juntado ambas cosas. Y soy humana al fin y al cabo, no soy como uno de esos ciborg que no sienten nada.

– Tal vez tengas algo de razón, pero ahora está todo patas arriba.

– Lleva patas arriba desde que empezó la guerra.

– Para eso vengo, para arreglar todo esto, para acabar con esta guerra.

Ella nos mira a uno y otro boquiabierta.

– ¿Cómo? –pregunta ahora confusa.

– Necesito saber algunas cosas sobre la Alianza. Como por ejemplo para qué se llevan a las mujeres y los niños de esos planetas. Cómo acceder al senado y cómo destruirlo.

Ella alza las cejas y suspira.

– Vaya... No te andas con tonterías –reconoce comprendiendo los detalles de mi plan sólo con la mención del senado.

– Mientras siga existiendo una dirección así no podremos lograr la paz.

– Ahora entiendes por qué jamás lograrías negociar con Tirion a cambio de su general. No depende de ellos.

– Lo sé, por eso tenemos que destruir la cúpula de la Alianza y acceder al poder.
¿Qué opinas?

– Opino que llevo esperando este momento desde hace nueve años. Desde que descubrí lo que hacen con esos niños. Hubo un intento de generar un ejército de ciborgs controlados por el sistema, pero salió mal, eran demasiado inteligentes y supieron rebelarse. Si siguen capturando a esos niños es porque están intentando crear a otro ejército, tal vez mejorando los errores que tuvieron con el primero. Los miembros del senado son los que tienen dirigen todo, dueños también de las empresas que tienen la concesión de extracción de vibranium. Es todo un entramado creado por ellos. Y venden la idea de que los bárbaros son los que están destruyendo la galaxia...

– Es... horrible –acierto a decir atónita.

– Me parece muy raro que no sepas nada de eso –me espeta Roark y yo niego con la cabeza.

– Yo tampoco lo supe, ni quise creer las palabras de Kinan, hasta que lo vi con mis

propios ojos –admite Gina encogiéndose de hombros–. Cuando llevas toda la vida oyendo la misma mentira, el mismo discurso, no es fácil derrumbar esos cimientos. ¿Y tú por qué estás aquí? –le pregunta a Roark mirándolo con el ceño fruncido y estudiando su expresión.

La respuesta más lógica sería decir que le he liado para venir, pero no lo dice.

– Es mi prisionera, aún estoy decidiendo qué hacer con ella.

– ¿Es lo que cree él? –me pregunta ahora a mí y me encojo de hombros–. ¿Ya te lo has follado?

Mi rostro cambia de color ante su pregunta y él dice algo que no entiendo.

– No es algo de lo que quisiera hablar.

– No es el general de Tirion que capturaste... –dice entrecerrando los ojos.

– De eso tampoco quiero hablar.

– De acuerdo, hablemos de cómo acceder al senado y a sus bases... Los tentáculos del senado caen sobre muchos planetas, pero si descabezamos el sistema, tal vez sea posible lograr algo. Supongo que cuentas con el apoyo de la Starfirst.

– Puedo conseguirlo.

– ¿Puedes?

– Tengo que tenerlo todo perfectamente planeado antes de empezar a enlazarlo.

Gina asiente mientras siento la mirada de Roark sobre mí. La intensa mirada de Roark...

– Puedo conseguir que Kinan reúna a todas las naves de la resistencia. Las que mantienen ocultas de la Alianza. ¿Qué hay de vosotros?

Roark le devuelve la mirada y tarda unos segundos en responder.

– Tenemos que hablar antes con Kirar, presentarnos ante el consejo juntos, y dar todos los datos. No podemos ocultar nada o no darán su consentimiento.

– Iré con vosotros –calcula Gina–. Lo único que está en el aire entonces es la participación de la Starfirst.

Roark y yo nos trasladamos primero, tras comprobar que las fuerzas de la

resistencia lideradas por Kinan están dispuestas a seguir a Gina. Los brazos de Roark me abrazan fuertemente y por un momento no soy capaz de pensar en el plan, ni en nada más que en su cuerpo desnudo y en la erección que aunque intenta disimular, es imposible, porque la siento contra mi cuerpo cada vez con más intensidad. Alzo la mirada y veo sus ojos bajando hacia mí. No sé por qué, mi mano va a su mejilla y de pronto la suya también acaricia la mía justo antes de sentir que la máquina comienza a transportarnos hasta Tirion.

Volvemos a la sala de Tirion desde donde me trasladaron a la nave de Roark. Los ciborg que nos reciben, los que diseñaron esta tecnología. Ambos nos miran sin sentir nada. Pero ahora yo sí siento algo por ellos. Son el resultado fallido de los experimentos de algunos humanos... Por eso siempre han sido una amenaza para nosotros. Por eso nos odian de tal manera ¡Qué engañados estábamos!

Ahora los miraré de otra forma.

De pronto la puerta de la sala se abre y aparece tras ella el general Kirar.

Me aparto de Roark y busco algún uniforme que ponerme, pero él sostiene dos entre sus manos.

Alguien le habrá informado de nuestra llegada...

– Tenemos que hablar –dice Roark saliendo del teletransportador.

– Otra llegada –dice uno de los ciborg y yo salgo de la máquina rápidamente.

Kirar nos mira a uno y otro alternativamente.

– Hay mucho de lo que hablar –añado repitiendo lo que ha dicho Roark.

Gina aparece en la máquina totalmente desnuda ante los ojos atónitos de Kirar.

– ¿Quién es?

– Tengo que hablar contigo –dice Gina repitiendo sin saberlo lo que hemos dicho nosotros antes.

– Hay que hablar –dice Kirar–, pero antes necesito hablar contigo a solas –dice cogiendo mi mano y sacándome de la sala.

Siento sus manos sobre mi cuerpo y lo último que veo antes de cerrarse la puerta son los ojos oscuros de Roark observando cómo me toca Kirar.

– Me han dicho que destruiste ese satélite para evitar la batalla.

– Roark sabe que soy humana –le explico bajando el tono de voz–, pero sabía que haría lo posible por salvarte, por eso me llevó a su nave.

– ¿Cómo ha descubierto que eres humana?

Me cuesta tragar el nudo que tengo en mi garganta ahora mismo, pero recuerdo cómo lo descubrió.

– Investigó mi rescate en A-17... Tiene mi uniforme.

Kirar me mira de arriba abajo bajando la mirada y luego clavándola en mis ojos.

– Hueles como Roark.

Olvidaba ese olfato tan desarrollado.

– ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Él me acerca a su cuerpo y me besa.

– Hacer que vuelvas a oler a mí.

La puerta de la sala de teletransporte se abre y salen Roark y Gina acompañados de los dos ciborg.

– ¿Qué hacéis ahí parados? –pregunta Gina echándonos una mirada de reproche.

– Vamos, tenemos que explicarle a Kirar nuestro papel en todo esto –dice Roark aceptando en ese instante el plan.

– Estos caballeros –dice Gina señalando a los dos ciborgs–, pueden reunir a todos los ciborg con su tecnología. Ahora tenemos un ejército de ciborgs y un ejército de rebeldes –nos informa Gina–. Sólo faltáis vosotros –dice ella mirándonos a Roark, Kirar y a mí, esperando que contactemos también con nuestras fuerzas.

Gina nos hace entrar de nuevo en la sala de teletransporte y explica el plan a Kirar mientras Roark se viste sin dejar de mirar cómo lo hago yo. Afortunadamente está hablando Gina sobre los detalles de la misión, porque si hablara yo no sé si podría hacerlo con coherencia con todas mis hormonas revolucionadas como están.

– Nunca se ha hecho algo así –dice Kirar tras las acertadas palabras de Gina.

– Tendré que contactar con la Starfirst, y de momento sólo confío en una persona para que lo organice todo. Es la persona que podría convencer a toda la tripulación y a vuestro consejo. Tenemos que acceder a ella.

– ¿Qué necesitas para ponerte en contacto?

– Un comunicador holográfico o una tecnología superior. ¿Hay algo así? Necesito codificarlo para que no puedan intervenirlo.

Ambos ciborgs se miran y luego asienten.

– Podemos encargarnos de eso –dicen encendiendo de nuevo la máquina de teletransporte.

– ¿Confíaís en ellos? –pregunto confusa. Hasta hace muy poco eran una amenaza muy dura para los humanos.

– ¿Confiamos nosotros en ti? –dice Roark y comprendo lo que quiere decir. Estamos en esto juntos y no podemos negar, ni borrar de un plumazo el odio que ha sido inculcado entre nosotros, pero lo que estamos aprendiendo al conocernos realmente, es que no hay odio realmente. Hay otra cosa, hay deseo, hay camaradería, hay muchas cosas, pero no hay odio.

– ¿Cómo vais a presentar vuestro plan ante el consejo? –pregunta Gina mirando a Roark y a Kirar alternativamente.

– Debemos esperar a tener la Starfirst –dice Kirar y Roark asiente.

– ¿Cuánto tardarán esos ciborgs en tener la tecnología para comunicarnos? –pregunto yo mirándolos también a ambos.

– Son muy misteriosos. No podemos saberlo. Sólo sabemos que nos ayudan y nos dan su tecnología si es para combatir a los humanos. Esta situación es nueva.

– No odian a todos los humanos –aclara Gina–. Sólo a los que les hicieron eso, los que experimentaron con sus cuerpos para crear un ejército. Saben que están formando otro nuevo ejército de ciborgs y no les gusta la idea. Les he dicho que acabaríamos con los humanos que lo están haciendo de nuevo. Tengo experiencia en tratar con ellos –afirma y de pronto recuerdo ese ciborg que estaba en su casa y que no vimos la última vez–. Pero aparecen y desaparecen cuando quieren –dice encogiéndose de hombros.

– No nos queda otra alternativa que esperar –dice Roark.

– O podría ir a la Starfirst y tomar el control.

– No sabemos dónde está, tardarías mucho sin los ciborg –dice Gina negando con la cabeza–. No podemos esperar tanto.

– Si no vuelven en un día, lo haremos de la forma tradicional. Contactaré a pesar de que intervengan la comunicación y regresaré. Tal vez sea más peligroso, pero no podemos tener un único plan. No podemos ponernos en manos de esos ciborg y que todo dependa de ellos.

Sé que no debería desconfiar tanto de ellos, pero es difícil. Supongo que es lo que sentían Roark y Kirar, y tal vez siguen sintiendo hacia Gina y hacia mí. Sin embargo, yo soy humana, no soy un robot, tengo sentimientos. Es difícil para mí confiar en esos seres.

– Creo que toda la operación debe controlarse desde Tirion. No podemos separarnos –dice Gina sin ceder a mis palabras.

– No lo sé –digo confusa mirando a Gina directamente a los ojos. Ya no puedo

calcular todas las variables, estoy demasiado confusa en este momento.

– Descansa hasta que vuelvan. Sé que volverán. No tienes por qué calcularlo todo tú sola –dice dejando caer su mano sobre mi hombro.

– Llevo tantos años soportando toda esa presión.

– Sé lo que es estar al mando de esa nave –dice con una sonrisa–. No estás sola ahora. Estamos juntos en esto –dice ahora abrazándome mientras me dejo caer sobre su hombro.

– Vamos –dicen Roark y Kirar a la vez.

Kirar me toma de la mano y nos alejamos mientras Roark nos mira de pie, todavía ante la puerta de la sala de transporte.

– Vamos, también tengo un plan para ti –oigo decir a Gina a mi espalda y no puedo evitar mirar atrás.

De pronto siento que todo se vuelve extraño. Pero la mano de Kirar en mi espalda vuelve a encenderme y olvido lo extraño que es todo, porque ya sólo hay deseo en mis pensamientos.

Abre la primera puerta que encuentra y creo que ha sido al azar. Creo que ha sido un impulso, porque estamos en una sala llena de maquinaria donde no hay mucho espacio para nada, pero él ya está besándome.

– ¿Estás bien? –pregunto confusa.

– ¿Te gusta cómo lo hace Roark? ¿Te gustaba su rudeza?

No respondo, ni siquiera puedo, porque su lengua en mi boca me impide hablar. Sus manos se mueven por mi cuerpo de una forma brusca que no conocía en él. Tal vez crea realmente que me gusta así, y tal vez me guste también así. El problema es que con estos seres me gusta todo. Con estas bestias me gusta todo.

Me quita la ropa y abre la suya para ponerme a cuatro patas sobre una máquina y me penetra sin mediar una sola palabra. Pero ya estaba húmeda. Es que en este planeta no puedo apenas pensar en otra cosa y si están él o Roark cerca, no sé qué me pasa, pero mi cuerpo actúa en consecuencia, a pesar mío.

Un soldado abre la puerta y Kirar le grita haciendo que salga despavorido de allí.

– Será mejor que vayamos a otro lugar.

Él no me responde, y cuando intento ver su rostro girando mi cabeza, siento que me mira con un fuego en los ojos que me hace dudar sobre si tiene el control de sí mismo. Y no lo tiene. No deja de penetrarme sin importarle nada más. Es como si estuviera poseído.

Y con cada embestida de su enorme miembro mi cuerpo es un poco más suyo y un

poco menos mío.

Y con cada movimiento me importa menos todo lo demás. Incluso olvido por qué estoy aquí, qué me ha traído a este planeta. Cuál es mi misión. Si es que tengo alguna que no sea entregar mi cuerpo a su voluntad, a sus manos, a su sexo.

Tras cuatro horas, esos ciborgs aún no han dado señales de vida. No entiendo nada, y la desesperación sólo hace que esté aún más nerviosa y débil ante las provocaciones de Roark, que me mira cuando cree que no le veo porque estoy ocupada dándoles las coordenadas de las bases del senado en los distintos planetas que usan para formar ese ejército de nuevos ciborgs controlados por ellos. Las coordenadas que Gina y los rebeldes de Kinan han conseguido durante los últimos años, pero que no podían atacar porque no tenían ni los medios ni la flota necesaria para atacarlas.

Aún no tenemos el consentimiento del consejo, pero parece que todo está un poco más cerca, a pesar de que no han regresado los ciborgs. Gina y Kirar han decidido rastrearlos y localizarlos siguiendo el registro del teletransportador. Y yo y Roark intentamos trabajar juntos en la sala de control de todas las naves que hay en la base de Tirion, fijando cada una de las coordenadas de las bases.

– Deberíamos atacar ya todas esas bases –dice él con la tensión visible en cada uno de los músculos de su cuerpo.

– No, porque les daría tiempo a reagruparse. Debe ser un ataque coordinado y por sorpresa, conjunto. Todo debe ser destruido en el mismo momento.

Él gruñe algo a mi espalda mientras sigo dando las órdenes a los trabajadores de sistemas y los soldados que están sentados frente a sus pantallas en la sala de control.

Me doy la vuelta cansada de sus quejas y de sus interrupciones.

– ¿Qué pasa contigo? –le encaro cruzándome de brazos ante él.

Él empieza a quejarse de todo cuanto nos rodea, del plan de Gina, de mis propuestas y de la maldita guerra.

– Será mejor que hablemos en otro lugar. Yo también tengo dudas y estoy muy nerviosa, como no lo he estado en la vida... –decido cerrar la boca porque a diferencia de los tripulantes de la Starfirst y de su frialdad, los soldados de Tirion no son tan ajenos a lo que pasa a su alrededor y algunos nos miran mientras otros dejan de teclear en sus pantallas para escuchar lo que decimos.

– Será mejor –admite observando cómo afectan nuestras dudas y nuestras palabras a sus tropas.

Salimos de la sala de control y simplemente seguimos discutiendo en el largo pasillo que lleva a ella.

– No podemos hacer nada más que esperar. No necesito tu desconfianza en estos momentos.

Él no responde, sino que me empuja hasta la pared y acaricia mi rostro con sus manos retirando con sus dedos mis cabellos.

– ¿Qué haces? –pregunto frunciendo el ceño sin entender a este hombre en absoluto.

Sin embargo, sigue sin responder. Baja sus labios hasta los míos y me besa.

Por alguna razón, la tensión que tenía en mi cuerpo desaparece como por arte de magia. Su lengua entrelazada a la mía, y sus manos que ahora baja deslizándolas por mi cuello hasta llegar a mis pechos, eliminan todos los nervios ante la batalla que tenemos que librar.

– Necesito más, no puedo soportarlo –le ruego acercándome a su sexo con mi cuerpo para sentir su erección.

Él se aparta de mí y me coge en brazos como si no pesara más que un puñado de plumas y me lleva hasta una sala de reuniones completamente vacía. Me deja en el suelo y me desnuda como si fuera una muñeca. Después se quita la armadura y se desnuda ante mí mientras mis ojos no pueden apartarse de su enorme erección.

Me lleva hasta la pared y me sube a su cuerpo con la fuerza de sus enormes manos en mis nalgas para penetrarme así. Para él no debo pesar apenas nada, porque me sujeta y me mueve sobre su miembro con total libertad, apoyándome contra la pared.

– Quiero moverme sobre ti –le ruego.

Él me obedece a pesar de que siempre discute mis propuestas o mis órdenes. Es un hombre muy extraño.

Se deja caer en el suelo conmigo encima y yo me muevo sobre su cuerpo acercándome y alejándome. Acercando mis pechos a sus labios y obligándole, levantando su cabeza con mis manos, a besarlos. A que llene su boca con uno de mis pezones y luego el otro.

No puedo dejar de moverme y de besarle y de acariciar su cuerpo musculoso. Es tan adictivo como el de Kirar. Y de nuevo vuelvo a pensar en esa fantasía recurrente de tener a ambos en una cama... Y mientras él me besa y me acaricia, mi cuerpo está en el precipicio del placer. Me dejo caer sobre él y comienzo a besarle otra vez hasta que, sus manos en mi trasero y el movimiento que me obliga a hacer, me llevan al clímax. Él sigue moviéndome sobre su cuerpo, aunque apenas me queda algo de energía, mientras me mira a los ojos de esa forma que me vuelve loca. De esa forma que evidencia el deseo que siente a pesar de todo. Seguimos desconfiando el uno en el otro, pero no podemos evitar hacer esto. No entiendo cómo me gusta tanto si hace sólo unas horas no me fiaba en absoluto de él. Si lo sentía como una amenaza. Es superior a nuestro

autocontrol, a nuestros pensamientos. Cada vez que despertamos nuestro deseo, nuestra mente deja de funcionar a pleno rendimiento y sólo somos pasión, sólo somos uno. Y entonces todo se derrumba, cuando sus ojos se encuentran con los míos sólo soy sensaciones. Y mi cuerpo es suyo, y el de él es mío. Empiezo a recuperarme de todo el placer que me ha hecho sentir y vuelvo a moverme con más ansiedad sobre su enorme cuerpo como si fuera mi juguete, acariciando con obsesión su torso fuerte y duro, cada músculo que lo compone, mirándolo y estudiando su anatomía al hacerlo. Siento sus ojos en mí y no puedo comprender cómo me ponen tanto. Cómo lo hace. Sus manos me agarran por la cintura con fuerza y me mueve sobre él frenéticamente mientras cierra los ojos apretándolos mientras se corre en mi interior entre gemidos roncós por el deseo y el placer que siente.

Cuando vuelve a abrir los ojos me mira durante unos segundos y me lleva hacia él, me aprieta entre sus brazos tan fuerte que no puedo moverme. Me abraza y me acaricia mientras mi cuerpo descansa sobre el suyo. Siento la palma de sus manos en mi espalda y en mis nalgas, y en mi nuca, enredando sus dedos entre mis cabellos.

No dice nada, permanecemos en silencio durante unos minutos más sintiendo nuestra piel unida, disfrutando de nuestros cuerpos desnudos, aún convertidos en uno solo, hasta que la realidad golpea la puerta de ese lugar que no era más que una fría habitación y ahora es el mejor lugar de toda la galaxia.

Vuelven a oírse los gritos desde el exterior y nos vemos obligados a separarnos. Intento colocar mi ropa de nuevo mientras él no deja de mirarme, de una forma distinta. Me siento demasiado confundida como para pensar en ello ahora, porque oigo la voz de Gina al otro lado, cada vez más cerca.

– Nos están buscando –digo al fin.

– Puede que hayan regresado esos ciborgs.

Yo asiento y cuando estoy a punto de abrir la puerta para comprobar si al fin han vuelto, ya que estaba desesperada por volver a ver a esos ciborgs, descubro que hay algo más importante en este momento. Me doy la vuelta y lo observo mientras se enfunda de nuevo en su armadura.

Él se detiene cuando me ve acercándome sin decir una palabra y me mira confuso mientras alzo mi mano hasta su mejilla y lo atraigo hacia mí para besarle. Necesitaba hacer esto antes de irme. Nos espera un día muy difícil.

Su lengua se une a la mía y me besa con el mismo deseo que cuando salimos de la sala de control, que cuando entramos en esta sala. Sólo quería unir mis labios con ternura, pero creo que es difícil hacer sólo eso entre nosotros. Demasiado difícil contenerse.

Nuestras respiraciones se hacen una y comienzan a alterarse de nuevo. No pretendía llegar a esto, sólo quería besarle antes de irnos. Me aparto de su boca con muchísima dificultad e intento recuperar el aliento.

– Será mejor que paremos ahora –digo lamiendo mis labios con la vista fija en los

suyos.

Él asiente sonriéndome y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Cuando salgo de esa sala de placer veo que Gina camina rápidamente hacia la sala de control y la alcanzo corriendo tras ella.

– ¿Han regresado?

– ¿Dónde estabas? –pregunta ella confusa.

– Negociando la paz –digo negando con la cabeza.

Ella me mira frunciendo el ceño sin entender una sola palabra y la insto con un gesto de mi mano a que explique que ha pasado.

Roark aparece tras mi espalda y Gina alza las cejas en un gesto de sorpresa, pero no dice nada al respecto.

– Han regresado. Y os puedo asegurar que la espera ha valido la pena. Sabía que podíamos confiar en ellos. Tener un enemigo común es un factor que da bastante confianza. Han viajado a un planeta muy lejano donde el resto de ciborgs están desarrollando una tecnología muy superior a la que conocemos. Es posible teletransportarse a cualquier lugar, no es necesario un receptor. Todavía es un prototipo, pero las posibilidades son, como podéis comprender, infinitas.

– Podríamos acabar con cada uno de los que están creando el nuevo ejército de ciborgs... –pienso en voz alta.

– Por ejemplo. Aunque me gustaba más la otra idea... –admite ella con una sonrisa maliciosa-. Quiero ver a la Starfirst apuntando al senado... No se escaparía ninguno...

Intento obviar sus palabras porque parece un poco trastornada y hay que valorar la nueva tecnología antes.

– ¿Dónde están? Tengo que contactar con Sara.

– Iremos a la Starfirst personalmente –dice Gina sonriente-. Hace tantos años que no piso mi nave.

Capítulo 9.

Dana, Rina, Kayla y Sara me miran boquiabiertas ante todo lo que Gina y yo les explicamos sobre la situación real. No es fácil creer todo lo que decimos si no fuera porque Kirar está presente, al igual que uno de los ciborg. Cuando nos han visto aparecer de la nada, ese ciborg ha tenido que envolvernos en una cápsula de energía para evitar un ataque instintivo de alguno de los tripulantes. El choque inicial ha sido bastante fuerte. Sin embargo, ver a Gina, la antigua capitana de la Starfirst, que todos daban por muerta o simplemente desaparecida, ha confundido a la mayoría de los presentes tanto como para obviar por unos segundos la presencia de ese ciborg.

Sara me mira incrédula tras revelar todo lo que he hecho durante las últimas dos semanas.

– Es... –dice boquiabierta.

– Bueno, ¿no tienes nada más que decir? ¿Qué te parece mi plan?

Ella alza su mano para rascarse la frente y después masajear sus sienes con el pulgar y el índice a cada lado de su cabeza.

– Me parece alta traición.

– Creí que tú lo comprenderías.

– No estoy diciendo lo contrario –aclara rápidamente–. De hecho, creo que deberíamos hacerlo. El senado ha estado manipulando a todos sin ningún escrúpulo. Ni siquiera sabemos por qué están ahí. Ellos no se dan cuenta –dice mirando a su alrededor–, pero tú y yo sabemos, siempre hemos sabido que no era como debía ser. Que así no funcionamos en la Tierra. Estamos demasiado acostumbradas a la democracia como para soportar con esa aceptación un sistema distinto, por mucho que hayan vendido la idea de una seguridad común.

– Lo sé, nunca he estado de acuerdo con dar libertad a cambio de seguridad. Ellos han vivido toda su vida bajo ese sistema y no lo comprenden.

– Sí que lo comprendemos –dice Kayla de repente.

– Yo también lo comprendo –añade Dana.

Y todas miramos a Rina esperando su respuesta.

– Tesa no va a comprender que hagamos esto –admite Rina, la otra capitana de la nave.

– Lo sé. Entiendo que no habéis conocido la democracia y no entendéis lo que

significa para nosotras este sistema, pero no hay otra opción. El senado está haciendo cosas que no son sostenibles para un universo en paz. Ni siquiera sabemos por qué se llama senado, tal vez por marketing, sobre todo para convencer a los que venimos de la Tierra.

– Los terrestres preferimos morir a perder libertad, no nos interesa una falsa seguridad a cambio de perder esa libertad –piensa Sara en voz alta mientras la observo asintiendo sin darme cuenta.

Los ciborgs –digo señalando con el mentón al que nos acompaña–, son el resultado de las acciones de ese senado corrupto que nadie de nosotros ha elegido–. Si no contamos con el apoyo de Tesa lo haremos sin ella –digo sin tener claro lo que estoy afirmando.

Gina niega con la cabeza.

– No podemos actuar sin el consentimiento de Tesa, debe verlo con sus propios ojos –sugiere Gina suspirando con la mirada perdida en algún lugar de su mente.

– No podemos ser como ese senado antidemocrático, sólo porque no se hagan las cosas como creemos que son mejores –afirma Sara y comprendo que es tentador ir hacia ese camino.

– De acuerdo –admito al ver el asentimiento en los rostros de las otras capitanas–. Tráela aquí –le pido a Sara.

– Tenéis que verlo con vuestros propios ojos. Tenéis que ver todo lo que han hecho –digo tras la explicación de Sara sobre lo que ya hemos decidido mientras esa mujer, resultado de la más estricta manipulación del sistema, nos mira incrédula.

Gina se adelanta y le ofrece su mano mientras Tesa mira a todos confusa.

– No puedo abandonar la nave –dice Tesa mirando a uno y otro sin tener la certeza de nada ahora mismo.

Yo también le ofrezco mi mano y asiento.

– Iremos juntas, necesitamos estar unidas en esto.

Ella duda y me hace dudar a mí también sobre si aceptará lo que tenemos que mostrarle, si aceptará acompañarnos, pero aún queda algo de humanidad en ella cuando mira detenidamente al ciborg, que no la ha atacado, que no muestra ningún signo de ser una amenaza. Nos han dicho desde que empezó la guerra, que esos seres son máquinas construidas para matar humanos, pero no ha hecho nada desde que está en la nave. Está tan confundida como lo estaba el resto de la tripulación antes de llegar ella.

– De acuerdo –consiente al fin.

– Volveremos pronto.

El ciborg prepara la máquina que ha traído con él para el teletransporte, lo suficientemente grande, por ser un prototipo, como para caber todos en ella mientras Tesa lo mira boquiabierta y después a Kirar, a Gina y a mí.

– No tengas miedo –le susurra Gina.

Ella no sabe qué decir, se mantiene en silencio volviendo los ojos a ese ciborg.

– Sé que podemos confiar en ellos –le dice Sara a su espalda.

Tesa asiente y observa la mano del ciborg tendida hacia ella.

– Debes quitarte la ropa –la insta el ciborg encendiendo la máquina.

– ¡¿Qué?! –exclama Tesa con los ojos abiertos de par en par.

El consejo de Tirion.

Los miembros del consejo están colocados de forma circular sin ninguna mesa ni nada que los separe de nosotros. Están sentados y parece que estén a nuestra misma altura a pesar de ello. La luz que entra por los altos ventanales que hay a su espalda, de unos diez metros de altura aproximadamente, no nos dejan ver su expresión, pero sí podemos ver que todos nos miran con curiosidad. Es la primera vez en la historia que tres humanas, tres capitanas de la Alianza, están en este lugar, incluso en este planeta, presentando junto a sus generales los planes de ataque de la cúpula del poder de sus enemigos. El que está en el centro de ellos, ataviado con una bata blanca que le llega hasta los pies, me mira de arriba abajo antes de hablar en primer lugar.

– Habéis preparado el ataque sin venir aquí antes –dice en tono acusador a sus generales.

Ellos mantienen el silencio, porque realmente no les ha preguntado nada.

– ¿Quién liderará a los humanos tras el golpe de estado? –pregunta el hombre que está a la derecha del líder del consejo.

– Una de las capitanas de la Starfirst –dice Gina adelantándose al resto.

– ¿Cuántas capitanas tiene esa nave? –pregunta otro de los miembros del consejo.

– Cuatro –responde Gina.

– ¿Será su líder una de las que hay presentes?

Yo niego con la cabeza.

– No, ella sigue en la nave –respondo.

– Los tentáculos de la Alianza, son muy poderosos. Puede convertirse en una guerra de trincheras –dice el líder del consejo.

– Hemos calculado las variables. Si queda alguien vivo será difícil que pueda reagruparse, si toda la galaxia está unida. Los ciborgs, los rebeldes, la mayoría de los humanos y la Alianza, los sistemas de Tirion...

– Los humanos siempre quieren más energía –me interrumpe–, volverá a repetirse...

– No, los ciborgs han ofrecido su tecnología para que no vuelva a ser necesaria la extracción de vibranium en otros planetas –explico.

– Para ser humanas sois muy idealistas.

– Bueno, basta de cháchara –dice Gina rompiendo toda la diplomacia con la que intentábamos llevarlos a nuestro terreno. Yo la miro boquiabierta, pero no soy capaz de decir nada mientras ella sigue con su discurso–. Vamos a destruir a vuestro enemigo, ¿podemos contar con vuestras fuerzas?

Tesa me mira boquiabierta y yo niego con la cabeza. Debimos traer a Sara y ocultar a esta mujer que ha perdido la cabeza. Aunque ha conseguido la colaboración de los rebeldes y de los ciborgs, no sé cómo lo ha hecho, si habla de esta forma.

– Contáis con nuestras fuerzas –dice el líder del consejo y Tesa y yo lo miramos boquiabiertas creyendo que ya estaba todo perdido.

– ¿Era tan fácil? –digo en voz alta sin darme cuenta y veo a Tesa negar con la cabeza.

– Creo que es mejor que volvamos a la Starfirst –reconoce ella, antes de que digamos algo que lo estropee todo.

– Yo también lo creo.

Ahora contamos con todas las fuerzas de la galaxia. Sólo hay que coordinarlas, y no será fácil. Tiene que ser un ataque por sorpresa y las comunicaciones pueden ser detectadas. La única opción fiable al 100% es usar la tecnología de teletransporte de los ciborgs para comunicarnos personalmente.

Gina se encargará de ello mientras Sara y Rina dirigirán el ataque de la Starfirst. Tesa y yo nos quedaremos en Tirion como garantía y para coordinar desde aquí el ataque. Seremos el centro desde donde partirán todas las órdenes.

Kirar y Roark se ocuparán del ataque de las bases de los planetas donde están creando al nuevo ejército de ciborgs desde sus propias naves.

– Tened cuidado –les digo a ambos antes de despedirme.

Tesa me mira confusa ante mis palabras y luego parece entender que ocurre algo entre nosotros, aunque dudo que pueda imaginar hasta qué nivel hemos llegado... Ni yo misma me lo explico...

– Vamos, no hay tiempo que perder –la insto tirando de su brazo para seguir al soldado que nos llevará hasta la sala de control.

– Sí... Es que todavía intento asimilar todo esto –confiesa ella siguiéndonos con sus pequeños y rápidos pasos.

– Sé que es difícil, a mí me ha costado dos semanas comprender que era verdad, pero has visto a los que han sido rescatados de esos planetas, has oído sus historias.

– Jamás pensé que podríamos hablar con estas... bestias. No son bestias, quiero decir... No sé lo que quiero decir –dice Tesa confusa.

El soldado que nos precede se detiene ante la puerta de la sala de control y mira a Tesa frunciendo el ceño.

– No somos bestias –dice él antes de que se abra la puerta.

Tesa es un poco más pequeña que yo. Los humanos nacidos en el espacio tienen una estatura menor que los que hemos nacido en la Tierra, por lo que la diferencia de tamaño con esta especie es un poco más significativa. Ella frunce el ceño y sigue orgullosa al soldado mientras yo entro tras ellos calculando todos los pasos que debemos dar en las próximas horas.

En la sala de control está instalada una de las máquinas de teletransporte para poder gestionar desde este lugar todos los ataques mientras Gina se mueve entre los mundos para dar las órdenes pertinentes.

Mientras estoy junto a Tesa observando el holograma de la galaxia con la posición de las naves de esta nueva alianza, la máquina de teletransporte se enciende a nuestra espalda.

Ambas nos giramos y vemos el cuerpo de Sara crearse en la máquina de teletransporte.

Ella está a punto de caer al suelo porque a nosotros no nos resulta tan fácil viajar de esa forma. Nuestro cuerpo no se recupera tan fácilmente como el de los tirions. Yo me acerco a ella para sujetarla antes de caer y me mira confusa.

– Sospechan que va a haber un ataque, Hanna, necesito a Tesa, necesito que estemos las tres unidas para ofrecerles una imagen de normalidad ahora que nos acercamos a

Lendiara.

– De acuerdo, puedo ocuparme de esto, Gina no tardará en volver –busco al soldado que nos había acompañado hasta la sala de control y le hago un gesto con la cabeza para que se acerque–. Ve con ellas.

Él asiente y se despoja de su armadura mientras Tesa hace lo mismo con su ropa. Los ojos de Tesa, abiertos de par en par, parecen salirse de sus órbitas e incluso se ha quedado paralizada viendo lo que ya puedo intuir que tiene ese soldado entre las piernas, porque he tenido la oportunidad de examinar dos muestras de su especie...

Creo que si tenía alguna duda como tenía yo al principio, acaban de disiparse, o al menos no será capaz de pensar durante unos minutos.

El soldado la insta a quitarse la ropa, de hecho la ayuda mientras ella apenas puede moverse, sólo deja que él la desvista deslizando sus manos por su espalda, por sus nalgas, bajando su uniforme por sus caderas. La lleva hasta la máquina de teletransporte y ella ni siquiera se reprime en mirar su entrepierna, ni siquiera puede disimular su expectación y sorpresa mientras él la abraza para trasladarse a la nave. El pequeño cuerpo de la capitana parece aún más pequeño bajo los brazos del enorme soldado musculoso y duro que la abraza. Según mi experiencia con esta especie, él debe tener ya una erección enorme...

Desparecen de mi vista progresivamente y sólo espero que sea capaz de concentrarse en la batalla, porque todo pende de un hilo, bueno, de un montón de hilos, que no deben quebrarse o todo se irá al traste.

Observo en el holograma que las naves de Kirar y Roark están ya en posición, no podemos esperar más, la cúpula de la Alianza sospecha un ataque y no podemos permitir que llamen a todas las fuerzas o morirá mucha gente.

Gina aparece en la máquina a mi espalda, por alguna razón a ella no le afecta viajar así y se acerca rápidamente hasta mí para informarme del momento exacto en el que se iniciará el ataque, ya está todo preparado. Sólo unos segundos.

Veo la Starfirst está en posición y preparada en el holograma, con su arma más potente dirigida hacia el senado en Lendiara.

Ya no importa que detecten nuestras comunicaciones, porque cuando lo hagan ya habrán disparado todas nuestras naves sus armas.

– Dad la orden de disparar –digo a los soldados que hay delante de mí observando los datos en sus pantallas.

Gina y yo miramos el holograma y es casi como si estuviéramos allí. La tecnología de la que son capaces esos ciborgs es impresionante. Podemos ver en tiempo real cómo son destruidos a la vez todos los objetivos. Las bases donde estaban creando esos ejércitos, y las posiciones del senado así como las naves que están bajo su poder exclusivo.

– No debe ser habitual para ellos ganar una guerra tan fácilmente tras quince años de ataques y batallas que apenas lograban mover la línea del frente.

Voy a responder, pero lo hace una voz a nuestra espalda.

– No lo ha sido para nosotras tampoco –dice Tesa regresando con el soldado para comprobar que el resto de naves ha cumplido con su propio objetivo–. Ver la Starfirst apuntando hacia el senado desde el espacio no ha sido tampoco nada “habitual”.

– Lo que hubiera dado por ver eso en directo –reconoce Gina.

– No volverá a repetirse, por lo menos en este siglo –digo con una sonrisa dando una palmada en su hombro.

El ciborg que controla la máquina de teletransporte avisa de una nueva llegada e insta a Tesa y al enorme soldado a salir del círculo metálico.

Ellos asienten y el soldado la deja ir intentando darse la vuelta lo más rápidamente posible para colocar de nuevo la armadura sobre su cuerpo.

Observo cómo Tesa se viste con rapidez con las mejillas encendidas y a duras penas consigo no reírme. Ella se acerca hasta mí y veo las dudas en sus ojos, aunque no dice nada. Puedo imaginar perfectamente lo que está pensando. Quiero explicarle que es posible todo con ellos, con su especie, pero la llegada de Kirar me despista de lo que iba a decir. Aunque tal vez, la forma en que me mira le diga mucho más sobre lo que puede ocurrir entre ambas especies.

La llegada después de Roark y su mirada, confirma todavía más lo que da a entender Kirar cuando me atrapa desnudo entre sus brazos y me mete la lengua hasta la campanilla ante los ojos atónitos de mi compañera.

– Las comunicaciones se han restablecido –dice uno de los soldados confirmando las órdenes con todas las naves y recibiendo las respuestas del ataque–. Todos los objetivos han sido destruidos –nos informa.

Cuando Kirar me ha soltado para colocar su armadura sobre su cuerpo, Roark se adelanta a él y me besa también, de la misma forma, metiendo su lengua en mi boca sin darme tiempo a decir una sola palabra.

Hemos terminado una guerra, pero yo no sé si va a empezar otra...

Sara aparece en la máquina de teletransporte en ese mismo instante y uno de los soldados la sostiene para que no caiga al suelo mientras ella intenta recuperar la visión borrosa mirándonos con los ojos entrecerrados.

– ¿Qué... –pregunta mientras Roark aparta sus labios de los míos y me deja ir.

– Todos los objetivos han sido destruidos –repite Gina las palabras del soldado que ha informado de ello para que Sara vuelva a la realidad. Y sobre todo para que no pregunte

qué está pasando en la sala de control...

Epílogo.

La diplomacia de Sara en Tirion ha llevado a un consenso sobre cómo serán las cosas en el futuro. Ella ha sido elegida por toda la tripulación de la Starfirst para liderar la transición de nuestro sistema a uno democrático. Ha firmado la paz entre los mundos con el consejo de Tirion.

Yo me encargaré de la reconstrucción. Aún no podré volver a la Tierra, pero al menos, gracias a la tecnología ciborg podré ir a visitarla de vez en cuando. La reconstrucción incluye adaptar todos nuestros sistemas a la tecnología más eficiente que usan los tirions, gracias a la ayuda de los ciborgs. Es algo que llevará mucho tiempo, y que requerirá mucho trabajo. No tenemos tiempo que perder, pero no estaré sola, Sara me ha prometido que enviará a algunos soldados de Tirion para ayudarme a gestionar todo esto.

Echo de menos los días que pasé en Tirion, y de hecho lo estoy notando en mi cuerpo, que se había acostumbrado a tener sexo cada pocas horas... El problema es que me había acostumbrado a esas bestias y ahora miro a mi alrededor a esos pequeños humanos nacidos en el espacio y a los pseudohumanos de los planetas que intentamos reconstruir, y no me parecen en absoluto atractivos. Una vez que has probado a uno de esos tirions, ya no quieres otra cosa...

Regreso a A-17 para gestionar la reconstrucción de ese planeta y cuando llego a la sala desde donde dirigiré la reconstrucción, y donde está el teletransporte, observo desde el enorme cristal que da una visión de ese planeta desolado cómo va a ser mi trabajo en este lugar. Incluso en esta sala, desde donde tengo que trabajar, apenas hay nada, sólo una mesa y una consola con una pantalla. Ni siquiera hay tecnología suficiente para empezar a trabajar desde aquí. Tendré que gestionarlo todo yo sola. El ciborg que me ha sostenido para no caer me avisa de una nueva llegada.

– Debe ser el ayudante que me envía Sara.

El ciborg me mira como si no le importara en absoluto lo que digo y me pregunto qué pensarán esos seres. ¿Hasta qué punto son humanos y hasta qué punto son máquinas? ¿Tendrán algo entre las piernas?, me pregunto mirándolo de reojo... Tal es mi desesperación durante el último mes en el que apenas he visto un hombre y sólo me dedico a trabajar.

Un cuerpo, y no de humano, empieza a crearse en la máquina.

– ¿Roark? ¿Por qué te ha enviado a ti?

Él me mira con el ceño fruncido.

– ¿Esperabas a otro?

– Pues mira, sí –digo poniendo mis brazos a cada lado de mi cintura–. Sara sabe

que no te soporto— digo dándome la vuelta.

– Ni yo a ti —responde—. Pero cumplo órdenes.

– Pues aquí va la primera, bésame antes de que me folle a ese ciborg.

Oigo al ciborg decir algo, pero la lengua y las manos de Roark ya están sobre mi cuerpo. El ciborg desaparece de la sala y reconozco que ya ni puedo pensar, ya me daba igual si estaba aquí o se iba. Los labios de ese enorme general no me dejan pensar con claridad.

– Pienso quejarme ante la presidenta.

– Ya lo he hecho yo —reconoce Roark subiendo sus manos por mi cintura para alcanzar mis pechos y llevarlos a su boca.

– ¿Y Sara no te ha hecho caso?

– Me ha hecho caso.

– ¿Y por qué estás aquí?

– Porque me quejé por no estarlo.

Su lengua juega con mi pezón y tardo unos segundos en entender que ha pedido venir a este planeta para hacer precisamente lo que está haciendo. Y no hacerlo una sola vez, sino repetidas veces.

– ¿Dónde está Kirar?

– Sara y Rina se han ocupado de él.

– ¡Eres un manipulador! Ya me imaginaba estar con los dos en mi cama y ahora es al revés —me quejo.

– No se pueden ganar todas las batallas —dice alzando la cabeza y dedicándome una mirada ladina, una mirada de puro deseo, esa mirada de diablo travieso que me deja sin palabras.

Sus manos dejan de acariciarme mientras me mira y detiene su lengua, y ya no me da esos pequeños besos que estaba regalando sobre mi pecho y mis pezones.

– ¡Pero no pares! —le exijo enfadada aún por sus manipulaciones.

Él me coge en brazos y me lleva hasta la mesa que hay detrás, desde donde trabajaremos cuando acabemos lo que estamos haciendo, si es que logramos entendernos para poder trabajar juntos. Si es que logramos despegarnos para poder hacer algo más que follar.

Sus dedos abren mi sexo, que contempla mientras sujeta mis piernas a ambos lados de su cintura. Me cuesta respirar cuando desliza sus dedos, húmedos tras meterlos en su boca, por mi clítoris. Y ya no puedo dejar de gemir cuando vuelve a deslizarlos por entre mis pliegues. Y ya

no hace nada más, sólo me abre con sus dedos y acerca su enorme erección hasta mi sexo para empalarme mientras me mira con esa mirada dura y llena de deseo que me quema la piel.

Ni yo puedo apartar mis ojos de los suyos. Tengo que reconocer que le echaba de menos, que no podía dejar de soñar con lo que estamos haciendo. Y de pronto me doy cuenta de que ya soñé con él, fue un sueño premonitorio, antes de que toda esta historia comenzara.